

SEXO ♀, CÁMARAS Y ACCIÓN ♂

Robin C. Tutti



SEXO, CÁMARAS Y ACCIÓN

SEXO, CÁMARAS Y ACCIÓN

Robin C. Tutti

2019 ©

Índice

[I](#)
[II](#)
[III](#)
[IV](#)
[V](#)
[VI](#)
[VII](#)
[VIII](#)
[IX](#)
[X](#)
[XI](#)
[XII](#)
[XIII](#)
[XIV](#)
[XV](#)
[XVII](#)

I

La verdad nadie sabe lo que es el amor, pero todos lo buscan, y no puedes encontrar algo que no sabes cómo es. Yo sí lo hice, porque lo tomé como se me presentó, sin prejuicios, títulos de dominio ni límites.

Como buenos sudamericanos (yo chileno, ella colombiana), nos criamos en un ambiente de misas dominicales, crucifijos sobre las camas, discursos de decencia, dedos acusadores y ceños fruncidos. Felizmente el conservadurismo comenzó a morir en nosotros a peñas nos conocimos. Ambos estudiábamos en la Universidad de Berlín —Una ciudad que no perdona a los puritanos. Te presenta el sexo de una manera tan simple, directa y tentadora, que es difícil evitar el cuestionar los tabúes.

A Rafaela la conocí en una fiesta electrónica cerca de la Universidad. Éramos parte de la misma facultad (yo estudiaba cine y ella teatro), pero nunca me la había topado antes, de haberlo hecho la hubiese recordado, no tengo dudas en eso. Ella es una morena preciosa con nariz respingona, largo cabello negro en cascada por un balconado pecho, estrecha cintura y trasero de insolente redondez. Seguro que llamaría la atención en su tierra natal, pero en Alemania los locales no sabían ni cómo hablarle.

La primera vez que la vi, Rafaela bailaba con los brazos en el aire y una lata de cerveza en una mano. Su vestido blanco la hacía brillar con fluorescencia bajo la luz negra, como una agitada luciérnaga. La música era horrible —repetitiva—, pero ella rompía la monotonía con sus hábiles caderas. Me acerqué sólo para sentir ese halo de satisfacción que se percibe al tener a una hermosa mujer cerca. Sus labios anchos, ojos almendrados y cuerpo curvado me hicieron intuir que era latina, pero sólo estuve seguro cuando la escuché decir algunas palabras en español a un hombre que llegó por su espalda a hablarle. El tipo le dijo algo al oído y posó sus manos en sus fluorescentes caderas. Ella se movió unos pasos adelante y calmó su baile. El hombre la siguió y la rodeó por la cintura con un brazo, ella sacó la extremidad del intruso como quien se quita un cinturón de seguridad, volteó hacia él y le gritó algo así como: *¡Que me dejes!*, con una cara tan seria que hubiese detenido un tren. No sé por qué, pero di algunos pasos hacia adelante y me puse entre ambos, miré al tipo y le dije: *¡Suficiente!* Levantando mi palma frente a su cara. El hombre me miró con sospecha, quizás sopesando si era buena idea empezar una pelea conmigo. Hizo un chasquido con los dedos cerca de mi nariz y desapareció entre la multicultural juventud del club. Rafaela vio al tipo ser devorado por la pared de gente, luego me sonrió, se encogió de hombros y me dio un *Gracias* tímido, pero poderoso. Yo di un paso hacia ella: *Hola, me llamo Raúl*, le dije serio. Mi corazón saltaba, no sabía si por el amago de pelea o por la tensión que me producía la mirada de la morena.

Empezamos a hablar y no paramos en toda la noche.

Nos faltó tiempo para contarnos la vida, así que nos seguimos reuniendo en los cafés de la facultad. La besé por primera vez en una mesa de la biblioteca. No tengo idea qué le atrajo de mí. Por mi parte, estaba embobado con ella. No podía creer que además de hermosa resultara ser livianita de sangre. Me escuchaba y se reía, la escuchaba y me reía. Desde el principio la sentí como de verdad era: una traviesa niña envuelta en un sensual cuerpo de mujer.

Yo era una mano fría que por fin había encontrado un guate. Simplemente encajábamos. Lo mismo en la cama, lugar en el que caímos a las pocas semanas de conocernos. Sin preguntarlo ni

negociarlo comenzamos una relación. Fue la primera (y última) para mí en Europa, y la tercera para Rafaela, quien había huido de antiguos novios exigiendo aire puro.

Pero bueno, somos una pareja de latinos, por lo que más de alguna pelea tuvimos. A los dos años de relación vivimos la peor. Discutimos sobre el futuro. Yo había terminado mi carrera y a ella le faltaba un año. No sabía si regresaría a Chile o continuaría en Alemania con ella. Ya el cuestionármelo era estúpido, pero lo fue más aún el comentarle mi dilema a Rafi. Lo hice una tarde cuando terminamos de comer, en mi departamento. Ella me miró con la boca abierta, su cara se fue volviendo colorada, sus fosas nasales se ensancharon y me di cuenta de inmediato de mi error. Rafaela explotó, me gritó que cómo podía dudar si irme, que si para mí ella era un pasatiempo, una parte de mi viaje. Entendí que se sintió humillada, pero ya era tarde para tratar de recapacitar, el arrepentirme no cambiaba el que ella supiera que alguna vez pensé en salir de su vida y continuar la mía a miles de kilómetros. No entendí que me amaba; y no me di cuenta que yo también a ella.

La vi salir de mi departamento con un portazo que hizo eco en mi memoria por los catorce días que pasé sin ella. No traté de ubicarla, pensé que terminaría por olvidarla y regresaría a Chile luego de titularme, pero con cada noche me fui sintiendo más y más estúpido. Como si hubiese encontrado un boleto premiado de lotería, pero lo hubiese devuelto a tirar a la calle para que otro lo aprovechara. No tenía sentido.

Por tres días le escribí, hasta que al aceptó reunirse conmigo.

El encuentro fue en la cafetería del patio central de la Universidad. La esperé golpeando mis dedos contra la mesa y pensando en qué decirle. Hasta que la vi aparecer entre un grupo de estudiantes. No me vio, así que por un par de segundos la pude admirar desde la invisibilidad. La recordaba hermosa, pero su versión real tenía una belleza inimitable por mi memoria. Casi la podía ver destellar.

Sus ojos se conectaron con los míos y moví mi mano desde mi mesa. Su perita se acercó a su pecho, sonrió y guardó un mechón de pelo detrás de su oreja derecha. Caminó hacia mí, tomó la silla desocupada y se sentó. Abrió su boca para decirme algo, pero me adelanté:

—Te extraño, Rafi. Mucho.

Ella cerró su boca, vi su cuello estrujarse, llevó sus manos a la mesa, las puso sobre las mías y me respondió casi susurrando.

—Yo también... mucho.

La miré fijo a los ojos, buscando hablarle a su subconsciente.

—No me quiero ir a ningún lado sin ti... ni pasar más días lejos. Te necesito, Rafita.

Me sonrió, pero luego enderezó su boca y su espalda en la silla, separando sus manos de las mías.

—Me sentí muy feo, Raúl. Siempre me ha costado confiar en la gente. No pensé que contigo...

—... Confía en mí, linda. Te juro que ahora es distinto.

—Me encantaría, Rau, pero ¿qué sería distinto? Podrías aburrirte de mí y te vas.

—Es muy distinto... —dije acercando mis manos a las suyas— Porque ahora entiendo que te amo... mucho.

Rafaela suspendió sus ojos sobre mí, imaginé que no sabía qué pensar. Vi una pequeña lagrима formarse en la esquina de su ojo izquierdo, la que se alargó por su nariz al pestañear.

—Yo también te amo, tonto. Por eso me dolió.

Sonreí, moví mi silla a su lado, la envolví con mis brazos y la besé. El resto de mis explicaciones y disculpas se las di en ese beso. Fue el perfecto exorcismo. Al separar mi boca de

ella, ya mis demonios se habían escapado, como el aire caliente por la puerta entreabierto del café.

Nos reconciliamos esa tarde en mi cama, en mi pequeño departamento cerca de la Universidad. La devoré con impaciencia de adicto y fervor de pecador arrepentido.

Mi cama volvía a crujir por el motor de su cuerpo, el departamento se vestía con su compañía y yo volvía a crear mi oasis veraniego en medio del desierto invernal que era el Berlín sin Rafaela.

Estábamos en la cama, ella sobando mi pecho y yo rascando el centro de su cabeza, cuando me lo dijo:

—Rau...

—¿Sí, linda?

—Hice algo... no sé. Creo que te lo debí decir antes de esto.

Sentí un dolor en el pecho, como sabiendo qué se venía.

—¿Qué pasó? —dije ladeando mi cuerpo hacia ella.

—Me vas a odiar, pero tienes que entender que yo estaba con mi cabeza en otro lado. Te estaba odiando.

No sé por qué, pero sabía lo que me diría, así que me adelanté.

—¿te metiste con otro?

—...

—... ¿Sí? —insistí en calma.

Rafaela se levantó y se sentó a lo indio frente a mí, cubriendo sus pechos con la sábana.

—Sí —dijo mirando a su pulgar frotarse con los demás dedos.

—Ok, cuéntame...

Rafaela permaneció mirando sus dedos, y sin parar de hacerlo empezó su relato.

—Tienes que recordar que me sentía terrible, Rau. No quería hablar con nadie, menos salir de la casa...

Me comentó de sus problemas en olvidarme, de su encierro emocional, de su mamá amenazando con viajar a Berlín para quedarse con ella. Entendí que nunca antes se había sentido rechazada, y que no supo lidiar con la emoción.

Rafaela dejó su juego de manos y me miró.

—Un día me pasó a buscar Annette, del teatro. Ella había terminado con su novio y estaba igual de mal que yo, pero quería salir a tomar. Y la acompañé...

—Ok...

—Fuimos a un bar, tomamos mucho. Conocimos a unos amigos ahí y seguimos tomando con ellos. Luego fuimos al departamento de Annette, y pasó...

Extendió su brazo y tomó mi mano.

—... Mi vida, Rau. Tienes que entender que no sabía lo que hacía. No sabía cómo dejar de pensar en ti. Y el alcohol, y las ideas de Annette. —dijo soltando mi mano y llevando sus palmas a su cara.

En ese momento no entendía por qué, pero no me dolió como pensé que lo haría. Ese dolor de pecho en la anticipación no se volvió fuerte ante la confesión, de hecho, se disipó y sentí un alivio que no logré definir en el momento. Ahora, con los años, entiendo que lo único que se hirió fue lo que me quedaba de mi orgullo latino, también entendí que ese día nació ese Raúl atrevido y aventurero que hoy es parte importante del Raúl feliz.

Me puse a lo indio frente a ella, con la sábana en mi falda. Tomé la mano que tapaba su carita

y la envolví entre las mías.

—Está bien. —dije con decisión, lento— No me molesta, Rafi.

—¿En serio?

Miré sus labios y los imaginé sobre los de otro hombre. Miré sus uñas sabiendo que habían rasguñado otra espalda. Sentí adormecida mi cabeza, cuello y pecho.

—Sí, no me molesta, linda —le dije— Pero... dime cómo fue. Qué pasó en el departamento de tu amiga.

Rafaela parecía confundida. Seguramente el que le estaba presentando no era uno de los escenarios que imaginó.

—¿En serio quieres saber, Rau? ¿No será mejor... olvidarlo?

—Sí. En serio. Quiero saber, linda. —dije trazando una sonrisa, esperando calmarla.

—Ok... Mmm... Ahí va —dijo levantando su trasero para dejarlo caer en el mismo lugar— Yo como que me llevé bien con uno y Annette con otro, uno bajito —miró otra vez sus dedos sobre su regazo— Me acuerdo que estábamos tomando en su sillón, de repente nos besamos... y luego me acuerdo que estábamos los dos en la cama de Annette. Ahí pasó. —dijo levantando su cara y mirando la mía. Sentí que intentaba leerme— Te pido perdón, Rau. Te digo todo esto con miedo a perderte, pero tampoco quiero mentiras entre nosotros.

Su frase final me hizo sonreír.

—Tampoco las quiero, preciosa. Te amo. Y creo que entiendo en el momento en que estabas. En serio.

—Ay, mi amor... ya no quiero tenerte lejos nunca más. —dijo lanzándose a mi pecho, haciéndome caer a la cama de espaldas con ella sobre mí.

La abracé fuerte y acaricié sus brazos. Gotas de lluvia empezaron a caer en el borde inferior de la ventana junto a la cama, como piedritas contra el cristal. Los besos se llenaron de saliva y de un momento a otro ya estábamos encajados nuevamente, friccionando nuestros cuerpos. Mientras entraba en ella no pude dejar de pensar en mi princesa moviéndose como lo hacía sobre mí, pero arriba de otro príncipe. Quizás le había mordido los pechos, seguro que amasó su trasero y moldeó su cintura como lo hacía yo en ese momento.

Mi corazón aceleró mis caderas y le pregunté lo que antes no me había atrevido.

—¿Te gustó?... ¿Lo pasaste bien? —susurré en su oído mientras mi boca chocaba con su oreja.

—¿Cómo? —preguntó entre jadeos, moviendo un mechón de pelo de su frente.

—Con el tipo ¿Te gustó?

Jadeó en mi cara, pero no respondió. La lluvia se soltaba brusca contra la ventana. De pronto escuché una deliciosa palabra salir de su boquita.

—... Sí... Sí me gustó.

Su respuesta aceleró mi ritmo.

—¿Qué tanto? ¿por qué?

—... Rico, estuvo rico. —me miró con ojos de ebria y repitió— Muy rico.

—¿Sí?... ¿Te dijo algo?

—Sí... en otro idioma... me nalgueó.

—¿Así? —dije soltando una sonora bofetada en su carne. Fue el único sonido que acalló el bombardeo de gotas contra mi ventana.

Al sonido de la cachetada Rafaela abrazó mi torso, escondió su cara en mi hombro y bombeó su cadera contra la mía como buscando sacar fuego del roce. Luego caímos agotados. No se lo mencioné en ese momento, pero había sido de las experiencias sexuales más intensas que había

experimentado... hasta esa fecha, pues se había abierto una caja de pandora virtuosa entre nosotros.

II

Desde ese día, cada vez que recordaba la escapada de Rafaela con otro tipo algo se movía en mí; a veces me producía un sacudón de cabeza o me reía en solitario. Ella lo sabía, pues le pedía que me describiera escenas de su experiencia durante nuestros encuentros en la cama. La excitación me liberaba de vergüenzas, y a ella parecía sucederle lo mismo. Rafi cada vez recordaba más detalles y me los susurraba al oído, o quizás los inventaba, la verdad no me importaba. Era liberador escucharla hablar entre gemidos sobre sus emociones carnales con otro hombre. Si podía oír eso, podía escuchar lo que fuera en la vida.

Empecé a ver a Rafi todos los días. Apareció su cepillo de dientes en mi baño y su taza roja en mi cocina. Podía tener un cerro de loza sucia, pero su tacita siempre se la tenía rechinante de limpia. Empecé a jugar con ella a preguntarle por su opinión sobre el aspecto de otras personas: mujeres frente a nosotros en el bus, hombres en portadas de revistas, parejas en la calle. Ella me daba respuestas entre risas, pero con el tiempo desarrolló críticas profundas, detalladas.

Todos aquellos juegos y comentarios decantaron en una conversación sobre la posibilidad de compartir nuestra sexualidad con otras personas. Lo discutimos frente a una cerveza, sentados en cada lado de la ya *nuestra* cocina americana. Luego de meses, volvían las lluvias, tal como el día de nuestra reconciliación.

—... Claro que me daría nervios, amor —dije— Aunque acá es mucho más común de lo que uno cree. Si alguna vez lo hacemos, tiene que ser en esta ciudad.

—Mmm... ¿Y no sería peligroso, Rau? No es llegar y conocer gente que haga esas cosas. —dijo marcando un lento galope con sus uñas contra la copa de cerveza.

—Hay gente con la que podríamos hablar. He visto sitios de internet en los que se puede hacer con seguridad.

—¿Has visto? O sea que sí quieres.

Rafaela dio un largo sorbo de cerveza, limpió un dejo de espuma en la esquina de sus labios con su pulgar. Continuó.

—Ay, bebé, no sé. Sí tengo curiosidad, pero me da cosita... estar con otro hombre... y no sé cómo reaccionaría el verte con otra mujer.

—Hay una sola forma de saberlo, amor. —dije poniendo mi mano sobre la suya— Creo que nos debemos el intentarlo, pero puede ser para otro momento. Quizás no estamos listos y eso es válido.

Rafaela acudió nuevamente a su cerveza, la que mostró bastante menos contenido cuando volvió a la mesa.

—Júrame que no nos va a hacer daño. Daño a *nosotros*.

Le sonreí.

—Te lo juro —aunque la verdad no lo sabía.

—Ok... intentémoslo. —dijo sonriendo de lado.

La conversación continuó por otras ramas, pero yo de inmediato comencé a estudiar en mi cabeza la experiencia en la que habíamos decidido incursionar. Cuando fuimos a dormir esperé que el libro de Rafi cayera sobre su cara, tomé mi laptop y revisé algunas páginas de swingers en Berlín. Había tantos clubes como cervecerías en la ciudad. Llegué a uno que me dio confianza. Era formado por jóvenes universitarios, lo que me gustó porque tenía miedo a ser manipulado por

gente mayor, con más experiencia. La página tenía un foro, en el que dejé mi aviso:

“Junges Paar, Latino, unerfahren, aber sehr neugierig” o “Pareja joven, latinos, sin experiencia, pero mucha curiosidad”

Al dejar el post imaginé que esperaría algunos días para una respuesta, pero antes de que cerrara mi computadora escuché una campanita de notificación. Me contestaba un tal Derek. Abrí el mensaje y comenzamos una conversación. Me contó lo que se solía hacer en las reuniones de parejas: tomar algo, conocer a la gente y luego, si había acuerdo, se iba a un lugar a tener relaciones. Me pareció sencillo. Derek me envió una foto suya junto a su esposa y me pidió una de nosotros. Tenía mil en mi computador, pero me animé a sacarme una selfie con Rafi durmiendo al lado mío y la mandé.

En la foto él se veía como el típico alemán universitario, de corte limpio, anteojos y buen estado físico. Delante, entre sus brazos, su esposa: una morena de ojitos adormilados, labios gruesos y delgada figura. Derek dijo que de llamaba Eylem, por lo que supuse que era de ascendencia turca.

En la mañana siguiente, mientras Rafi comía su pan con huevo en la cama con la bandeja entre las piernas, llegué a su lado con mi compu y, en ésta, la foto que me había llegado la noche anterior.

—¿Qué te parecen? —dije poniendo mi laptop frente a ella.

—¿Cuál de los dos? —preguntó Rafi soltando migas de pan desde la esquina de su boca.

—Los dos.

—Guapos. ¿Quiénes son?

—Son nuestra pareja swinger.

Rafi me quedó mirando. El pan suspendido frente a su cara. Se reía con sospecha.

—Es en serio —le dije— los contacté ayer.

—¿Qué? —dijo Rafi soltando el pan sobre el plato y retirando la bandeja de su falda.

Tomó la computadora y se la puso en el lugar donde estuvo la bandeja.

—¿Cómo? ¿En serio?... ¿Cuándo?

Le expliqué que no pude dormir y que me había pasado por varias páginas sobre swingers en Berlín, hasta llegar a ellos. Le hablé de lo que Derek me había contado sobre la rutina en los encuentros y que me había mandado esa foto. Rafi alargó su cuello hacia la pantalla.

—¿Te parecen bien, linda?

—Uf... A ver... sí, me dan confianza. Hasta tiernos los veo.

—¿Qué opinas de él?

—Ay, algo sosito, pero bonito... ¿Y tú qué opinas de ella?

—Linda, tierna; como dices. Y, qué, ¿aceptamos?

—No sé... ¿se supone que ella espera que hagamos algo nosotras? Porque esas cosas no.

—No, Rafi. Todo está muy claro, como dijo Derek: se hace lo que se acuerda hacer, nada más.

Rafi me miraba con sus labios escondidos dentro de su boca. Se me ocurrió una idea para animarla y se la conté.

—Puedes pensar que es uno de tus papeles.

El comentario pareció activar algo dentro de la cabeza de mi novia. Por fin me respondió con seguridad:

—Ok... acepta.

Me pasó el laptop y se pegó a mi hombro para mirar lo que escribía.

Intercambiamos mensajes cortos a lo largo del día. Con cada texto que recibía el miedo iba

quedando atrás y avanzaba la ansiedad. Terminamos acordando juntarnos en tres días en nuestro departamento, los invitamos a cenar. Con Rafi pensamos que el ser locales nos ayudaría a sentir control y tranquilidad.

El día de la cena apenas desperté mi corazón comenzó a golpear las paredes de mi pecho. Recuerdo haberme sentido así de niño al despertar en mi cumpleaños, pero en este caso el regalo no estaba asegurado. Rafi se dio vuelta y se acurrucó en mi pecho, alzó la vista y me dijo:

—Dormí muy mal, amor.

—¿Por lo de esta noche?

Movió su cabeza de arriba abajo, como una niña aceptando una travesura.

—Tranquila, linda. Acá estoy yo. —dije frotando su brazo con mi mano— Recuerda que en cualquier momento me puedes decir y se suspende todo. —dije esperando que no tuviera que recordárselo.

Pasamos la tarde juntos. Acordamos que lo mejor sería recibir a los visitantes con pasta —a todo el mundo le gusta la pasta, y sería lo mejor para nuestros estómagos ansiosos—. Mientras ordenaba la mesa Rafi me abandonó para ir a la habitación. A los veinte minutos sentí un crujir de puerta, miré desde la concina y vi a Rafaela aparecer con un vestido rojo, apoyada en la puerta de la habitación con sus manos en la espalda. Tenía una mirada como de saber un secreto. Sus piernas envueltas en medias negras y finalizadas en botines de taco alto. Sus pechos marcados en la tela del vestido, probando los límites de las costuras.

Me quedé inmóvil, analizándola, hasta que por fin reaccioné:

—Te ves preciosa, mi amor. Ven. —dije llamándola con un gesto de manos.

Ella caminó sonriente, con pasos artificiales, un pie delante del otro, sin prisas. Llegó a mi lado, limpié mis manos con el trapo que lancé a mi hombro, hundí mis manos en sus caderas y la besé. Olía a algún tipo de flor, un aroma dulce y terroso. Mientras mi lengua bailaba con la suya imaginé la reacción de nuestro invitado al verla, tocarla, quizás besarla. Mi erección se hizo presente, Rafaela separó su estómago del mío, miró hacia mi ombligo y sonrió.

—¿Buenas tardes? —dijo casi riendo, sin levantar la vista. Luego se separó, se sirvió una copa de cerveza y me animó a continuar con los preparativos.

A los diez minutos la sorprendí rellenando su vaso. No le dije nada. Quería que fuera una noche de hacer lo que quisiéramos.

Propio de la cultura local, los invitados llegaron a la hora. Abrí la puerta y mis ojos se clavaron en la linda turca que agitaba su mano, envuelta en un ajustado vestido rojo de terciopelo. Detrás estaba su largo marido. Nos dimos la mano entre los cuatro y dejamos que los invitados reconocieran el pequeño espacio de nuestro departamento. Eylem nos felicitó:

—Está hermoso el departamento. ¿Qué dimensiones tiene? —le preguntó a Rafaela.

Rafi me miró con sus ojos salidos. Le expliqué en español lo que le habían preguntado la invitada. Por esos tiempos mi alemán era notoriamente mejor al de mi Rafi. Ella respondió.

—No deben ser más de cincuenta metros. Poquito.

—No importa el espacio. —respondió la visita— Importa lo que se hace con él. Y esto está bien hecho. —dijo mientras giraba su cabeza por el departamento como un aspersor de agua.

Nos sentamos en la cocina americana. Nosotros del lado del refrigerador y ellos del lado de la sala de estar. Eylem conversó con Rafi. La mujer de Derek pronunciaba lento, miraba a mi esposa desde la parte superior de sus ojos, con la atención de quien mira un problema matemático. Derek era muy agradable y sencillo; sosito, como dijo Rafi. Era ingeniero en alimentos, por lo que me excusé de la calidad de los platos, pero Derek me explicó, cuidando no dejar mi ignorancia tan a

la vista, que su carrera nada tenía que ver con cocina. E todos modos, como siempre, la pasta fue un éxito.

De la comida pasamos a los tragos. Tres cervezas para nosotros y un vino para Eylem. Comenzaron a sonar las carcajadas, la luz artificial de la calle se manifestó por la ventana. A ratos olvidaba la razón por la que Eylem y Derek estaban en el departamento y sentía que estábamos comiendo con una pareja común de viejos amigos. Pero, algo así por la segunda o tercera ronda, la delgada morena hizo que recordáramos el motivo de su visita.

—Entonces, chicos... ¿por qué decidieron juntarse con otra pareja? —preguntó con soltura.

Rafi apretó sus labios y me miró.

—Pues era algo que con Rafaela veníamos pensando hace un buen tiempo.

—Ok, ok. ¿Y por qué con nosotros?

—Supongo que porque Derek me dio mucha confianza...

—... y porque son muy lindos. —interrumpió Rafi.

Me sorprendió la acotación de mi novia, quien hasta el momento había estado algo callada. Seguro que la cerveza comenzaba a adueñarse de su lengua.

Eylem se carcajeó echando su pera hacia atrás.

—Gracias, Rafela, son ustedes muy guapos también. —Eylem sostuvo su mirada en Rafi, luego me miró— ¿Por qué no mejor pasamos a la sala?, dijo apuntando por sobre su hombro.

—Claro, vamos. —respondí poniéndome de pie.

Pasamos a los sillones, cada pareja se sentó en uno. Nos separó la mesita de vidrio, en la que sólo había un libro de arquitectura que alguna vez amaneció ahí luego de una fiesta. Continuamos bebiendo y conversando. Con cada trago mi nerviosismo retrocedía. Aprovechaba el no ser el protagonista de la conversación para mirar a Eylem y perderme en sus labios carnosos y sus ojos en permanente expresión de complacencia. Me sorprendió mirándola en más de una ocasión, respondiéndome con sonrisas de ojitos achinados.

Eylem volvió a tocar el tema del por qué habíamos decidido experimentar con otra pareja. El alcohol acumulado me volvió sincero. Le conté sobre aquella pelea con Rafi que nos separó por dos semanas y su aventura durante aquel intertanto. Eylem concluyó el resto:

—... Entonces les quedó dando vueltas, quieren repetirlo.

—Bueno, no tan así —dije— Quiero verlo... y que Rafaela me vea.

—Claro... para eso estamos. —dijo desenredando sus piernas cruzadas.

—Y ustedes —agregó Rafaela— ¿Cuánto tiempo llevan haciendo esto?

Derek sonrió y su esposa contestó.

—Hace unos cinco años.

—Wow... Empezaron jovencitos —dijo mi esposa— Son experimentados ya.

—La verdad no tanto. No aceptamos todas las invitaciones que nos hacen, pero la de ustedes nos llamó la atención.

—¿Por qué? —preguntó Rafaela acercando su cuerpo al borde del sillón.

—Porque están empezando, se nos hicieron simpáticos y son muy atractivos.

—Gracias —dijo Rafaela sonriéndole a su copa de cerveza que reposaba en la mesita.

—Entonces —dijo Eylem— ¿Les parece bien su elección?

Rafi me miró, sus mejillas mostraban manchas rojas. Luego volvió la mirada a Eylem.

—Sí.

—Entiendo —respondió la delgada morena entre sonrisas— Y dime, Rafaela. ¿Qué crees que sentirías al verme con Raúl?

La pregunta me hizo abrir los ojos. Observé a Rafi, quien apretó sus labios mirando a la alfombra bajo el vidrio de la mesa. Levantó la mirada y respondió.

—No sé. Creo que sabiendo que todo es un acuerdo... creo que no me molestaría.

—¿No te molestaría?

—Sí... la verdad no sé.

—¿Quieres ver?

—¿Ahora?

—Sí —respondió Eylem, levantándose de su sillón. Expendió su mano a Rafaela—
Cambiemos de puesto, guapa.

Rafaela se puso de pie y caminó hacia Eylem. La recién conocida la tomó de la mano y la sentó junto a su esposo, luego caminó hacia mí y se sentó a mi lado, subiendo una rodilla sobre mis muslos. Comenzó a acariciar mi nuca. Me miró con ojos de encantadora de serpientes. Acaricié su pierna sobre el nylon de sus medias y nos besamos. Años que no besaba a otra mujer, jamás delante de una novia. Sólo podía ver la nariz de Eylem moviéndose de un lado al otro de la mía. Expulsábamos sonidos líquidos. La rodilla de la morena izó llenó de sangre mi entrepierna. Me perdí.

Pude mirar a Rafaela cuando mi amante abandonó mi boca para besar mi cuello. Ella estaba con sus dos piernas de lado sobre el sillón, pegada al largo alemán quien acariciaba sus hombros con una mano. Ambos nos miraban atentos. Rafaela estaba seria, con la boca semiabierta y con su pecho bombeando aire a ritmo de trote. La delgada morena a mi lado desabotonó el comienzo de mi camisa y me la sacó por sobre la cabeza. Yo subí su vestido por sobre sus hombros para liberar sus senos, ya sin sujetador. No pude analizar mucho de ella, pero no era importante. Mi mente estaba en un espiral erótico, mis ojos eran mis manos.

Eylem abrió mi pantalón, sacó mi pene y lo agitó como si fuera una botella de leche. Con la otra mano se extendió hacia su cartera de dónde sacó un preservativo. Partió el envoltorio con sus perlados dientes manteniendo su mirada en la mía, luego puso el preservativo en la punta de mi glande y lo bajó como queriendo estrujarlo. Se sentó sobre mi regazo, separó su cadera de la mía, tomó mi pene con una mano, sonrió y se sentó sobre él mientras se acercó a mi cara y expiró dentro de mi boca. La morena hizo casi todo el trabajo, mi tarea fue el aguantar esa sobredosis de sensualidad saltando sobre mi pene.

Luego de un tiempo incalculable sentí el estómago de Eylem contraerse y sus muslos tensarse, lo que me llevó al punto sin retorno. No podría jurarlo, pero creo que nos fuimos al mismo tiempo. Recién en ese momento pude alzar la mirada otra vez. Rafaela y Dereck estaban casi en la misma posición de hacía un momento, pero una mano de mi novia acariciaba la entrepierna del alemán por sobre su pantalón.

Eylem levantó su cabeza, me sonrió y me dio un tierno beso, luego dos pequeñas cachetaditas en la cara, se levantó, caminó semi desnuda hacia Rafi y su esposo. Se sentó al lado de mi novia, se acercó a su oído y le dijo algo. Rafaela asintió con la cabeza, tragó saliva y me preguntó con voz temblorosa:

—¿Te gustó?

Al no estar preparado tuve que ser sincero.

—... Sí... Mucho... ¿A ti?

—Sí —dijo de forma seca.

Eylem volvió a acercarse al oído de Rafi, quien volvió a preguntarme, ahora con voz más segura:

—¿Y tú?... ¿Quieres verme con Derek?

—... Sí, mi amor. Quiero.

Eylem se levantó de al lado de Rafaela, caminó hacia mí, se sentó y se enredó en mis brazos, mirando a la pareja frente a ambos.

Derek pasó un brazo por la espalda de Rafaela y posó una mano en su rodilla. Comenzó a dar diminutos besitos en una de las enrojecidas mejillas de mi novia. Ella cerró los ojos y sonrió. De forma natural sus caras giraron hasta encontraron en un beso. Con su lengua dentro de mi novia el alemán ya no se veía tan *soso*. Rafaela cooperaba dejándose tocar, manipular. Dereck agarró su vestido desde el borde inferior y lo subió. La tela se escurrió por sobre la cabeza de Rafi y sus pechos cayeron en dos rebotes. Escuché a Eylem susurrar un *wow*. El alemán la besaba en la boca mientras apretaba y soltaba sus senos. Rafi empezó a gemir y a respirar agitada, separó sus piernas. Con una mano trató de abrir el pantalón de Derek, con torpeza, tanto que él suspendió sus ataques, se sacó el pantalón y volvió a su tarea. Ella puso su pequeña mano alrededor de la erección del alemán y la agitó. Su amante echó su cabeza hacia atrás y exhaló un gemido. Rafi miró el pene entre sus dedos, se agachó hacia él, besó la cabeza, luego otro besito y hundió su boca haciendo desaparecer el pálido cilindro en ella. Al momento Eylem alzó su mirada hacia mí y agitó sus cejas. Esa imagen liberó electricidad en todo mi cuerpo. La menuda turca acarició mi pene, que comenzaba a resucitar, se acercó a mi oído y me susurró una pregunta.

—¿Te gusta lo que ves?

—... sí.

Unos perros peleaban en la calle, uno de los vasos se había volteado y mojaba la revista abandonada. Y yo miraba a mi esposa haciendo desaparecer el pene de un desconocido entre sus sagrados labios.

Rafaela se levantó dándonos la espalda. Pasó sus pulgares por los extremo de su tanga y los tiró hacia abajo doblando su dorso, sin mover su trasero. Derek se puso un preservativo. Rafi se acercó a la hombría del alemán, la tomó con una mano y la agitó con suavidad mientras se acomodaba frente a él. La posicionó en la entrada de su pubis y bajó su cuerpo con lentitud hasta hacer desaparecer la carne forrada en plástico del hombre.

Era hipnótico y trasgresor el ver el trasero de manzana de Rafi saltando sobre la entrepierna de otro hombre, generando sonidos de palmadas mojadas. Veía sus brazos tensos alrededor de la cabeza de Derek. De entre el tumulto de brazos y piel salían gemidos sofocados por besos. Mi respiración se agitó. Eylem tomó mi pene y comenzó a moverlo, masturbándome mientras veíamos a nuestras parejas perderse en sexo. La linda turca volvió a acercarse a mi oído y me dio una orden:

—Anda donde tu mujer y bésala.

La miré y asentí con la cabeza. Me paré, caminé detrás del sillón y vi la cara sufriente de Rafaela pegada a un costado de la rubia nuca de Derek. Boca abierta y ojos apretados, casi exprimidos. Cortos sonidos de vocales salían de su boca al ritmo de las penetraciones que recibía. Me agaché y me puse frente a ella, la observé en silencio. Los escalofríos corriendo por mi cuerpo no me dejaban pensar. De pronto ella abrió los ojos y me miró con la mirada de alguien que estuvo a punto de ahogarse en el mar. Tomé su rostro con mis dos manos y la besé en los labios tratando de no chocar nuestros dientes. Ella casi no participó en el beso, parecía que no tenía la capacidad de sentir lo que estaba experimentando y al mismo tiempo preocuparse de mis labios. Yo podía distinguir los contactos rítmicos de sus sexos en la respiración de Rafi. Así hasta que su cuerpo se tensó, su cabeza se escondió en el hombro de Derek y todos la escuchamos

agonizar en tres largos y agudos alaridos.

Comencé a acariciar el pelo de Rafi mientras ella se reincorporaba. Cuando volvió en sí se separó del alemán y se dejó caer al lado del sillón como una marioneta sin titiritero. Eylem caminó hacia su esposo, lo tomó de las manos y se lo llevó al sillón donde ambos habíamos comenzado todo. Yo me senté junto a Rafaela, quien, en posición semi fetal, aún era abatida por pequeños temblores. Despejé el cabello de su rostro, la besé y abracé. Ella parecía no entender ni dónde estaba.

Al tiempo Rafi se enderezó a mi lado, risueña. Eylem se puso su vestido por sobre su cabeza. Luego tomó el de Rafaela y me lo lanzó.

—Va a ser mejor terminar acá, chicos. —dijo Eylem— En la primera vez van a tener mucho que hablar.

—Sí, eso creo. —dije mientras pasaba el vestido por la cabeza de Rafi, quien tenía sus brazos a medio levantar— ¿Quieren comer algo, tomar?

Mi novia se veía aún en shock.

—No, Raúl. Gracias, va a ser mejor que nos vayamos. Luego escribánnos con lo que piensan, esperamos haberles servido. —dijo levantándose, satisfecha, como si nos hubiesen evangelizado.

Me puse mis boxers y me despedí de los invitados. Junto a Rafi los acompañamos hasta la puerta. Eylem nos dio un beso en la mejilla a cada uno antes de desaparecer.

Al cerrarse la puerta quedamos mirándonos con Rafi, como si recién nos conociéramos y debiésemos presentarnos. Y, bueno... en cierto modo era verdad. Pero luego, sin decirnos nada aún, comenzamos a reír como dos hippies con su hierbita.

—Wow —le dije apoyándome en la puerta.

—Si sé —me respondió Rafi reposando su trasero en la mesa de la cocina mientras se abanicaba con una mano. Entre su cabello se dibujaban tres partiduras desordenadas, sus mejillas tenían un rojo casi falso, como de muñeco de porcelana.

La tomé de las manos y caminamos al sillón. Le pregunté lo que había sentido, ella sonrió y se negó a dar una respuesta sin escuchar antes la mía. Traté de explicarle lo que sentí al verla con otro, lo resumí en *celos placenteros*. No fui yo quien generó ese goce sexual en ella, pero lo permitía, por lo que en cierta forma era yo quien proveía el placer. Era una lógica retorcida, pero no por eso menos cierta.

Rafi me miraba sorprendida y sonriente. Volví a preguntar por cómo vivió ella la experiencia, y me respondió con mayor seguridad.

—¡uf! yo los primeros segundos la quería matar, por muy bien que me cayó. No sé. Tú eres mío y eso me incomodó...

—Peero...

—... pero al rato me pasó algo así como lo que dices. El ver que lo hacías delante de mí... no sé... fue *muy sexy*. Ella era *muy sensual*.

Pensé en preguntarle por cómo experimentó su momento con Derek, pero era una pregunta capciosa, la vi con mis propios ojos y sabía bien lo que había sentido, mejor que cualquier intento de su parte por definirlo.

III

Durante la semana casi no hablamos del encuentro, pero las tres o cuatro veces que lo hicimos terminamos en la cama.

Volví a ver a Derek haciéndoselo a mi novia en mi sillón, y ella me vio otra vez sudando junto a la delgada morena de labios carnosos y ojos entrecerrados. La siguiente semana fueron locales ellos. Pasaron a convertirse en una pareja amiga. Con las repeticiones los encuentros se volvieron más cómodos, excitantes y atrevidos. A los cuatro o cinco meses nos juntamos con un matrimonio amigo de Derek y Eylem, con el que también hicimos muy buenos lazos. Comencé a ver al sexo como un ejercicio social, el que podía mejorar si se liberaban las limitaciones morales y los miedos aprendidos. Al año de nuestro primer intercambio ya sentía que éramos parte de la escena berlinesa de swingers, la que me di cuenta que era tan grande como la de motociclistas en Arizona o la de floristas en Holanda.

Aprendí algunas cosas sobre mí, como que el poder ver a mi novia con otro me hacía sentir un gran poder sobre mí mismo y, por raro que suene, el estar con otras mujeres frente a Rafi sólo me hacía apreciarla más a ella; era una libertad compartida, el mejor tipo de libertad. También aprendí algo de Rafaela. A ella le encantaba que la viera con otros hombres. Cada vez que lo hacía con otro, su cara se fijaba en la mía, como queriendo que entendiera la poderosa razón detrás de cada una de las muecas de su rostro, como si me regalara sus gemidos, me dedicara sus orgasmos. Pero lo mejor que aprendimos de nosotros mismos al entrar en el mundo swinger fue que nuestro amor era invencible, inquebrantable, por lo que lo coronamos con el matrimonio.

Ya como una pareja de casados, lejos de calmarnos, nuestra afición se desarrolló. Conocimos otras parejas y organizamos encuentros casi semanalmente.

Desde hacía poco antes de casarnos ambos encontramos trabajo en una empresa de publicidad. Yo trabajaba editando videos, principalmente de comerciales de restaurantes, y Rafi era parte del equipo de selección de actores para éstos. El trabajo pagaba las cuentas, pero yo no podía ser cineasta ni Rafaela actriz. Eso duele cuando se es joven y los sueños todavía cuentan.

Coordinamos nuestras vacaciones para octubre. Desde hacía un tiempo que Rafi se paraba frente a la ventana y se ponía a gritar a las nubes grises: *¡Sol! ¡Sol, por favor!* así que le propuse que nos fuéramos unos días a un todo incluido de la costa maya mexicana. La idea le fascinó. Casi todos los días me mandaba fotos de paisajes de la región, con parejas caminando de la mano por la playa, otros bebiendo de vasos largos con sombrillas, ese tipo de cosas que te vende la publicidad vacacional. Yo sólo quería verla paseándose en bikini, algo que el clima berlines me negaba constantemente.

Una mañana me encontraba aburrido en cama. Era sábado y Rafi tenía turno en la agencia. Cerré los ojos y la imaginé teniendo sexo con aquel desconocido que inició todo. Pensé que hubiese dado lo que fuera por tener una cámara en ese lugar. De inmediato me cayó una idea, la que sonó en mi cabeza como maquinita de casino entregando un pozo acumulado. *¿Y si hacemos una película sobre las vacaciones?* Mi imaginación se enamoró del plan. Tomé mi laptop y abrí un procesador de textos, en el que comencé a organizar la idea. Necesitaba cosas interesantes que grabar, y no estaba pensando en paisajes y vida natural, quería ver sexo. Sería complicado y arriesgado coordinar encuentros con parejas swinger en México, y tampoco sería algo nuevo para

ninguno de nosotros. El buscar lugares extraños para tener relaciones con Rafi era una buena idea, pero eso levantaba mil problemas técnicos con la grabación. Dado todo lo anterior, llegué a una conclusión que me tuvo sonriendo toda la tarde.

Sentí el sonido de la puerta desde el sillón donde, con mi laptop en las piernas, investigaba el hotel en que nos quedaríamos. La puerta se abrió y entró mi potencial actriz empujada por un soplo de aire. Traía ojitos derretidos, como si los músculos de sus párpados hubiesen dejado de funcionar. Me saludó abriendo su palma y trazando una media sonrisa. Hubiese querido bombardearla con la idea de inmediato, pero antes preferí preguntarle por su día y ayudar a hacerla olvidarse de él un poco. Necesitaba toda su atención para hablarle del plan. Le dije que se sentara en el sillón mientras le hacía un café. *No veas mi compu*. Le advertí. *No me digas eso. Ahora me dieron ganas de verlo*, respondió. Me carcajeé y le adelanté que ya le diría de qué se trataba. Me senté junto a ella con la intención de generar una conversación que naturalmente decantara en mi idea, pero Rafi no traía ganas de rodeos, y ya me conocía bien: *Ya dime, va a ser peor si me haces esperar*. Tenía razón. Así que, ya que noté su cuerpo relajado y ojitos tranquilos, le conté:

—Amor...

—... Amor —Respondió.

—Como que tengo una idea para las vacaciones. —dije poniendo una mano sobre su rodilla.

—¡Qué bueno! Cuenta, cuenta. —exclamó sobre abriendo sus ojos.

—¿Y si hacemos que el viaje sea *más interesante*? —pregunté con un movimiento de cejas.

—¿Cómo?

—Que lo pasemos bien.

—Pero cómo, pues.

Hice una pausa dramática y le expliqué:

—¿Qué te parece vivir algunas experiencias en el viaje?... experiencias... sexuales, claro.

—Ay, Rau. Qué te traes... cuéntame. —dijo adelantando su cabeza.

—Eres actriz y yo cineasta...

—Ok...

—... Pero nunca he grabado algo que decida cien por ciento yo, como director...

No quise mencionárselo, pero sabía que Rafaela tampoco había actuado mucho ni había estado contenta con sus roles pasados, principalmente en teatro estudiantil.

—... Acá va la idea —dije levantando sus piernas para ponerlas sobre mi regazo— Estaba pensando que podría darte algunas indicaciones de cosas que hacer, alguna aventura que debas cumplir, escenas... ¿me entiendes?

—Mmm. Continúa. —dijo sonriendo y mirando sus pies agitándose sobre mis muslos.

—... Todo eso lo podemos grabar, disimuladamente, y nos creamos la película más excitante que hayamos visto en nuestras vidas. Tú serás la protagonista, y yo el director... un proyecto de matrimonio, una película de matrimonio ¿Qué opinas?

Rafaela sonreía. Su labio inferior se escondió bajo el superior.

—Ay, no sé. —dijo achicando los ojos— ¿Serían aventuras entre nosotros?

—No.

—Ay... —dijo moviendo los pies como si nadaran—... Necesito un ejemplo.

—Claro, Ok. Por ejemplo, te puedo indicar que debes decirle ciertas cosas a equis persona, o intentar hacer algo con otra, y grabamos cada paso del proceso. Casi como con libreto.

—Un libreto, ok... ¿Todo sería con gente extraña?

—Sí, pero siempre con seguridad. De eso me ocupo yo.

—Ok... ¿Cómo lo grabaríamos?

—Con micro cámaras. Tengo todo pensado.

El movimiento de sus pies paró en seco. Llevó un dedo a su boca y perdió la mirada por la ventana frente a ella.

—Te veo interesada, mi amor. —la apuré.

Rafaela volteó hacia mí y me dijo:

—Pues... sí me interesa. Pero sí me da miedo.

—Normal. Te entiendo, pero sabes que nunca te pondría en riesgo real. Tengo todo pensado y te juro que no será peligroso, linda.

—Pero necesito que me cuentes lo que tengo que hacer, Rau. Si no, ¿cómo te voy a decir lo que pienso?

—No puedo, mi vida. Es parte de la gracia, ¿no crees? Te lo tengo que ir diciendo en el momento. *Creo* que de esa forma las reacciones serían más genuinas, intensas.

—¡Ah! —gritó apretando sus dedos en mi antebrazo— quizás tienes razón.

—Entonces, ¿aceptas?

Rafi retiró sus piernas de mi falda, se sentó a lo indio sobre el sillón, enfrentándome. Extendió la palma de su mano y me dijo:

—Acepto.

Estreché su mano. Me sentí como un ejecutivo cerrando un gran negocio.

A penas tuve la venia de Rafi me puse a planear todo al mayor detalle posible. Hice una visita a una tienda de elementos de seguridad y me llevé una cámara escondida en un botón de ropa, otra en un reloj despertador y otra en un collar negro. Más que cineasta me sentía un espía.

Cada cierto tiempo Rafaela me acorralaba en el departamento y me interrogaba sobre cómo iban los preparativos. Yo le daba evasivas o respuestas cortas, ella me respondía con pucheros y rabieta simuladas. Eso hasta que le di una misión: la compra del vestuario para su papel. Le exigí que la vestimenta fuera sensual y playera, que no había espacio para elegancia, lo que escogiera debía acentuar su cuerpo. Rafi escuchó mis indicaciones como si fuera una joven recluta militar, asintiendo con la cabeza a cada frase.

La noche anterior al viaje hice un inventario del vestuario escogido por mi esposa. Lancé las prendas a la cama formando una montaña de telas coloridas. Algunas parecían trapitos que sólo al levantarlos por sus extremos entendía qué tipo de prenda eran, pero aún no lograba imaginar cómo se suponía que mi curvilínea esposa cabría en ellas.

Estaba en mi tarea de reconocimiento cuando sentí un ruido a mi espalda, di media vuelta y vi la carita de Rafi asomarse por la puerta.

—¿Qué haces? —dijo entrando en el cuarto.

—Organizo el vestuario. —respondí girando hacia ella— Tareas de la producción.

—Uy, pero qué profesionalismo —dijo Rafi posando su mirada en las pequeñas cámaras sobre el velador— ¿Y esto?

—Una cámara.

—¿Acá adentro? —dijo suspendiendo el collar delante de sus ojos.

—Claro, amor. Producción de primer nivel.

Me acerqué a ella, tomé el collar de sus manos y lo suspendí sobre su cabeza, Rafi agachó su coronilla y emboqué el objeto hasta dejarlo caer por su cuello.

—¿Te gusta? —le pregunté

Rafi sonrió y caminó hacia el espejo de cuerpo entero pegado a la puerta.

—Me encanta. —dijo volteando hacia mí, con una mano sobre el collar.

Cuando la vi con aquella cámara suspendido en medio de su escote tuve una sensación como de estar preparándonos para robar un banco. La amé como nunca en ese segundo.

IV

Y llegó el día del viaje.

Tren de Berlín a Frankfurt, vuelo a Madrid, otro a México DF y un último avión hasta la costa maya mexicana. Durante el último vuelo repasé en mi libreta las actividades que había creado para mi protagonista. A ratos giraba mis ojos hacia Rafi y la sorprendía echando un vistazo mis apuntes mientras simulaba mirar la película en la pantalla delante de su asiento. Sólo pude estar seguro que no me miraba cuando el avión sobrevolaba nuestro destino, ahí Rafi se colgó de la pequeña ventana del avión observando los paisajes que se fundían entre el verde oscuro de la selva y el azul coralino del mar.

Nos bajamos del avión por una escalera que daba a la pista. Una cachetada de calor húmedo me golpeó el rostro. Hacía años que no sentía viento cálido que no saliera de un aparato de aire acondicionado. Rafi abrió su pequeña chaqueta deportiva rosada mientras movía su cuellos hacia los lados como lo haría una paloma hambrienta.

Había coordinado un traslado con el resort en que nos alojaríamos. Al salir del aeropuerto busqué nuestros apellidos entre la muchedumbre de pequeños caballeros con letreritos sostenidos sobre sus pechos. Encontramos el nuestro: un sonriente y pequeño tipo regordete de camisa blanca llamado Efraín.

El chofer nos saludó, tomó las maletas de Rafi y nos pidió que lo siguiéramos. Caminamos un par de minutos detrás del hombre hasta llegar a una van blanca. Mientras Efraín jugaba Tetris con nuestro equipaje en su maletero, di una mirada al rededor. Rafi sostenía su teléfono delante de su cara, en dirección al celeste eterno del cielo.

—¡Me encanta! —dijo mi esposa volteando a verme.

—Estamos listos —interrumpió Efraín haciendo girar unas llaves en el dedo índice de su mano derecha.

El motor rugió y emprendimos el camino hacia el resort por la carretera del asfalto más blanco que he visto en mi vida. Palmeras y densos arbustos aparecían por las ventanas como si se desenrollaran a nuestro paso.

Llegamos al hotel. Subimos un cerrito artificial para llegar a su entrada principal. Al bajar de la van estiré mis brazos y bostecé a boca ancha.

Dejamos las maletas a los botones que nos recibieron en la entrada. Estaban vestidos con unas chaquetas rojas gruesa, mal pensadas para el agobiante clima. Entramos al edificio principal. Me sentí ingresando al interior de una pirámide egipcia hueca. El techo era más alto aún que los árboles de la selva. Sillas de curiosas formas y colores se desparramaban con cierto orden. En la recepción, una señora de voz suave nos explicó la distribución del resort. Éste se componía de tres grandes sectores ordenados en forma de rectángulo hacia la playa. El más alejado del mar era la zona de familias, luego venían las villas para quienes tenían tiempos compartidos, y al final y a pie de playa estaba nuestro espacio, el de adultos. El resort contaba con spa, gimnasio, una pequeña disco, tres restaurantes, dos bufetes y otros espacios comunes. Largas piscinas serpenteaban por las instalaciones como las manchas de un camuflaje militar. Nosotros podíamos ir a todas las zonas, pero la familia y los niños no podían ingresar a la nuestra. Maravilloso.

Me devolví a la entrada para darle a los botones el número de nuestra habitación, tomé la

mano de Rafi y caminamos en dirección al edificio de nuestro cuarto por callejuelas de piedra. A nuestros lados se enfilaban largas plantas y árboles que se inclinaban en altura hacia el centro del camino. Algunos huéspedes deambulaban a paso natural, como si dejaran a sus cuerpos ser empujados por la pendiente del camino. La mayoría eran familias, quizás por ser aún temprano. Volteé hacia Rafaela, quien caminaba con la pera levantada, mirando a izquierda y derecha, parecía admirar la punta de las plantas y su contorno contra el cielo. Se dio cuenta que la observaba, apretó mi mano y me dijo en un murmullo *Me encanta. Es precioso*. Atravesamos tarimas, piscinas y algunas casas de servicio.

Llegamos a nuestro edificio. Una construcción rojiza de tres pisos en forma de corchete. La habitación que había reservado era la 1301. Nos paramos frente a la puerta, saqué la tarjeta/llave, miré a Rafi y le hice un jueguito de cejas. Ella sonrió y me exigió: *¡Ya abre!* Un *beep* digital sonó al pasar la tarjeta sobre la cerradura, moví la manecilla y Rafi se escurrió hacia el cuarto dejándome atrás. La vi caminar por un angosto pasillo hasta pararse en medio de la habitación. Levantó los brazos y gritó: *¡Me encanta!* Dio media vuelta y me llamó con un gesto de su cabeza. Caminé por el pasillo y entendí la razón de su emoción. La ventana de la terraza estaba frente a la línea del mar. Como zombis caminamos con la boca abierta hacia el balcón, abrí la ventana y salimos. El aire caliente me envolvió y cerró mis ojos. Al abrirlos vi las copas de unas palmeras y detrás una ancha playa de arena tan blanca que me hizo entrecerrar los párpados. Luego el azul turquesa del mar, que en suave degradé se transformaba en azul marino en el punto en que el océano choca con el horizonte. Sentí un dedo de Rafi picar mi mano, la abrí y encerré su palma en la mía. Ahí nos quedamos, naturales y pacientes, respirando aire salado que sabía a libertad.

Dejé a Rafi en la terraza y entré al cuarto a revisar el resto del espacio. Todo era blanco e impecable, me recordó a esas tiendas de perfumes elegantes de algunos malls. La cama era *King size*, flanqueada por dos veladores. Frente a ésta había una cómoda con una televisión en medio y un largo espejo al lado. Un estrecho pasillo llevaba a la puerta de salida, en éste estaba el baño a un lado y un closet con una caja fuerte al otro. Miré al balcón y vi a Rafi recostándose en una silla, levantó los pies y los dejó caer cruzados sobre el barandal.

Sacaba las cámaras de mi mochila cuando sonó un golpeteo rítmico en la puerta. Eran los maleteros. Recibí el equipaje, entré a la habitación y vi a Rafi parada frente a la cama dando pequeños aplausos. Tomó su maleta y se puso a mover sus manos en ella. Algunas prendas salieron volando por los costados. Yo puse la cámara de despertador en el velador, la otra la pegué al marco de la puerta del balcón. El ángulo de captura era excelente. Lo único que me frustraba era que los equipos más pequeños no transmitían en vivo, sólo guardaban.

Rafi miraba su maleta con una mano sobre el mentón y la otra tomando su codo. Su cabeza subía y bajaba como un bote en marea tranquila. Me paré a su lado y cerré su equipaje y lo puse en el suelo, a mi costado.

—¡Mi maletita! —Exclamó Rafi con un puchero, alargando sus manos hacia mí.

—Amor. Estamos en un rodaje, ¿te acuerdas?

—Sí, me acuerdo.

—Muy bien. Entonces entenderás que el vestuario de la actriz lo ve el director.

—Pero si todo lo escogí yo —dijo riendo.

—... y se lo agradezco mucho, pero lo que usa la actriz lo ve la producción.

Rafi me miró de lado, con ojos enojados, pero con boquita sonriente.

—Ok, director. —dijo sentándose de piernas cruzadas en el borde de la cama.

Le sonreí. Tomé su malea y la volví a abrir. *No me desordenes*, advirtió Rafi desde mi

espalda. Supe que había encontrado lo que buscaba al tocarlo, lo llevé a la superficie del mar de ropitas y se lo enseñé a Rafi. Ella dio tres aplausos.

—Me encanta ese bikini. No me vas a creer, pero era el que estaba pensando usar.

—Perfecto, pues. Hay coordinación en el equipo entonces.

La tela se sentía como me imaginaba que sería tocar la piel de una foquita, aunque ésta tendría que ser una foca rosada casi fosforescente.

Levanté el conjunto con un dedo y lo suspendí a la altura de mis ojos. Rafaela adormeció su mirada y caminó hacia mí con pasos gatunos. Recogió el bikini con su dedo y continuó hacia el baño sin dejar de mirarme a los ojos. La sangre abandonó mis manos y se agolpó en mi pecho.

Me quedé mirando el pasillo vacío por unos segundos. La parpadeante luz roja de un detector de humo aplastado en el techo me distrajo. Recordé que aún no probaba todas las cámaras, así que me eché a la tarea.

Sentado en la cama manipulaba mis juguetes cuando escuché abrirse una puerta. Mi corazón pateó mi pecho y mis ojos se lanzaron al pasillo. Sentí la energía de Rafi aproximarse, hasta que se reveló. Su piel oscurecida por la luz del bikini. Su cuerpo parecía succionarse hacia su ombligo y distenderse por sus caderas y pechos. Se puso frente a mí en cuatro sensuales pasos.

La admiré desde un instinto básico de deseo, pero también de respeto por lo bello. Rafi disminuyó su sonrisa, levantó sus cejas, adelantó su cabeza y me dijo:

—¿Y...? ¿Algo...?

Tiré a la cama las cámaras que estaban sobre mis muslos con una bofetada. Me levanté, la rodeé con el brazo por la cintura y la empujé hacia mi estómago haciéndola levantar un pie.

—Eres la mujer más hermosa del mundo, Rafaela. —dije al mínimo volumen que pude.

Rafi se sonrojó, apretó la boca; miró para abajo, luego alzó la cabeza.

—Gracias. Así me haces sentir. —dijo posando sus palmas en mi pecho.

Estiramos los labios y nos besamos. Dimos vueltas y caímos en la cama. Rafi empezó a acariciarme sobre los shorts, yo liberé uno de sus pechos y me lo llevé a la boca. Frío, suave, poroso; correcto. Pero un chispazo de realidad se encendió en mi cabeza.

—Aguantémonos mejor, mi amor. —dije entre jadeos— No nos gastemos antes de los *deberes*.

—¿*Deberes*?

—La escena. —dije mientras una voz interna me gritaba que era un idiota.

—Uy, qué responsable. Se te ha pegado mucho lo alemán, amor. Pero... bueno... Usted es el director. —dijo levantándose de mí, colorada.

De alguna manera sentí que la infidelidad ya había comenzado. El infiel había sido yo, y conmigo mismo.

—¿Quieres salir, amor? Necesito grabar algunas cosas —dije levantándome de la cama.

—Perfecto. —respondió Rafi ajustando su bikini frente al espejo junto al televisor— Me muero por salir.

Rafi sacó unos pequeños shorts blancos de su bolsa y se agachó para ponérselos, pero la detuve.

—No, linda. Te necesito sólo con bikini.

—¿Cómo? Pero si una no anda por ahí así. —protestó Rafi.

Tomé mis lentes de sol y mi celular del velador. Me paré frente a ella y le hablé del plan.

—Es una escena, amor. Voy a ir caminando detrás de ti. Necesito hacer algunas tomas tuyas por el resort.

—Escena. Ok... Entiendo. —dijo asintiendo con un rápido movimiento de cabeza y lanzando el

short a la cama— ¿Qué tengo que hacer?

—Sólo caminar. Siéntete relajada, liviana. Eres una linda mujer, libre y tranquila que deambula por el paraíso. Ten eso en mente.

—Ok... *deambulo por el paraíso* —repitió para sí misma.

—... Tienes que ir a ciertos lugares. Anda al Servicio al Huésped en la mesa central y preguntar por la guía de canales para la tele. Luego pasa al restaurante italiano a preguntar por la hora en la que abren, y luego te pasas a la playa.

—Ok... Ok... ¿Hay cuarta pared?

—Así es amor: nunca mirar a la cámara. En la playa nos reencontramos.

Rafi caminó al baño y salió con unas sandalias blancas, las que me parecieron indignas de sostener a toda esa gloriosa mujer.

—Lista, amor. —dijo Rafi bajando sus lentes de sol de su cabeza a sus ojos y acomodando su bolsa de playa en su hombro.

Me acerqué a ella y tomé su bolsa.

—La llevo yo, mi amor. Me va a obstruir la toma.

—Ok, ok. —dijo Rafi entre respiraciones cortas.

—¿Lista? —pregunté tomando una de sus manos.

—Lista. Vamos.

Rafi dio media vuelta y caminó a la puerta, la abrió y me miró desde afuera. Caminé hacia ella. Al salir casi pateo una curiosa y pequeña pila de excremento verdoso.

—¿Y eso? —me pregunté en voz alta

—Animalitos mal educados. —respondió Rafi tapándose la nariz.

Le recordé sus deberes actorales, le di un beso en los labios que repercutió entre mis piernas, dio media vuelta y caminó por el pasillo de baldosas rojas. Sus sandalias aplaudían a cada paso, tal como lo hacía yo en mi mente al ver el insolente bamboleo de sus nalgas desbordadas por los costados del rosado bikini. Su largo cabello negro en una coleta perfecta, como una cascada de seda entre sus omóplatos. Estuve mirándola achicarse por el pasillo lo suficiente como para darme cuenta que ya estaba demasiado lejos. Sacudí mi cabeza, tomé mi celular, lo puse delante de mi pecho y caminé detrás de Rafi a unos diez o quince metros.

Mi actriz se desplazó por los senderos con gracia y naturalidad. Sentí que ella pertenecía a un lugar como éste, Rafi combinaba con la selva como un Tequila con un limón.

Mientras caminaba su carita se iba alzando a los costados. Miraba las plantas y los adornos precolombinos del resort, la mayoría utilerías. A ratos se cruzaban huéspedes y trabajadores, todos dedicaban al menos un par de segundos para observar aquella sensual y tranquila criatura.

Entró a la pirámide falsa que hacía de mesa de atención al huésped. Me senté en uno de los sillones de la entrada para grabar a distancia. Cajeros automáticos lanzaban luces buscando llamar la atención de los paseantes, dos trabajadoras de polera blanca sostenían unos panfletos blancos y seguían a la gente con la mirada. En el mesón, Rafi se ponía de puntitas para alzar su cuerpo. Sus talones se separaron de las sandalias y éstas del suelo, sus piernas se tensaron y su trasero se levantó. Conversó con un joven delgado de camisa blanca.

Al terminar su charla, Rafi descendió, bajó sus lentes de sol a sus ojos y pasó delante de mí con su mirada fija hacia adelante. Esperé unos segundos a que se alejara y continué con mi tarea de camarógrafo encubierto. La filmé subiendo las escaleras que daban al restaurante italiano, emplazado en un edificio especial. Forcejeó con la puerta de vidrio, pero se detuvo cuando posó su mirada en un papel blanco al lado de la manija. Dio media vuelta y descendió por la escalera.

En un instante el sol dio entre sus pechos y un rayo blanco quemó la toma de la cámara. Tomó el camino que iba en dirección al mar. Esperé a mi distancia reglamentaria y partí detrás.

Rafi pasó por la barrera de palmeras. El sendero pedregoso se volvió de madera hasta acabar en la arena, junto a una alta silla de salvavidas que tenía pegado un gran quitasol ladeado. Un tipo con bigote de pelusa y gorra naranja volteada para atrás descansaba debajo de la silla. Fumaba un cigarro a medio consumir, el que botó a la arena al ver que se le acercaba mi despreocupada morena. El tipo dio algunos tímidos pasos hacia ella. Cuando la tuvo en frente alzó la mano y le dijo algo. Rafi paró y le conversó con su cuerpo apuntando al mar. Agitó su mano hacia el hombre y caminó por la arena. Sus pies se hundían en cada paso, haciendo que sus glúteos saltaran al avanzar. El tipo de la gorra siguió el contoneo de mi esposa doblando su cuello como lo haría un búho. Sólo despegó sus ojos del trasero de mi esposa al acercarme yo a él.

—*Good day, my friend.* —dijo en tono alegre— ¿Tabaco?

—No gracias, amigo. No fumo.

—Ah, pero entonces no hay problema. También tengo cosas para relajarse. Motita... su coquita —dijo disminuyendo el volumen de su voz y agachando su cabeza.

—Jaja. Bueno saberlo, compadre. Gracias.

Le di la mano y le aseguré que lo buscaría si me faltaba algo.

Caminé por la playa buscando a Rafi. Pude distinguir su figura cerca del mar, sentada con sus rodillas contraídas, dándome la espalda. Frente a ella un pequeño perro corría en frenéticos círculos con una cuerda roja en el hocico.

Caminé hacia ella. Cuando estaba a unos pasos volteó hacia mí:

—¡Amor! ¡Adivina qué! —dijo haciendo una visera con su mano, a pesar de tener sus lentes puestos.

—¿Qué, mi amor? —dije sentándome junto a ella.

—Me ofrecieron cocaína.

—¡Sí! ¡A mí también! —dije echando mi cabeza hacia atrás en una carcajada— Bienvenida a México.

—Ay, no seas pesado. —dijo alargando su cara y subiendo sus cejas.

Me reí y ella terminó por acompañarme.

—Oye, Rafi, amor. La primera escena estuvo excelente.

—Pero no hice nada. —dijo llevando su labio inferior sobre el superior.

—¿Nada? ¿Quieres ver lo que grabé?

—¡Sí! —dijo acompañada de sus mini aplausos.

Reposé mi teléfono en uno de mis muslos y le hice una guarida con mis manos para bloquear el sol. Rafi se agachó hacia mi pecho y estiró su cabeza a mi celular. Le di *play* desde el principio.

—Wow... nunca me había visto caminar así.

—¿Cómo?

—Así, pues. De espaldas. Se ve raro.

—Se ve hermoso. —dije volteando a mirarla, como reprendiéndola.

Mucha gente la miró, pero ella aseguró no haberse dado cuenta de nada. Por la mitad de la grabación empezó a decir comentarios sobre sí misma. *No debí caminar tan pesado. Tengo que levantar más mis pies y enderezar mi tronco; hombros hacia atrás.* Yo le sonreía, me gustó escucharla hablar con ese tono perfeccionista.

Al terminar la grabación le pregunté:

—Y, amor ¿te gustó? Piensa que falta post producción, claro.

—Sí. Divertido, y estuvo fácil. ¿Van a ser así el resto de las escenas?

—No, amor. Algunas van a ser mucho más demandantes.

—¿Sí? —dijo moviendo el índice en la arena— ¿Cómo así?

Pensé que Rafi sólo estaba tratando de sacarme información.

—A su momento, mi amor. No tendrás que esperar mucho.

—Ay... te odio. —dijo apretando mi brazo y mostrándome sus dientes en una mueca cómica.

—Échese un rato mi amor. Ya te cuento lo que vamos a hacer.

—Te perdono sólo porque no me puedo enojar acá. —dijo dando una mirada panorámica al espectáculo natural frente a ella.

Rafi se sacó sus lentes y retocó su aceite bronceador. Sentí olor a piscina y zanahorias. El perro de la cuerda roja pasó como una bala ardiente por mi espalda, salpicando arena a Rafi, quien se la sacudió como una dama y miró detrás suyo, buscando al responsable del perro.

Pasamos acostados una media hora. Pensé en la escena que se nos venía y empecé a escuchar mi corazón entre la música de las olas martillando la orilla. Miré a mi lado a mi esposa acostada. El aceite se había licuado sobre su piel, haciendo que se viera brillante y cobriza, como un metal precioso nacido entre la arena de la playa.

Ladeé mi cuerpo hacia ella, apoyándome en mi codo. Pronuncié su nombre a un volumen un poco mayor al del viento. Ella volteó hacia mí sin abrir los ojos.

—Mi amor.

—¿Sí?

—¿Lista para la siguiente escena? No va a ser fácil, pero sí muy divertida.

V

Como si le hubiese preguntado a un perrito si quería comer, Rafi abrió los ojos y se sentó sobre la toalla.

—Cuéntame. —dijo con ojos bien abiertos.

—Vamos a intentar acorralar a alguien.

—¿Cómo así?

—Mira... antes de todo, ten en cuenta que esto va a ser algo más fuerte que lo anterior, y es importante que sea así. Si logramos esta, el resto será más sencillo.

—Ay, Rau... ¡ya dime! —exigió dando golpecitos de puño a sus muslos.

—... seducir a un hombre. A un trabajador del hotel.

—... ¿Cómo? ¿a cualquiera?

—No, amor. La escena está diseñada. A un guardia de seguridad.

Miré atento cada movimiento de su rostro.

—Wow... Ok... Ok... —dijo desorbitando los ojos— ¿Cómo sería?

Me senté frente a ella. Me sentí como un entrenador coordinando estrategias con su deportista.

—Vas a ir sola al cuarto. Vas a llamar a seguridad para decir que se te bloqueó la caja fuerte y tienes cosas adentro. —Rafi asentía con la cabeza a cada frase— Van a enviar a un guardia, si tratan de ayudarte a solucionarlo por teléfono, pide que manden a alguien. ¿Entiendes?

—... sí. —dijo mirando por sobre mi hombro, con sus manos sobre sus rodillas.

—Cuando llegue el guardia vas a recibirlo con el bikini que traes ahora. Le vas a decir que tu esposo se fue a Cozumel por la tarde y sin querer dejaste la llave de tu maleta en la caja fuerte, y no tienes ropa para cambiarte...

El pecho de Rafi comenzó a inflarse.

—... Demás está decirte que el *papel* —dije sonriendo— exige que seas muy sugerente y simpática. El tipo tiene que entender tus intenciones con él, y... y si logramos que se concrete... los preservativos están en el velador. No dejes que algo pase sin que se ponga uno. ¿De acuerdo?

—Ay, amor. Qué nervios ¿Y si él se pone raro?

—Tienes que dejar tu teléfono listo para marcarme, si algo no te huele bien me marcas y yo subo en diez segundos.

—Bien, bien... ¿Y si no logro que pase algo?

—No hay problema. No controlamos eso, amor. Grabar la intención es suficiente. Si lo haces como te digo, lo que sea que termine pasando va a ser interesante de grabar. ¿Me entiendes?

—Ok, sí... pero ¿si me mandan una guardia mujer?

—Mmm... no había pensado en eso. Pero no he visto mujeres de guardia acá. Si pasa, suspendemos y ya.

—Ok...

—Ojo, mi amor. No todo lo que hagamos va a salir, pero hay que intentarlo, con eso ya puedo sacar buenas tomas.

—Entendido —dijo sonriendo al fin— ¿Tú dónde vas a estar?

—Si te fijaste, hay unas bancas abajo del edificio, entre unos árboles chicos. Ahí voy a estar grabando la puerta de la habitación.

—Ok... —dijo extendiendo su mano para tomar la mía.

—¿Cómo te sientes? —pregunté moviendo mi pulgar sobre el dorso de su mano.

—No sé. Tensa. Curiosa. Algo así como la primera vez que hicimos swinger, ¿te acuerdas?

—Claro que me acuerdo —dije riendo.

—Me da miedo, pero miedo rico. Prefiero pensar en ser la mejor actriz para el director. — dijo con una sonrisa sobria y cálida.

El director siempre debe tener todo bajo control, y si no lo tiene, al menos debe aparentar que sí. Este último era mi caso. Como Rafi, yo también estaba nervioso por la escena, pero el mundo liberal me había enseñado que, si bien, miedo y sexo pueden ser paralizantes, también se combinan de la manera más deliciosa del mundo.

Le pedí a Rafi que repitiera sus deberes, ella lanzó sus ojos hacia su frente y comenzó a recitarme su papel a la perfección.

—Genial, amor. ¿Estás lista?

—Lista.

—¿Vamos?

Estiré mi mano hacia ella, Rafi la tomó y ambos levantamos nuestros traseros de las toallas. Caminamos hacia el hotel rompiendo un círculo de aves que esperaban nuestra ida para buscar comida en el lugar.

Arrastramos los pies por la arena, pasamos las palmeras, el bar de la playa y entramos al sendero de madera. Detuve a Rafi frente a la escalera del primer piso. Me puse frente a ella y le tomé las manos.

—Amor. Recuerda que voy a estar pegado a mi celular por lo que sea que necesites.

—Ok, Rau. Cualquier cosa te llamo. Nos va a ir bien.

—Claro que sí, amor. —dije dándole un medio abrazo juntando nuestros hombros. Acaricié su nuca y besé su frente. Me separé unos centímetros— Ten listo tu celular, linda.

—Claro. —dijo acercándose a mí— Nos va a ir bien. —repitió.

Dio media vuelta y la vi subir por las escaleras con un liviano trote de cervatillo. Me quedé viendo la escalera vacía y emprendí rumbo a mi guarida; mi sala de control.

Las bancas eran parte del patio central del edificio. Estaban rodeadas por una pequeña cerca de cemento. Detrás de éstas había una línea de delgadas y alargadas plantas ondeantes. Desde mi posición podía ver nuestra puerta en el tercer piso, también parte del pasillo. Me senté en la banca, saqué mi celular y un atril con el que acomodé una pequeña cámara. Mantuve un ojo en el tercer piso y el otro en mi celular, asegurándome de que las cámaras de la habitación estuvieran grabando.

En el tercer piso apareció un trabajador de limpieza con un overol gris, un sombrero de paja inclinado hacia el suelo y una escoba despeinada. Movía los brazos en un péndulo con su escoba. Se detuvo frente a nuestra puerta, esperé que estuviera limpiando aquel misterioso excremento de la mañana. Su presencia hizo que me distrajera, y sólo puede notar la llegada de un guardia cuando este ya estaba a pasos de nuestra habitación. Sentí un golpe de calor frío en mi pecho, el que me hizo tomar posición de grabación al instante.

El hombre era moreno y de mediana estatura. Caminaba con sus brazos levemente separados de su torso. Su pecho se inflaba en su uniforme de camisa blanca y pantalón azul. Su gorra baja y tes bronceada no me permitieron distinguir sus facciones, pero más me pareció el porte de un marino que el de un guardia de seguridad.

Grabé con mi celular al guardia saludando a la persona del aseo con un toque de dedos en la

punta de su gorra, luego giró hacia nuestra puerta, dio dos golpes en esta y gritó algo enfocando el sonido con su mano. Al par de segundos la puerta se abrió. Pensé que mi pulso alocado me haría perder la toma. El tipo entró y la puerta se cerró a su espalda. De Rafi sólo pude ver una mano de uñas rojas agarrada del extremo del marco de la puerta. Todo estaba en marcha y en orden. Exhalé y sonreí.

A los segundos mi sonrisa fue espantada por la ansiedad. A ratos alguna puerta se abría en las habitaciones a mi alrededor y, a pesar de que mantenía mi vista en la puerta 1301, mi corazón saltaba con cada crujir de maderas o bisagras mal engrasadas. El imaginar qué estaría pasando en esa habitación me agobiaba. Decidí enfocar mi pensamiento en las figuras creadas por las ranuras de la madera de las bancas y en una hormiga gigante que intentaba trepar por las patas del trípode.

Sentí que había pasado demasiado tiempo, pero el visor de la cámara de mi celular me dijo que sólo iban tres minutos desde que aquel pequeño y bronceado guardia había entrado a nuestro cuarto. De pronto la puerta del 1301 se movió.

De adentro de la habitación salió el guardia caminado de espaldas hasta llegar al pasillo. La puerta se cerró, el hombre dio media vuelta y caminó a doble paso por donde había llegado. Tampoco pude distinguir las expresiones en su rostro.

Tomé mi teléfono para llamar a Rafi, pero una llamada suya entró antes de que pusiera mis dedos en la pantalla.

—¡Rafita! ¿Qué pasó?

—Ay, Rau. No sé. Dijo que iba a volver ahora mismo. No sé qué pasó. Casi me tiro encima de él, pero no reaccionó. Tiene argolla de matrimonio. Quizás por eso, no sé... Quizás fui muy agresiva.

—Ok, amor. Lo hiciste muy bien. No forcemos nada. Está todo bien... ¿Por qué se fue? ¿Qué dijo?

—Que iba por una llave especial para abrir la caja fuerte.

—Bien. Amor, sigue tal como lo estás haciendo y ahí vemos qué pasa.

—Sí, mi amor.

—¿Cómo te sientes?

—Ay, ahora nerviosa.

—Tranquila, amor. De acá vas para un Oscar.

—Tontito —dijo con una risita.

Le corté y me quedé pensando en cómo mejorar la escena si teníamos que intentarlo de nuevo. Vi aparecer por el pasillo al guardia, a paso aún más rápido que con el que se había ido. Traía una tarjeta blanca sostenida por dos dedos. Se paró frente a la puerta, agitó su cabeza como si fuera un perro sacudiendo su pelaje mojado y descargó tres fuertes golpes contra ésta. Al instante la mano de uñas rojas apareció en el borde del marco y el guardia desapareció en la sombra del interior de la habitación.

Me decidí a no caer en el nerviosismo. Todo estaba en las manos de Rafaela.

A pesar de mi disposición, no había figuras en la madera ni insectos selváticos lo suficientemente impresionantes como para sacar mi vista de esa puerta. Intenté distraerme, pero el golpeteo de mis pies sobre el pavimento me recordaba mi nerviosismo constante.

Doce minutos pasaron cuando vi la puerta del 1301 abrirse. Casi boto mi celular al suelo, pero alcancé a grabar la toma. Vi la ancha y azulada espalda del guardia retrocediendo en lentos pasos hasta quedar en el pasillo. La puerta se cerró, el guardia quedó mirando el número de delante de él. Se sacó la gorra, pasó su antebrazo por su frente, dio media vuelta y pude ver su

sonriente perfil desaparecer por el pasillo.

Mientras lo filmaba alejándose, mi teléfono sonó interrumpiendo la grabación.

VI

—Rafi —dije al contestar.

—Sube.

—¡Voy! ¿Todo bien?

—Sí. Todo bien. Sube. —dijo en un tono de como quien habla mientras trota.

Abracé mis aparatos a mi pecho y me apresuré a la habitación.

Pasé mi tarjeta por la cerradura del cuarto y entré. Ahí estaba Rafi, parada frente a los pies de la cama, metiendo sus piernas en un short, con sus pechos desnudos pendulando. Se estiró y me miró sacando su lengua por un costado de su boca. Traía carita de recién levantada, su pelo siempre liso se cruzaba en mechones por su frente y pómulos. La imagen se detuvo en el tiempo, mi corazón dio un latido que sentí como un bombazo.

—¡Wow! —dijo Rafi sacándome de mi letargo.

—¿Qué pasó? —logré preguntar al llegar frente a ella.

—¡Wow! —repitió mientras ordenaba su pelo con sus manos.

—Dime, linda. ¿Qué pasó?

—Estuvo increíble, mi amor. ¡Lo logré! Casi no sale. Creí que no podría, pero lo logré. En un momento... no sé... ¡pero salí! —parecía que intentaba ordenar su cabeza.

—¿Cómo? Cuenta, cuenta...

—Claro. Espera...

Rafaela se puso una camiseta corta que usaba de pijamas, me tomó de las manos y me empujó a los pies de la cama, caí sentado. Ella se paró frente a mí y comenzó su relato:

—A ver... Ahí va... Antes de llamar a seguridad me puse muy nerviosa, así que hice lo que hacía en la escuela de teatro cuando eso me pasaba: me tomé un shot de tequila. —dijo apuntando a la botella de cortesía que estaba junto a la televisión.

Solté una carcajada.

—... Ahí me animé un poco y llamé. No me hicieron problemas y me mandaron a alguien. Hice entrar al caballero...

—Espera, espera. ¿No te dijeron cómo abrirla tú?

—Sí, pero pedí que me mandaran a alguien porque no entendía.

—Claro... perdona, sigue porfa.

—Hice entrar al caballero y como que sólo me miraba. Yo le explicaba el problema y él como que no reaccionaba.

—¿Nervioso? —interrumpí

—No sé, o no sabía, pensé que era muy callado y que me iba a costar que algo saliera con él. Igual lo saludé con un besito, lo toqué en el pecho, le dije mis líneas, le hice pucheritos con la boca, todo. Pero el caballero estaba paralizado. Ahí le vi el anillo. Él me dijo que tenía que ir a buscar una llave especial para la caja y se fue...

—... ahí me llamaste.

—Claro, ahí te llamé. Te juro que pensé que no iba a pasar nada. Me sentí muy insegura, pero cuando el señor volvió, vi que ya no tenía su argolla de matrimonio, y como que me tocaba la cintura, me hablaba. ¡Ahí ya supe que lo teníamos, mi amor! —dijo agitando los brazos.

—Genial. —respondí con voz tambaleante, como suena la primera palabra al despertar.

—... Y luego el señor pasó una tarjeta por la caja fuerte y se abrió. Yo exageré de emocionada y lo abracé. —dijo abrazando al aire.

—¿Ya no estabas nerviosa?

—No, para nada. Se me metió el papel, amor. Le empecé a dar besos en la mejilla y le decía que cómo le podía agradecer, que él era muy lindo y todo eso. Él me abrazó y bajó su mano a mi trasero. Ahí ya se soltó todo.

—Increíble... ¿Qué hicieron? ¿Cómo fue?

—Ay, lo toqué ahí abajo, de pie. El señor casi me saca los pechos a mordiscos, me chuponeó toda. —dijo bajando su camiseta en su escote, mostrando tres pequeños hematomas de distinto tono de rojo— Luego... luego me hizo un oral en la cama. —dijo apuntando a las sábanas revueltas a mi costado.

—¿Oral? Wow... ¿Bien?

—Bastante. —dijo bajando su mentón y su mirada.

—¿Luego?

—Luego le puse un preservativo y... le devolví el favor. Terminamos ahí, él arriba. —dijo apuntando con su pera nuevamente a la cama junto a mí.

Miré el escenario de la actuación de mi esposa. Un escalofrío me bajó por el cuello hasta generar un movimiento entre mis piernas. Devolví la mirada hacia ella.

—... Luego me pidió que todo fuera secreto, que lo podían despedir.

—Claro.

—Eso sí que después me preguntó si podíamos hacerlo de nuevo en otro momento. Yo le dije que andaba con mi esposo así que no se podría.

—Perfecto. —dije con el poco aire que pasó por mi garganta— ¿Cómo te sientes?

—Excelente, amor. Casi no resulta, pero salió. No sé, es loco todo, pero ¡lo logré!

Rafi tenía su rostro colorado, mantenía una leve sonrisa de boca abierta, su estómago se hinchaba y deshinchaba rápidamente.

—Te entiendo perfecto, mi amor. —dije poniéndome de pie, tomando sus manos y besándola otra vez en la frente— Princesa. Estuviste excelente. La mejor actriz del mundo.

—Uy... gracias mi *dire*. —dijo ladeando su cabecita— ¿Vas a ordenar las cosas para ver?

—Sí.

—Deja que me bañe por favor, Rau.

—Claro. Claro, linda. Anda. Acá organizo las cosas.

Rafi tomó algunos frascos de plástico de su maleta y caminó hacia el baño.

En medio de la habitación di una mirada general. Era el mismo cuarto al que había entrado en la mañana, pero se sentía distinto. Miré el pasillo con la puerta del armario en el que estaba la caja fuerte, luego observé la cama, en la que ni siquiera yo había hecho el amor a mi esposa aún. Pasé mi vista al velador y caminé a él para recoger la cámara del reloj de alarma. Luego despegué la que había adosado al marco de la ventana del balcón.

Me senté en el sillón frente a la cama, puse mi laptop en mi falda y comencé a ordenar las dos tomas de la pieza con las de mi celular y la pequeña cámara del atril. De pronto salió mi Rafi del baño junto a un rocío húmedo. Traía el mismo short y su camisa de pijama. Se paró afuera del baño, con la cabeza ladeada mientras restregaba una toalla blanca por su cabello.

—¿Cómo estás, mi amor?

—Bien. Medio muerta de sueño eso sí.

Y su carita lo demostraba. Sus ojos parecían tildes y sus hombros se proyectaban hacia abajo como llevando una pesada mochila invisible.

—Recuéstate, amor. Estoy ordenando las tomas. Por alguna razón no estoy logrando coordinarlas todas para verlas al mismo tiempo.

—Pero se grabó todo ¿no? —dijo deteniendo el meneo de la toalla sobre su cabeza.

—Sí, amor. Está todo. —le aseguré sin estar seguro.

—Me muero si no está. —dijo caminando a la cama y lanzándose sobre ella.

—No te tendrás que morir, amor. La producción tiene todo bajo control. Te aviso ahora que lo tenga listo.

Ví a Rafi acostarse de espaldas y revisar su celular suspendido frente a su cara. Yo llevé mi vista a la pantalla de mi laptop, buscando entender por qué no podía coordinar las tomas. Al rato entendí que el formato de archivo de una de las cámaras no era el mismo que el del resto. Bajé un convertidor, hice el traspaso, ordené las tomas y las dejé listas para reproducir. Bajé la pantalla del laptop para comunicarle a Rafi que ya estaba todo preparado, pero me la topé con el celular en el pecho, ojos cerrados, boca abierta hacia el cielo y una pierna colgando por el borde de la cama.

La actriz estaba indispuesta, pero revisar las cámaras era una obligación de la producción, así que levanté la pantalla y le di *play* a las tomas.

Todo se veía como un reality show. La cámara pegada a la ventana del balcón me daba la mejor perspectiva de Rafi, quien, en su pequeño y chillón bikini, se acercaba y alejaba del teléfono sobre el velador. Caminaba a lo preso enjaulado, con la cabeza gacha, moviendo su boca, como recitando un mantra. De pronto se detuvo frente al teléfono, dio media vuelta y caminó al mueble donde estaba la TV. Su espalda bloqueó lo que hacían sus manos en el mueble, cuando se movió para un costado la vi sosteniendo un pequeño vaso de tequila lleno hasta la mitad. Delante de ella estaba la botella. Acercó el vaso a su boca y lanzó su contenido con un brusco movimiento de cuello. Puso carita como de haber mordido un limón y agitó su cabeza hacia sus hombros. Alzó el mentón y caminó al teléfono. Tomó el auricular, pasó su dedo por encima del tablero de números, sin tocarlo. Volvió a colgar, caminó hacia la cómoda del tequila, se agachó para servir otro *shot*. A penas cerró la botella se empujó el vaso, volvió a agitar la cabeza y regresó delante del teléfono. Alzó el auricular y marcó el número de la recepción. Escuchó bastante y habló poco. Sus dedos se enrollaron y desenrollaron del cordón blanco del teléfono. Al cortar caminó hacia el alargado espejo junto a la TV, en el cual se miró ajustando su tanga, subiendo su bikini y centrando sus pechos en él. Nunca paró su conversación solitaria, maldije la falta de micrófono en las cámaras. El resto del tiempo deambuló por el cuarto.

De pronto miró hacia la puerta, expiró y caminó hacia ella. Sus glúteos se acomodaban al bikini con cada paso. Puse pausa. Observé su contorno, no podía entender que una mujer de baja estatura, nariz pequeña, brazos delgados, manitos diminutas y pies coritos pudiera tener esa anchura de caderas. Bendita femineidad. Le di *play* y acerqué mi cabeza a la pantalla.

Rafi llegó a la puerta, giró la manilla y dio un paso hacia atrás para dejar entrar al guardia. El sol desde el exterior hizo que no pudiera ver su rostro hasta que mi esposa cerró la puerta. Parecía ser de unos veintisiete o treinta años. Rafi se paró frente a él en el angosto pasillo. El hombre se sacó su gorra, la que permaneció marcada en su cabello. El tipo era solo un pelo más alto que Rafi. Mi esposa le hablaba, moviendo sus manos con gracia, sus rodillas se turnaban en ponerse una sobre otra. El guardia la miraba atento, con una sonrisa débil. A ratos asentía con su cabeza. En un momento Rafi rio, se tapó la boca con una mano y dejó caer la otra en el pecho del guardia,

quien ni siquiera miró los delgados dedos sobre su camisa. Rafi retiró su mano arrastrándola, el hombre le dijo algo, se puso su gorra y caminó hacia la puerta. Cuando posó su mano en la manija Rafi lo alcanzó y le puso una mano en el hombro. El tipo se detuvo y giró hacia ella, quien se empujó hacia su oreja y le dijo algo, luego lo besó en la mejilla y el trabajador salió al pasillo. La puerta se cerró, Rafi caminó rauda hacia el velador y tomó su celular. Ahí la vi hablando conmigo mientras daba círculos por la habitación.

Antes de colgarme se sentó en la cama, junto al velador. Luego pinchó su pantalla con un dedo, cortando nuestra llamada. Perdió la mirada hacia la ventana del balcón mientras se picaba los padrastros de la punta de los dedos. De pronto, como si fuera abofeteada por una mano invisible, apretó sus ojos, sacudió una vez su cabeza y se levantó en un rápido movimiento. Caminó hacia la TV y se sirvió otro vasito de tequila, el que se perdió por su garganta con la velocidad de los dos tragos anteriores. Todo ese alcohol me hizo entender mejor la postura desparramada de mi esposa por la cama.

Había recién dejado el vaso junto a la botella cuando su cabeza se giró de golpe hacia la puerta. Dio un paso al costado para quedar frente al espejo. Puso sus manos en la piel sobre sus pechos y la tiró hacia arriba, luego sujetó el borde inferior del bikini y lo jaló con suavidad hacia abajo. Separó su cabello hacia los costados desde el centro de su frente. Se miró un par de segundos y caminó hacia la puerta. La abrió y retrocedió para dar paso al uniformado galán, quien de inmediato se sacó la gorra y empezó a conversar con Rafi en el pasillo entre el baño y el closet. Con un movimiento relajado de su brazo levantó la tarjeta blanca y la agitó frente a mi actriz, quien sonrió y acarició el brazo del tipo. Cada uno abrió una de las puertas del closet. A los pocos segundos ambos dieron un paso atrás y cerraron la puerta que habían abierto. Rafi dio una media vuelta y se puso de puntitas para alcanzar la mejilla del guardia, la que besó en cámara lenta. Al bajar sus pies, lanzó sus manos hacia el cuello del hombre y quedó como colgando de él. Comenzó a hablarle. Él la miraba con ojos entrecerrados, hasta que por fin sus manos rodearon la cintura de Rafi, ella pareció inclinar su peso hacia él. Luego, opuesto a lo que me dijo mi esposa, fue ella quien tomó el brazo del guardia y lo puso sobre su trasero. Eso sí, el resto lo hizo el uniformado. La mano del hombre se cerró en las nalgas como lo haría una planta carnívora al sentir una mosca entre sus fauces. Con el apretón ella comenzó a ondear su cadera como una pesada bandera. El cuello del hombre se inclinó y se besaron.

El guardia tenía su espalda contra la pared del pasillo y Rafi se movía sobre él como un soldado reptando por el campo de batalla. El beso rebasaba sus bocas. Las dos manos del hombre amasaban el trasero de mi esposa como si buscaran deformarlo. Rafi soltó el cuello del tipo y llevó sus manos hacia la entrepierna de éste. Abrió el cinturón con dos movimientos de sus brazos, bajó el cierre y metió su mano en la hendidura de tela desde donde sacó un erecto y moreno falo, el que de inmediato comenzó a agitar mientras su otra mano se movía por sus testículos. Las garras del guardia abandonaron el trasero de mi esposa para caer por sus costados como si hubiesen dejado de funcionar. Su cabeza se alzó hacia el techo y su lengua se asomó por un costado de su boca. Cuando el tipo bajó su frente ambos se quedaron mirando, jadeantes, con la boca entreabierta. El uniformado llevó sus manos hacia adelante y tiró el bikini frente a él hacia abajo, liberando los senos de Rafi, los que dieron un saltito al abandonar la prenda. El guardia se lanzó a los pechos de Rafaela como si fueran fuentes de agua en el desierto; frutos dulces luego de días con hambre. Los rodeaba con la mano desde la base, haciendo que los pezones sobresalieran como carnosos biberones, para los que ya había un bebé deseoso. Rafi apretó sus ojos y alzó su cabeza como lo hiciera su amante. Sus manos detuvieron su trabajo en la entrepierna del hombre.

Rafi arqueó su espalda, el tipo la agarró de la cintura y ella colgó hacia atrás detenida de la baranda formada por los brazos del hombre, quien de inmediato aprovechó con su boca los pechos que quedaron frente a él.

La pareja se despegó de la pared del pasillo y dio torpes vueltas por la habitación. Cayó el pantalón y ropa interior del guardia. Los amantes se detuvieron frente a la cama. Rafaela desabotonó la camisa del hombre y lo empujó a las sábanas. El trabajador se dejó caer y sobre él descendió mi Rafi. Giraron en la cama hasta que ella quedó debajo. Él comenzó un camino descendente de cortos besos por su cuello, entre sus senos, alrededor de su ombligo y hasta el rosado tanga, el que tomó de los lados y tiró hacia abajo ayudado de un levantamiento de trasero de Rafi. Al volar la prenda la cabeza del hombre se perdió entre los musculares y colorados muslos de mi esposa. La nuca del guardia se movía como quien se lavaría los dientes con furia. La mejor visión de aquel espectáculo me la estaba dando la cámara del velador.

Observé la espalda de mi esposa arqueada a tal punto que sentí que podría quebrarse como una varilla seca. Boca abierta al máximo, ojos cerrados al mínimo, una mano en su propia frente y la otra amarrada al cabello del guardia.

Rafaela se veía preciosa. Insoportablemente sensual. Su cuerpo siempre tenso y con gracia, como una bailarina en movimiento. De golpe su silueta asumió una posición inversa, con sus hombros levantados y su estómago hundido hacia la cama. Ojos y labios exprimidos. Su pecho empezó a producir pequeños saltitos, espasmos. Una de sus manos presionó la nuca del guardia contra su pubis. Tres sacudidas más y su cuerpo colapsó por completo en la cama como un juguete que exprimió lo último de sus pilas.

El guardia levantó su rostro por entre los muslos de mi esposa. Ella le sonrió con ojos dormidos, pasó una pierna por sobre la cabeza de su amante y se puso de pie. Se agachó delante del velador, abrió el cajón de éste y sacó un preservativo envuelto en un pequeño cuadrado metálico. Rafi miró al tipo aún a los pies de la cama y le dio dos golpecitos al espacio donde ella recién había estado. El hombre trepó por las sabanas hasta llegar a la cabecera y se acostó de espaldas. Rafi caminó hacia donde había estado su amante, se sentó de rodillas entre sus piernas y acarició el interior de sus peludos muslos mientras su pene se movía como lo haría el mástil de una lancha contra el viento. Rafi, mientras sonreía a su víctima, avanzó sus caricias hasta llegar al enrojecido miembro, el que tomó con una mano mientras con la otra sostenía el cuadrado metálico, se llevó éste a la boca, lo sujetó entre sus dientes y rasgó uno de sus lados. Con hábiles dedos de una mano sacó el amarillento plástico, lo colocó sobre el furioso glande del tipo, avanzó unos centímetros con sus rodillas juntas, agachó su cabeza hacia el preservativo, posó sus labios en la cabeza carnosa y bajó por ésta envolviendo de plástico la hombría del trabajador, quien miraba el espectáculo con una constante media sonrisa.

La frente de Rafi casi llegó al ombligo del guardia, luego su boca retrocedió hasta casi abandonar el falo, para luego regresar y repetir, repetir y repetir. Las manos de mi esposa se sujetaban de los muslos del hombre, como si bebiera agua de una fuente bajita. El tipo apretaba los ojos y su boca se movía azarosa, formando a ratos sonrisas desquiciadas.

Luego de repetidos viajes de los labios de Rafi hasta la base del pene del guardia, su boca se separó, enderezó su espalda, tomó con una mano el plastificado miembro, al cual agitó mientras parecía decirle algo a su dueño. Él le contestó con su pera pegada a su pecho. Rafi se puso de pie sobre la cama, viéndose gigante, imponente. Tomó el falo, se puso en cuclillas sobre él, lo dirigió a su entrada y se sentó sobre éste tan lento como se pondría el sol en el horizonte. Al aterrizar por completo Rafi inclinó su cuerpo hacia adelante y apoyó sus palmas en el pecho del tipo. Con

rodillas y manos sosteniendo su peso, sus caderas quedaron libres para devorar a su víctima con máximo control. Su trasero se levantaba y descendía por la entrepierna del hombre, quien agarraba y cacheteaba los senos que colgaban cerca de su rostro.

Luego de bastante fricción, Rafi cerró los ojos, levantó su frente y aumentó su ritmo. Los músculos de sus nalgas se movían desordenados. Podía imaginar sonidos de cama crujiente, aplausos húmedos y jadeos agudos.

De pronto todo el cuerpo de mi esposa cayó sobre el tipo. Ella abrazó su cabeza de éste y enterró la suya a un costado de su antebrazo. Sus caderas parecían con vida propia, como si Rafi quisiera que todo terminara, pero su cuerpo había decidido otra cosa muy distinta. El trasero de mi esposa sólo se detuvo cuando las manos del hombre lo presionaron contra su entrepierna. El tipo hizo muecas de dolor mientras movía su cabeza a cada lado de la cama. La carita de Rafi seguía oculta. De pronto ambos cuerpos se movieron en largos espasmos. Al rato quedaron inmóviles, las manos del guardia cayeron por los costados de la cama. Rafi separó su pecho de el del guardia con calma y una mirada cálida. Aún sentada sobre él le dijo algo mientras apartaba mechones de pelo del centro de su cara. El guardia restregó sus manos en su rostro, como si se lo estuviera lavando. Rafi levantó su trasero de la entrepierna de su amante y el pene anteriormente orgulloso cayó a medio mástil hacia su ingle. Mi esposa apuntó al reloj despertador sobre el velador y ambos intercambiaron un par de palabras mientras el guardia se sentaba en el borde de la cama y Rafi le pasaba su pantalón y una servilleta, en la que el tipo dejó el condón.

Ella lo ayudó a vestirse y lanzó la servilleta al basurero junto al espejo. Caminaron hacia la puerta, otro par de palabras y Rafi lo despidió con un beso en la mejilla, luego la puerta se abrió, entró la poderosa luz exterior para luego desaparecer cuando la puerta se cerró, ya sin el guardia en el cuarto. Rafi, aún desnuda, apoyó su espalda en la puerta cerrada, sonrió hacia la habitación y trotó al velador para tomar su celular.

Puse *stop* a las tomas. Bajé la pantalla de mi computador y miré a Rafi dormir. Podía ver su nuca entre la cubrecama y una de las plantas de sus pequeños pies ensombrecidos por tierra. Dejé mi laptop a un costado del sillón, caminé a la cama, me senté junto a su desnudo pie y acaricié su tobillo mientras observaba el perfil de su rostro. Parecía una tierna caricatura de niña. Me saqué la camisa, el short y me acosté junto a ella. Su carita dormida se iluminó al contacto de la piel de mis piernas sobre las suyas. Fui la cuchara grande y ella la chica. Acaricié su pelo, besé sus mejillas y moldeé sus caderas. Ella sonrió entre gruñidos, ladeó su cara, nos besamos tiernos, luego amantes. Subió medio cuerpo sobre el mío e hicimos el amor. A pesar de la ducha, pude sentir restos del olor a colonia del guardia. No tardé en deshacerme dentro de ella y caer rendido en la cama donde habían caído antes ellos dos.

VII

Abrí mis ojos alertado por el sonido de mi estómago retorciéndose del hambre. Levanté mi cabeza, miré alrededor. Todo era oscuridad, salvo por un halo brillante que se colaba por las cortinas del balcón y el destello rojo de la alarma de incendios desde el pasillo. Alargué mi cuello para mirar el velador junto a Rafi, marcaba las 4:25am. Sonreí y lancé aire por mi boca. A mi lado se movió Rafita, quien con voz de susurro me preguntó:

—¿Qué hora es, Rau?

—Casi cuatro y media, mi amor. Nos quedamos dormidos.

—Uf, ¿tanto rato?... Y ni comimos.

—Sí sé. Tengo hambre, pero tenemos que recuperarnos del jet lag. Hay que dormir hasta que amanezca para ponernos al horario de acá.

—Mmm... Va a estar difícil... falta mucho.

—Vamos a tener que tratar, linda.

Me eché en la cama y di vueltas en ella hasta que las almohadas ya no tenían espacios fríos. En un punto, quizás alertada por mi hiperactividad, Rafi se dio vuelta y se quedó observándome. Le devolví la mirada y le sonreí.

—No vas a poder dormir, Rau. ¿Verdad?

—No creo, amor.

—Creo que yo tampoco. Te puedo pedir algo, ¿verdad?

—Claro, linda. Dime.

—¿Puedo ver lo que se grabó de la tarde? —dijo dibujando una tímida sonrisa.

Me carcajeé aún entre susurros.

—Claro, Rafita. Por supuesto.

Me escurrí por las sábanas para salir de la cama desde los pies de ésta. Caminé al sillón donde reposaba mi laptop.

—¿Qué te falta amor? —preguntó Rafi.

—Nada. Busco un cable coaxial.

—¿Un qué?

—Un coaxial, para conectar la compu a la tele.

—¡Wow! Sería genial. —dijo levantando su tronco y dejándolo caer en el respaldo de la cama.

—¡Ajá! —dije levantando el cable sobre mi cara, como si éste fuera una serpiente y yo un cazador.

Caminé detrás de la tele, puse el auxiliar, conecté mi compu y el contenido de ésta apareció en la TV iluminando la habitación. Escuché los aplausitos de Rafi a mi espalda. Me senté en el borde de la cama, di *play* a las tomas y repté hacia donde estaba Rafi, ella se acomodó en mi pecho. La rodeé con mi brazo y observamos la acción.

Al comienzo hablamos bastante, era como una de esas películas de ediciones espaciales con comentarios del director y de los actores. En la TV apareció el guardia por primera vez y le pregunté a Rafi:

—¿Qué te pareció él?

—Cómo, ¿físicamente?

—Sí.

—Feito, pero algo tenía.

—Cosas del uniforme.

—Puede ser. —dijo Rafi entre risas.

Antes de que el tipo se fuera a buscar su tarjeta blanca Rafi lo detuvo y le dijo algo al oído. Le pregunté sobre aquello.

—Ay. No me acuerdo, amor. Algo como que esperaba que volviera pronto o algo así
No le creí del todo.

En la parte de la espera al regreso del guardia, luego del segundo tequila, mi comentario fue un coloquial: ¡Shiuuu!

—No me juzgues, pesado. —dijo golpeando levemente mi pecho con su palma— Estaba muy nerviosa.

—Está bien, amor. Usted sabe lo que le ayuda.

Al volver el guardia los comentarios se silenciaron por completo. No había nada que preguntar que no estuviera siendo respondido por lo que veía en la TV. Había visto a mi esposa muchas veces con otro hombre, pero jamás de esa manera, como si se estuviera ocultando, con un tipo que pensaba que le haría el amor a una lujuriosa mujer infiel. Cuando la cabeza del guardia se hundió entre los muslos de la Rafi en la tele, pude notar que la real, a mi lado, cruzó sus piernas y separó el centro de sus labios. Una de mis manos se aventuró hacia uno de sus senos por encima de su hombro. Al contacto Rafi movió su torso y se recostó más hacia mi pecho. Su mano bajó lenta hacia mi ombligo y luego a mi entrepierna.

Mi mano pellizcaba sus pezones y la Rafaela de la tele parecía desmayarse en un orgasmo. Luego esa misma Rafi caminó hacia el hombre, le puso el preservativo y lamió el pene plastificado del guardia. Al mismo tiempo mi esposa de carne y hueso metió su mano bajo mi short, liberó mi erección y acercó su cara hasta meterla por completo en su boca. Sentí el calor húmedo de sus adentros en mi pene y el cosquilleo de su lengua en la punta. En mi campo visual podía ver el milagro de las dos Rafaelas regalando placer a dos hombres en distintos tiempos. Mi mente se volvió básica, primitiva. Pensaba en conceptos vagos, como “Rico”, “Piel”, “Sucio”. Cuando la pareja de la tele cambió de posiciones para comenzar la penetración, Rafi imitó a su alter ego separándose de mi pecho, pasando una pierna por encima de mi cadera y sentándose en mi pene. Su carne fría y moldeable se volvió sagrada, sus pechos bamboleantes y sus labios hinchados sobre mi cara eran una lluvia de fecundidad, femineidad pura y salvaje. Aguanté unos segundos menos que mi colega de la TV, pero yo sí pude lanzar todas mis ofrendas dentro de ese maravilloso templo de mujer.

Rafi cayó sonriendo sobre mí, la abracé fuerte. Así, sin limpiarnos ni acomodarnos, nos dormimos acompañados del azul de la pantalla de la TV ya sin video que mostrar.

Abrí los ojos horas más tarde. Un gordo rayo de sol que entraba desde la ventana del balcón lo iluminaba todo. Rafi no estaba a mi lado, pero el sonido de la ducha en el baño me explicó su ausencia. A penas me senté en el borde de la cama me atacó el hambre, ya sin misericordia

Dejé de escuchar el sonido del agua contra el suelo de la ducha. Me levanté y caminé a la puerta del baño. Tres golpecitos a la puerta.

—¡Rafita! ¡¿Ya terminaste?!

—¡Ya casi! ¡Abre!

Moví la manija y abrí la puerta. Una nube de vapor que escapó del baño. Detrás de ella estaba

mi Rafi inclinada hacia el espejo sobre el lavamanos. Traía una corta polera blanca, shorts y sandalias. Movía su mano cerca de su ojo, con una especie de rastrillo con el que daba tirones a sus pestañas.

—¿Ya estás fresquita, amor? —dije moviendo mi palma delante de mi cara, despejando el vapor.

—Sí. Ya casi estoy. —respondió mientras restregaba su mano en el espejo para quitar la humedad condensada.

—Voy a empezar a bañarme, ya muero de hambre.

Rafi dejó de trabajar en sus pestañas, me miró con ojos muy abiertos y me dijo, casi como un reclamo.

—¡Muero de hambre!

—Entonces me apuro. —dije abriendo la llave del agua a sus espaldas.

Al terminar mi ducha me vestí y salí del baño. Rafi ya estaba lista, sentada en el sillón frente a la cama, con una rodilla sobre la otra, revisando su celular. Me miró y le pregunté:

—¿Buffete o restaurante?

Yo ya sabía lo que me respondería.

—Ay... creo que bufete, tengo mucha hambre. —dijo con boquita de herradura invertida.

Estaba en lo correcto.

—¡Vamos!

—¡Vamos! —respondió Rafi poniéndose de pie en un salto.

—Tu ombligo. —dije apuntando a su estómago.

—¿Qué tiene? —dijo poniendo sus manos a cada lado de éste.

—Me encanta.

—Ah, ok. Así sí.

Afuera de la habitación nos envolvió el aire húmedo de la costa selvática. A pesar del hambre caminamos por pasillos y senderos a paso de jubilados en domingo. Pasamos por una cancha de minigolf y otra de tenis. Sonidos variopintos de aves descendían hacia nosotros desde las copas de los árboles, haciéndose más ruidosos mientras más nos alejábamos del mar.

El buffet, como la mayoría de los restaurantes, ocupaba un edificio completo. Éste era tan grande como un salón de baile. Estaba rodeado de ventanas de suelo a techo, por las que se distinguía un obscurecido ajeteo de gente. Por fuera lo rodeaban algunas mesas de fierro vigiladas por gaviotas y un pavorreal. Nos sentamos en una de éstas y de inmediato atacamos las infinitas barras de comida. Me sorprendía ver algunos de los platos de los gringos, tan altos y rebasados de comida que parecía que pensarían que sólo tenían derecho a llenar uno.

Nosotros nos demoramos poco en recolectar alimentos, y menos en comerlos. Todo entre los graznidos del malhumorado pavorreal.

—¿Llenita? —pregunté a Rafi.

—Nunca. Pero por ahora sí. —dijo dejándose caer en el respaldo de su silla.

—¿Playita?

—¡Playita! —dijo volviendo a enderezarse.

Caminamos abrazados en dirección a las palmeras. Las piedras del camino se volvieron madera y luego arena por la que arrastré los pies experimentando su relajante tibieza.

Caminamos hacia dos camastros que yacían abandonados cerca de la silla del salvavidas, la que ya no contaba con su consejero de drogas. El sol era el mismo que nos iluminó minutos antes durante la comida, pero en la playa se sentía más su poder en la piel. Rafi se sacó su polera y

short, quedando con un pequeño bikini blanco, luego se tendió. Mientras, yo me quedé de pie, escuchando el sonido de las olas rompiendo, como si pudiera respirarlas.

—¿Me ayudas? —preguntó Rafi sosteniendo una botella de plástico marrón, rompiendo mi letargo.

Tomé la aceitosa botella, me agaché y apliqué el aceite en la estrecha espalda de Rafi. Bastó con tres pasadas de manos para hacerla brillar. Su piel parecía alimentarse de sol. Era como si su cuerpo recobrara su memoria caribeña. Se veía tentadora, no sólo de tocar, sino que hasta de morder.

—¡Gracias, Rau! Siéntate conmigo.

—Va.

Arrastré el otro camastro para ponerlo paralelo al de mi esposa y de un salto me tendí en él, levanté una rodilla y exhalé hasta desinflarme en la reposadera.

—Ven, Rau. Una fotito para mi mai. —dijo Rafi alargando su brazo frente a su cara, con su celular entre sus dedos.

Me puse detrás de ella, cerca de su cabeza, donde imaginé que me capturaría la toma.

—¡Quedó linda! —dijo Rafi haciendo una casita de manos sobre la pantalla de su teléfono.

—¿Ya te perdonó tu mamá porque no fuimos a Colombia?

—No. Cada vez que le hablo me regaña. —dijo traviesa, cerrando su boca por el centro y abriéndola por los costados.

—Qué ventaja que a mí no me quieran. —dije estirando mis labios en trompita.

—Tontito. No digas eso. Si también te odiaron, lo bueno sí... —dijo mirando a su teléfono—
Es que entienden mejor que mi familia que necesitamos vacaciones para nosotros dos.

Rafaela guardó su celular, miró al horizonte y luego a mí:

—... Entonces, mi director. ¿Cuándo hay otra toma?

—¿Otra toma? ¿Curiosa? —dije con sonrisa de boca cerrada.

—Sí. —respondió imitando mi gesto.

—Bueno... puede ser mañana o puede ser hoy. Como veas que te sientes.

Rafi me miró en silencio unos segundos.

—... ¿Sería como lo de ayer? —preguntó ganando seriedad en su tono.

—No. Es más tranquilo, pero más difícil.

—¿Cómo? —dijo enderezando su espalda y girando hacia mí.

—La escena es en un lugar que controlo menos.

—Ay, ya, amor, dime.

—Ok... Va... ¿Cómo te sientes para que te den un masaje?

VIII

—¿Un masaje? ¿Cómo así?

—En el Spa. Un masaje en el Spa.

—Mmm... pues bien. ¿De qué se trataría la escena?

—Provocar. —dijo con un juego de cejas.

—¿Al... masajista?

—Sí. Te voy a pedir una hora para un masaje en el Spa. Necesito que vayas de cierta manera y con cierta actitud. Vamos a tratar de sacarle algunas reacciones, ¿me entiendes?

—Creo... ¿Se me tiene que ocurrir a mí?

—No, amor. Para nada. Eso es parte de la producción.

—Ok... Ok...

—¿Te parece la idea? te puedo dar los detalles ahora, o mañana.

Rafi volvió su mirada al horizonte, luego hacia mí.

—Hoy. —dijo con seguridad— Estoy lista.

—Genial, mi amor. Te cuento...

Rafi asumió su cara de soldado escuchando detalles de su misión.

—... Te voy a pedir hora con un masajista hombre, en una sala privada. Hay una lista de terapeutas en la página de internet.

—¿Ya lo escogiste?

—No. Quiero que lo hagamos juntos.

—Ok, ok.

—Luego vas a ir con el traje de baño blanco de una pieza. Al llegar le vas a pedir al masajista que si te lo puedes sacar porque lo va a entorpecer.

—¿Así como así decirle? —dijo sonriendo con ojos entrecerrados.

—Sí, linda. Se usa. No te va a decir nada.

—¿Y si me dice que no le molesta el traje de baño?

—Le dices que a ti sí.

—Ok. —dijo con subibaja de cabeza

—La actitud es muy importante. Necesito que seas directa, casi hasta hacerlo sentir incómodo. Eso me va a dar buenas imágenes.

—¿Pero cómo vas a grabar?

—Ahí va una de las partes difíciles. Vas a tener que ayudarme mucho en eso. Necesito que lleves cámaras, dos, y las pongas en unos lugares en específico.

—¿Pero cómo voy a saber dónde?

—Porque sabemos cómo son las salas de masaje, están publicadas en la página de internet.

—Ok... —dijo Rafi— Tienen todo pensado en la producción, veo.

—Es que nuestra actriz debe concentrarse sólo en su tarea, como debe ser.

Ella sonrió.

—Y... Rau... ¿Si se incomoda, o me regaña, o algo?

—Mi amor. No va a pasar eso. Estos tipos son relajados. Tú haces tú parte, lo que sea que salga va a servir para buenas tomas.

Rafi miró por encima de mi hombro al vacío.

—Linda, recuerda que al final del día... es un masaje, así que disfrútalo. Necesito verte disfrutándolo. Nada más que eso.

Podía ver sus fosas nasales expandirse.

—Ok... ¿y si la escena se pone... así, más encendida? —preguntó al fin.

—Ideal, pero ahí es decisión de la actriz. Improvisación. Yo sé que me darás buenas tomas. — dije cerrándole un ojo— ¿Cómo te sientes con la escena?

—... Bien. O sea, claro que nervios, pero creo que bien.

—¿Quieres ir a ver los terapeutas arriba?

—Sí, vamos. —dijo Rafi poniéndose de pie frente a mí.

Me puse a su altura. Un beso en la frente y caminamos por el bar de la playa, las palmeras y hasta nuestro edificio.

En el pasillo, afuera de nuestra habitación, había un nuevo cerrito de excremento verde.

—¿Quién o qué hace esto? —exclamé entre risas.

—Ojalá que no sea algo grande. —agregó Rafi.

Entramos en el cuarto, el que estaba ordenado tal como cuando lo conocimos la mañana anterior. Me sentí algo vulnerado. Caminé a mi mochila, la que ahora estaba sobre el sillón. Revisé que estuvieran todas las cámaras.

—¿Todo OK, amor? —preguntó Rafi aún desde la puerta.

—... Mmm... A ver... Sí. Todo en orden. Para la otra mejor dejemos el *no molestar*. No me gusta que toquen mis cosas. —Por un segundo recordé para qué necesitaba las cámaras y la ironía de mi frase formó una sonrisa en mis labios.

Tomé el laptop que estaba junto a la TV y me senté en la cama.

—Venga, amor.

Rafi caminó a mi lado y se tendió de costado, apoyando su cuerpo sobre uno de sus codos.

—Ahí está la página. —dije luego de unos segundos de búsqueda.

—A ver.

Rafi se enderezó y se sentó pegada a mí.

—Acá están los masajistas.

Di *click* y una nueva página apareció, en esta había dos filas de fotos junto a una descripción. En total eran quince masajistas masculinos, de los cuales ocho estaban marcados como disponibles para ese día. Todos vestían un uniforme blanco con bordes cafés, chaqueta cuello Mao y pantalón de tela.

—Tenemos que escoger a alguien que pensemos que pueda servir para la toma.

—¿Así, viéndolos nomás?

—Claro. Es lo que tenemos. —dije subiendo mis hombros— Por ejemplo, ese de ahí no me tinca. —dije apuntando a un sonriente tipo pálido con pelos parados.

—¿Por qué?

—Me da la impresión de que podría ser gay.

—¡Rau!... cómo se te... —Rafi se interrumpió a sí misma y miró la pantalla— Oh, bueno, la verdad sí puede que tengas razón.

—Bien por él, linda. Pero no nos va a servir.

—Ok. Entiendo, entiendo. A ver... Ese tampoco entonces. —dijo apuntando a un hombre de unos cuarenta años. Serio, de quijada alzada.

—¿Se te hace muy señor?

—No, mira su mano.

Acerqué mi cabeza a la foto y pude ver que el hombre tenía un rosario de madera enrollado en su muñeca.

—¡Claro! ¡Exacto! A eso me refiero.

Rafi infló su pecho y me sonrió.

Continuamos mirando las fotos en silencio. Eliminamos otro candidato por verse demasiado joven y otro por lo opuesto. Uno más fue descartado por la extraña, pero importante razón de que Rafi lo encontró parecido a mi papá. Nos quedaron tres terapeutas. Recurrí a una pregunta directa para la decisión final.

—Entonces. —dije a Rafi— ¿Con quién te ves más haciendo la escena?

Ella me escuchó sin dejar de mirar la pantalla. Cerró los ojos unos segundos, los abrió y apuntó a uno.

—Ese.

—¿Por qué?

—No sé. Lo veo en la escena. Tiene cara de simpático, pero también de galancete.

—Estoy de acuerdo. Fíjate que tiene un tatuaje asomándose por el cuello y otro por el borde de la manga derecha. No creo que se *avergüence*.

El seleccionado se llamaba Abel García. Un tipo de unos 27 años, bastante moreno. Espigado como las plantas que los escoltaban en su foto. Supuse que mi esposa tenía razón en su expresión agradable, pero con rasgos de soberbia.

Tomé el teléfono junto a mí, marqué al Spa y pregunté por una cita para un masaje privado para mi esposa con Abel. Rafi me observaba con sus codos apoyados en sus rodillas. Le levanté mi pulgar. Ella echó su cuerpo hacia atrás y soltó aire por la nariz. Colgué:

—A las seis de la tarde, amor ¿Bien?

—Sí. Bien.

—Te tengo que mostrar la sala para que me ayudes con las cámaras.

—A ver...

Me levanté y recogí mi mochila dese el sillón, volví junto a Rafi, saqué una diminuta cámara plana y redonda que levanté frente a sus ojos.

—Parece un botón —dijo Rafi mirando el objeto.

—Lo es. Es una cámara botón. La voy a pegar a tu bolsa y nadie lo va a notar.

—No puede haber una cámara ahí adentro. —dijo Rafi sonriendo al pequeño objeto.

—... y una buena. La otra que vas a usar es la del collar. Esa va a estar más difícil de fijar para que grabe bien, pero vamos a arriesgarnos.

Tomé mi computador y le mostré las salas publicados en la página del Spa. Piché la foto del espacio que había reservado. Tenía el tamaño de la mitad de nuestra habitación, todo pintado de un color café oscuro, con repisas de tabla coloreadas de blanco. Le mostré dónde deberían ir las cámaras. La del bolso en el estante alejado de la camilla y la del collar en el estante cerca de ésta. Rafi asintió con la cabeza.

—¿Alguna pregunta, amor?

—No... pero me da cosita que no se grabe la actuación.

—No te preocupes, linda. Va a salir. Pásalo bien y ya.

—Sí, pero recién son las dos. Qué nervios.

—¡Vamos a comer! —dije levantándome de la cama.

—Sí, vamos.

Rafi se me adelantó y abrió la puerta de salida.

—¡Amor! ¡Rau, ven! —gritó Rafi desde el pasillo.

Caminé hacia la salida y pude ver la razón de la sorpresa de mi esposa. Tres monitos negros del tamaño de un gato gordo deambulaban por el pasillo frente a nuestra habitación. Dos en el suelo sobre las baldosas y otro sobre el barandal.

Rafi los miraba, con sus manos juntas delante de su pecho y ojos de luces altas.

—Mira ese. —dijo apuntando al más gordo de los simios— Tiene a un monito bebé en la espalda... ¡muero! —dijo tapando su boca con sus palmas.

—Seguro que son estos compadres los que nos dejan sus regalitos frente a la puerta.

De pronto se abrió una puerta lejana en el mismo pasillo. Rafi, yo y los tres monitos giramos hacia el ruido. Una palidísima señora de pelo blanco salió encorvada de ésta. Al segundo apareció un pequeño perrito café, el que apenas miró a los monitos comenzó a correr hacia ellos. Los simios dieron un salto por la baranda y cayeron en las amplias hojas de las plantas del patio central.

—Buuu. Perrito tonto. —dijo Rafi mirando al caniche ladrar por entre las rejas de la baranda a los simios acróbatas.

Acabado el show seguimos nuestro camino hacia los restaurantes. Al salir del edificio pasamos por la piscina de nuestra zona. En un lado de ésta había una pareja de gringos sentados, tipo tejanos, con grandes barrigas blancas, caras rojas y sombreros de baquero. Desordenadas rayas de tatuajes se esparcían por sus rollizos brazos. Lo que sí era atractivo en ellos era lo que comían: hamburguesas. Así que se lo propuse a mi Rafi.

—¿Te tinca comer en la piscina, amor?

—Ay, sí, prefiero. Está hermoso el día. —dijo mirando al cielo detrás de sus lentes de sol— ¿Y nos sentamos y vienen los meseros?

—Parece.

Caminamos cerca de los tejanos, donde dos camastros vacíos nos esperaban. Un quitasol de paja se erguía entre las sillas. Un mesero se nos acercó al ver que nos acomodábamos. Pedí una hamburguesa y Rafi una ensalada. La miré luego de que se fuera el mesero:

—¿Ensalada? Estamos de vacaciones, amor.

—Mmm... uno: estoy en grabaciones, y dos: me comí el mundo en la mañana.

Tenía razón, tanto que me avergoncé de pedir una hamburguesa.

Rafi se puso de pie y se sacó su polera y shorts ante la mirada mal disimulada de los gringos. Luego nos sentamos para comer nuestra orden. El espacio era agradable. Alrededor de la piscina había algunos grupos de jóvenes y parejas de gente mayor. Una suave música electrónica salía de entre las plantas.

Al terminar de comer Rafi se recostó en su silla. Yo pegué la mía a la de ella por delante del quitasol. Puso su espalda sobre mi pecho y nos quedamos en silencio.

Desperté de golpe por un furioso aleteo junto a mí. Miré hacia el ruido. Tres gaviotas peleaban por un despedazado pan de hot dog. Miré mi reloj y mi corazón saltó:

—Amor... amor. Despierta. Son las cinco veinte. —dije agitando sus hombros.

—¿Qué?... ¿Qué hora dijiste? —dijo aletargada, pasando su mano por el borde de su boca.

—Cinco veinte. La escena es en cuarenta minutos.

—¿Qué?! Me tengo que cambiar, bañar. ¡Subamos! —dijo sentándose en el borde del camastro para después tomar su toalla y bolso y trotar hacia nuestro edificio.

En el departamento Rafi pasó directo al baño. Desde el otro lado de la puerta me gritó:

—Rau, porfa me traes el traje de baño que me dijiste.

—¡Claro, claro!

Saqué su maleta del closet, la abrí sobre la cama y escarbé. Tomé el traje, tan blanco como las paredes, abrí la puerta del baño y dejé lo solicitado por mi actriz sobre lo que el vapor me dejó ver del lavamanos.

—¡Listo!

—¡Gracias, amor! —gritó su silueta detrás del vidrio empañado.

Fui por mi mochila sobre el sillón, saqué un pegamento de plásticos y adherí la cámara a la bolsa de Rafi. Ésta quedó bien disimulada entre los patrones geométricos multicolores.

Desde el baño el ruido del agua fue reemplazado por el del secador de pelo. Unos minutos más tarde apareció desde el pasillo mi protagonista, con su vestuario blanco y dos coletas proyectadas por cada lado de la parte alta de su nuca. Labios rojos y boca tirada hacia las orejas.

—Wow. —exclamé— A ver, amor. Da una vuelta —dije moviendo mi dedo en círculos.

Rafi sonrió y giró lento, sus caderas se movían en péndulo con cada paso. El color cobre de su piel hacía contraste con el blanco sintético de su traje de baño.

—Me pongo un short y quedo lista. —dijo Rafi.

—Perfecto, amor. Mira —dije levantando su bolsa frente a mi cara.

—Mmm... ¿Qué?

—Le puse la cámara.

Rafi se acercó a su bolsa y la repasó con la mirada.

—¡Ahí está! Wow, ni se nota.

—Exacto. —le dije guiñándole un ojo— Tienes que hacer lo posible por dejarla apuntando a la camilla.

—Ok.

—Y luego ésta. —dije dejando caer el bolso y tomando el collar negro— tienes que tratar de dejarla colgando de la repisa junto a la camilla.

—¿Y si queda apuntando para otro lado?

—Podría pasar, pero es de tomas amplias, y graba por ambos lados.

Rafi alzó su pulgar.

Me levanté de la cama, tomé el collar con ambas manos y lo dejé caer por la cabeza de Rafi. Me alejé dos pasos.

—Estás perfecta, amor. ¿Cómo te sientes?

—Ay... Como ayer. Tensa.

—Anda tranquila, amor. —dije sujetándola de los brazos— Recuerda que vas a un masaje y a pasarlo bien. Y recuerda que...

—... que estás atento al teléfono.

—Eso, eso. —dije perdiéndome en su carita, en la que se reflejaba la luz del sol que de amarillo pasaba a naranja— ¿Lista?

—Lista.

Miré mi reloj, faltaban diez para las seis. Prendí las cámaras desde mi celular mientras Rafi se metía en un short de tela azul y unas sandalias blancas. Cuando enderezó su cuerpo yo ya la estaba esperando con mi mano extendida. Caminamos a la puerta. Moví la manija y sentí que Rafi abandonaba mi mano. Di media vuelta y la vi trotando hacia el mueble de la TV. Tomó la botella de tequila y vertió un chorro en el vasito junto a ésta. Puso el borde del vaso en sus labios y movió su frente hacia a tras de un jalón. Al volver su cabeza a su posición original apretó sus ojos

y sacudió su cabeza. Luego dio saltitos de venado hasta llegar a mi lado.

—Listo, amor. Ahora sí.

Sonreí.

Caminamos a marcha redoblada por los senderos. Sus sandalias aplaudían a cada paso haciendo eco con las piedras del camino. Nos detuvimos en la entrada del edificio blanco de dos pisos que ocupaba el Spa. Entre olor a vapor y toallas calientes tomé sus manos y le pregunté:

—Rafita, ¿Cómo estás?

—Bien. Ansiosa. —dijo subiendo y bajando de la punta de sus pies.

—Linda. Recuerda, como siempre, lo que sea que no te huela bien, se suspende la escena y no pasa nada, ¿Ok?

Rafaela agitó su frente en afirmación. Sus oscuras coletas ondearon por cada lado de su cabeza.

—Me llamas cuando salgas. —dije— Son 45 minutos desde que entras a la sala de masajes.

—Ok... director. Nos va a ir bien —dijo cerrándome un ojo.

Se dio media vuelta y entró al edificio bamboleando caderas y ajustando su bolsa a su hombro.

IX

Me quedé observando la puerta cerrada del Spa. Miré a mi reloj. Tenía casi una hora de espera, y sabía que cada segundo sería tortuoso si pasaba ese tiempo pensando en lo que estaría sucediendo en el edificio frente a mí. Miré a ambos lados del sendero y emprendí una marcha sin rumbo.

Caminé y caminé por una ruta empedrada cerca de la zona familiar, donde había una suerte de zoológico miniatura. Me detuve frente a unas esponjosas ovejas revoloteando alrededor de un arisco burro. Luego di una pausa para ver un show de safari para niños a un costado del camino. Seis o siete pequeños apuntaban con la boca abierta a una gran ave con alas abiertas.

Nunca pensé en tener hijos. A pesar de llevar un buen tiempo casados tampoco lo había discutido con Rafi fuera de bromas. Pero por un segundo imaginé que uno de esos pequeños era nuestro y mi corazón se agrandó hasta mi garganta. Al dejar atrás ese pensamiento me sentí más solo que antes de tenerlo. Miré mi reloj, por fin la hora del reencuentro casi se cumplía. Empecé mi regreso.

Miraba atento a las puertas automáticas del Spa, las que me hacían dar un saltito con cada entrada y salida de gente que no era mi Rafi. Mi celular vibró. Lo saqué de mi bolsillo, era ella: “*Terminé, mi amor. Voy saliendo*”. Caminé en círculos afuera del Spa, con mi cabeza gacha y mis manos en los bolsillos. Se abrió la puerta y por fin vi a mi esposa. Desde el marco de la puerta alzó su mano hacia mí con esfuerzo, traía carita de drogada, con una sonrisa liviana, ojos entrecerrados y hombros caídos. Sus coletas se habían transformado en una sola.

—¡Bebéee! —gritó en murmullo.

—Mi amor. —me acerqué a ella— ¿Cómo estás? —dije tomándola de los codos.

—Bien, excelente, pero ven, movámonos de acá y te cuento. —tomó mi mano y me encaminó en dirección a nuestro edificio.

—Entonces, ¿todo bien?

Ella entrelazó mi brazo al suyo y caminó junto a mí como una ancianita lo haría con su marido.

—*Muy* bien. —dijo con ojos saltones— Te cuento en el cuarto.

Mi impaciencia y su pasividad hicieron que caminara siempre un paso adelantado a ella. Al cerrar la puerta de la habitación detrás de mí de inmediato le exigí:

—¡Dime!

Ella se paró frente a mí rostro, se levantó de puntitas y me dio un corto beso en los labios. Con voz suave me dijo:

—Te eché mucho de menos, mi vida. —luego volvió a cerrar sus labios en los míos.

De inmediato el beso se sintió como esos que buscan algo más. Era lento y marcado, de inspirados ojos cerrados, como los de una directora de orquesta disfrutando la música frente a ella. Posé mis manos en su espalda y sentí su piel húmeda, cálida y porosa. Su cuello olía a yerbas y vapor. Su pelvis se proyectó hacia la mía. Mi obsesión por que me dijera lo que había pasado disminuyó y en su lugar crecieron las ganas de convertirme en una mano gigante para tocar todo su cuerpo de una sola vez.

Bajé los tirantes de su traje de baño y cubrí sus senos con mis manos, sentí sus pezones como piedras incrustadas en su piel. Rafaela gimió, el sonido hizo eco dentro de mi boca. Luego bajó una mano y acarició mi inflamada entrepierna. Retiré mis manos de sus pechos para desbrochar mi

short, mientras, Rafi me miraba con ojos desorbitados. Sus dientes superiores se restregaban por la esquina de su labio inferior. Al liberar mi rigidez ésta cayó entre las afanosas manos de mi esposa. La presión de sus dedos agitando mi pene y su boca empujando la mía me hizo retroceder hasta caer en la cama. Rafi bajó su short con un rápido movimiento de su espalda y de inmediato se trepó en mí, con cada rodilla a un lado de mi cadera. Tomó mi enrojecida erección con una mano, con la otra movió la delgada tela que cubría su entrepierna y devoró con ésta cada centímetro de mi carne. Rafi apoyó sus manos en mi pecho, cerró los ojos y su frente se pegó al cielo. Traté de imponer mi ritmo, como solíamos hacer, pero Rafi me dejó claro que éste no sería el caso.

Me quedé inmóvil recibiendo las descargas de esa hembra enloquecida. Sus palmas sobre mi pecho se volvieron garras contra mi piel. Dolor y placer eran idénticos. Mi única reacción fue devolver el ataque, por lo que descargué una fuerte cachetada en una de sus convulsivas nalgas. Mi agresión sólo avivó la furia de la salvaje sobre mí. Rafi bajó su cabeza, me miró enojada, con respiros cortos y pronunciados. Me atreví a descargar otra bofetada en su carne, lo que activó un modo frenético en sus caderas. Rafi se pegó a mi cuerpo como el pequeño monito lo hiciera con su madre. La sobredosis de piel y sudor me hicieron entrar en caída libre hasta explotar en ella con un gruñido. Al instante Rafaela comenzó con movimientos de exorcizada, hasta que en un pestañeo todo ese descontrol inconsciente se volvió paz y silencio, salvo por un débil balbuceo de Rafi, que sonaba como una borracha a punto de caer dormida.

Por mi parte, al abandonarme los espíritus libidinosos pude recobrar mi humana obsesión por saber lo que había pasado en el Spa, pero respeté la recuperación de mi esposa, quien yacía en mi hombro, con su cabeza sobre un pequeño charco de su propia saliva.

—Amor... amor —la moví como quien quiere cerciorarse si alguien sigue vivo.

—Ay, dios mío, Rau. —dijo con su boca pegada a mi hombro.

—Hermosa. —dije acariciando su cabello— ¿Cómo te fue... en el masaje?

—Muy bien. Dame un segundo nada más, porfa.

Rafaela se separó de mi pecho impulsada por sus manos contra la cama. Me sonrió con sus ojos aún dormidos. Se sentó en la cama apoyándose en el respaldo, cubrió su pecho con la sábana y me dijo:

—Ok... Ahí te va...

Yo me cubrí con el otro extremo de la sábana y acerqué mi espalda a la pared junto a la cama. Enfoqué mis cinco sentidos en ella.

—... Me anoté en la recepción. Llené un formulario de cosas de salud y esperé un par de minutos. Luego me hicieron subir al segundo piso. Ahí esperé a que me llamaran en una salita con sillones y aguas de frutas, muy lindo; relajante.

—Estabas tranquila, entonces.

—¿Yo? Para nada. En vez de agüitas me hubiese gustado mi tequila. —dijo apuntando con su quijada la botella en la cómoda frente a ella— Pero pronto llegó Abel. Se me hizo más alto y flaco que en la foto. Caminaba lento y lo susurraba todo.

—¿Buena onda?

—Súper. Amable. Me trataba de usted, pero le pedí que me tuteara. Si tenía mi edad. —dijo Rafi jugando a enojarse— Bueno. Luego me llevó a la sala que salía en internet. Poca luz, no tenía ventanas. Pero estaban las repisas y todo lo que vimos...

—Perfecto.

—No, si ahora viene lo vergonzoso. —dijo agitando su mano como sólo lo he visto en los

apostadores del hipódromo— ... Él me dijo que saldría del cuarto, que yo me tenía que quitar la ropa, ponerme boca arriba debajo de las sábanas de la camilla. Luego él me preguntaría si ya podía entrar. Eso dijo.

—¿Ni te habló del traje de baño? ¿Te mandó a desnudarte directamente? —dije achicando mis ojos y ladeando mi cabeza.

—Sí, pero no era tan así —respondió poniendo una mano sobre su boca— Espera, ahora te cuento... Lo bueno es que tuve tiempo de poner las cámaras bien antes de que volviera, que la verdad no tengo idea si quedaron bien puestas, pero creo que sí. —dijo subiendo sus cejas y hombros.

—Tranqui, amor. Ahí las reviso. Entonces...

—Entonces me desnudé.

—¿Todo?

—Todo. —dijo desorbitando los ojos— Me puse debajo de la sábana y esperé a Abel. Me gritó si podía entrar y le dije que sí. Me sentí extrañísima ahí, desnuda debajo de la sábana, en ese lugar.

—Pobre.

—Sí. La cosa es que cuando entró me dijo que empezaríamos. Me puso una toalla tibia en los ojos, abrió la sábana desde mi pecho, sentí el airecito y todo, y la volvió a cerrar. Así, rápido...

Yo la miraba sonriente, como si me estuviera contando un largo chiste.

—... Y me dijo algo así como *señorita, está desnuda* —dijo fingiendo voz grave y enterrando su pera en su cuello— Yo le dije que sí, que eso me había dicho él, pero me explicó que se suponía que me tenía que poner un juego de ropa interior desechable que estaba a los pies de la camilla, unos trapos azules horribles que ni vi.

—Ok... —dije con una carcajada.

—Ahí me salió mi dote de improvisación —agitó sus cejas— Y le pregunté que, si le molestaba que lo hiciéramos así, que había tenido malas experiencias con ese tipo de ropa desechable, alergias y bla, bla, bla. Me dijo que si yo me sentía cómoda no había problema. Que lo más importante era que yo me sintiera bien. —Rafí repitió su juego de cejas— Le di las gracias y le dije que prefería así si a él no le incomodaba, y me respondió: *para nada*, o algo así.

—... excelente.

—Y uf, sí que era bueno. —dijo asintiendo con su cabeza— Al principio fue un poco fuerte sí. Empezó por mi espalda. Luego se pasó a mis piernas, como que me las exprimía cuando pasaba las manos. En un momento me agarró por el muslo cerca de mi pompis, y como que me masajearon alrededor. Yo me moví. Me preguntó si estaba bien, le respondí que mucho, que me gustaba, y sentí su mano ya casi dándome agarrones —dijo cerrando su mano en un puño— yo decía *Mmmm que rico*, y cosas así. Tú sabes... —Sentí falsa modestia en su tono.

—Lo sé, mi amor... Excelente.

—Al principio le fingí, pero al ratito ya bastaba con dejarme llevar. Disfrutar, como me dijiste.

—Perfecto.

—Luego me dio vuelta y se puso a masajearme la cara, así con los deditos. Bajó por mis hombros y pasó sus manos entremedio de mis pechos y... y como que empezó a masajearlos alrededor. Yo como que gemía suavemente.

—Wow... —exclamé echando para atrás mi cabeza.

—Sí. Le dije que qué rico, y otras cosas... Ay. Soy de lo peor —dijo tapando su cara con

ambas manos.

—No, mi amor. Buen recurso. —dijo acercándose a ella y separando sus palmas de su cara. Ella sonrió— ¿Y él qué dijo?

—Escuché que se rio. Y algo habrá servido porque se puso más... más atrevido. Me masajé toda —dijo moviendo sus manos por su escote— Uf, bebé, tienes que aprender a hacer eso. La cosa es que en un momento sentí que me pellizcó un pecho, un pezón... y ahí ya me solté y me puse valiente, mordiéndome la boca y todo.

Rafaela se había separado del respaldo de la cama y me hablaba proyectada hacia adelante.

—Me preguntó si me gustaba, le dije que sí, pero que tenía miedo de que entrara alguien. Él se separó de mí y escuché un sonido metálico en la puerta, imaginé que puso candado. Y luego, va a sonar raro, pero de ahí ya como que no me acuerdo tan bien de todo. De pronto tenía sus manos en todos lados. No sé qué me hacía, pero sentía dedos dentro de mí —dijo poniendo una mano sobre su pubis—, me agarraba los senos, a veces mi cara. Mi amor... —dijo mirándose con ojos preocupados— hasta me vine.

—Maravilloso.

Podía imaginar todo lo que me decía, pero me costaba creerlo.

—La cosa... es que de proto... sentí algo picándome un cachete. —dijo apretándose una mejilla con un dedo.

—¿Algo?

—... Se había sacado su cosa mientras me tocaba, y la tenía al lado de mi cara. —dijo con boca apretada y ojos preocupados.

—¿Y...? —dijo atento.

—Y... di vuelta mi cara hacia él... y abrí la boca. —dijo encogiéndose de hombros y ocultando sus labios.

—Wow...

—¿Estuvo bien? —preguntó finalmente.

—Perfecto, mi amor. Perfecto. —tuve que levantar mi rodilla para disimular el efecto de sus confesiones entre mis piernas— Luego qué, ¿qué siguió?

—Cuando ya me calmé, Abel me masajé los hombros y otra vez la espalda, hasta que lo sentí en mi oído, me dijo que habíamos terminado. Ahí de un golpe sentí mucha, mucha vergüenza. Le dije que muchas gracias y que me disculpara por cómo se había puesto la cosa. Él estaba contento...

—Pfff... me imagino...

—... y me dijo que había muchos tipos de masajes para muchas cosas, y que el que me había hecho era uno de ellos. El hecho es que quedé caminando en nubes.

—Así te vi, mi amor.

Me separé de la pared y me arrastré por la cama hasta quedar junto a ella en el respaldo. Pasé mi brazo por detrás de su cuello y se dejó caer en mi hombro.

—Tengo que ver todo eso —me dije en voz alta— ¿Cómo te vas sintiendo, linda? —le pregunté.

—Bien. Muy bien.

—¿Te está divirtiendo?

—Sí. Me gusta cómo va saliendo todo. Es parecido a lo que hacemos en Alemania... ¿Y tú? ¿cómo te sientes?

—Muy bien, pero me tienes loco. —dije pasando un dedo por el contorno de su boca.

De pronto recordé las cámaras, le dije a Rafi que necesitaba ver qué grabaron y salté de la cama. despegué la cámara botón que había instalado en su bolsa, rescaté la de collar de entre sus ropas repartidas en el suelo del cuarto, me senté en el sillón y descargué lo grabado por los aparatos en mi laptop. Organicé las tomas en dos ventanas de mi computador y ubiqué el momento en que mi esposa ordenaba las cámaras en la sala de masajes, di play y las seguí con atención. ¡*Excelente!*, pensé. Le comunicué mi hallazgo a la actriz.

—Amor, grabaron las dos.

—Ay, mi amor, qué bien.

—¡Muy bien! Hasta buen ángulo tienen.

Revisé el equipo. Rafi se levantó de la cama y me dijo que se daría una ducha.

—¿Otra más, linda? —dije volteando mi cabeza desde la pantalla de mi laptop.

—Es que huelo a comida india. —respondió mi esposa apretando su nariz con dos dedos.

Sonreí, devolví mi mirada al computador y continué con mi revisión de las tomas.

X

La cámara botón tenía un plano completo de la camilla. La del reloj daba una visión cercana, pero en un ángulo desde una esquina de la cabecera de la cama de masajes. La luz era muy tenue, pero nada que un par de filtros no pudieran corregir.

En los primeros segundos de grabación aparecía Rafi con su cara a centímetros de la toma, como esos animalitos que encuentran cámaras ocultas en la selva. Al alejarse la vi desnuda, apresurada metiéndose debajo de las sábanas. Al instante entró Abel, flaquísimo. El cuarto se hacía grande por la paciencia de sus pasos al desplazarse por él.

El primer momento genial fue verlo abrir la sábana sobre mi esposa. Al correr la tela sus ojos se abrieron como dos huevos fritos. Volvió a ocultar el cuerpo de Rafi en la sábana y diálogo con ella. Mi esposa sonreía. Al final parecieron llegar a su acuerdo y Rafi se volteó, poniendo su carita en el hoyito de la camilla.

Abel descubrió la espalda de Rafi, lanzó un chorro de aceite en una de sus manos y comenzó a moldear los pequeños hombros de mi esposa. A ratos la mirada de Abel quedaba fija en el redondo bulto que se levantaba bajo la sábana desde la espalda baja de mi Rafi.

En un momento el hombre se inclinó hacia del oído de Rafaela, le dijo algo. Ella se dio media vuelta y quedó mirando al techo. El tipo pasó sus manos por el torso de Rafi dejando estelas brillantes que reflejaban la tenue luz del cuarto. Rafi acomodaba caderas y hombros a cada paso de los dedos del profesional. Estuve atento a la parte en que él tocaba sus pechos, pero cuando sucedió, no pude aguantar una carcajada. Al igual que con el guardia, fue ella la que tomó la mano del terapeuta y la puso en medio de unos de sus senos. Abel cambió su cara, entreabrió la boca. El tipo rápidamente entró en el juego y pasó sus manos por los senos de mi esposa con la fuerza de quien quisiera darles una forma nueva. Rafi le dijo algo, él se agachó hasta su boca para escucharla y luego caminó a la puerta, se perdió de la toma y luego retornó a la camilla.

Al volver, Abel lanzó un nuevo chorros de aceite en sus manos, las frotó, las pasó por el estómago de mi esposa y expandió la mancha de aceite al norte y sur de su cuerpo, el que continuaba con su serpenteo en reacción a las manos del terapeuta. Su boca se movía como diciendo cosas, podía imaginar el tenor, la nueva seriedad en la cara de Abel me daba indicios. La derecha del masajista bajó a la entrepierna de Rafaela —con tres dedos frotando su intimidad— mientras su izquierda viajaba por montes y valles de su torso. Rafi subía y bajaba sus rodillas, su cabeza se movía a ambos costados de la camilla. A veces veía su nuca y otras su cara de boca abierta y ojos cerrados. De pronto la izquierda de Abel dejó los pechos de mi esposa para hacer un movimiento en su propia entrepierna. Sabía lo que estaba sacando, pero la cabeza de Rafi no me dejaba ver. El hombre continuó amasando el cuerpo de mi esposa. La nuca de Rafi comenzó a avanzar y retroceder desde la pelvis de Abel, quien movía levemente su cadera hacia el rostro de la paciente. Ella estaba desarmándose por los dedos que la manipulaban. Sus pies caían por los lados de la camilla, la que pensé que podría terminar por colapsar. Abel apretaba sus ojos y formaba una sonrisa de terror. De pronto llevó sus dos manos a la cabeza de Rafi, la que sostuvo hasta que ésta y su pelvis dejaron de moverse.

Abel volvió a mover su mano debajo de su cinturón, mientras Rafaela volteó al techo. Luego volvieron al masaje común y corriente, por más de cinco minutos, como si nada hubiese pasado. Hasta que Abel se separó de la camilla y Rafi se apoyó en sus codos y empezaron a hablar. Abel

se veía sonriente y relajado, la miraba con cierto orgullo.

Luego vi al tipo perderse de la toma por donde estaba la puerta. Rafaela se quedó tendida por unos treinta segundos. Su brazo derecho y pierna izquierda colgaban por el costado de la camilla. Al rato se reincorporó, se puso el traje de baño y su short, tomó la cámara del colgante y luego caminó hacia la de botón, su sonriente cara se hizo gigante en la toma, a la que mostró su pulgar y lanzó un beso. Luego todo se fue a negro, quizás por poner alguna prenda sobre el foco.

Guardé todo lo capturado en una carpeta especial en la zona encriptada de mi computador. Hice lo mismo con los tesoros filmicos del día anterior. Estaba terminando la tarea cuando alcé mi cabeza y vi a mi Rafaela saliendo del baño. Traía una toalla enrollada en su cuerpo, como una diosa griega. En una mano tenía su short y en la otra sostenía un papel rectangular blanco.

—Me dio su tarjeta, Rau. —dijo riendo— Y que cuando quisiera lo llamara, y que también hacía *visitas a domicilio*.

—Nada de tonto el hombre. —dije con una carcajada.

Reposé el computador a mi lado, me paré, tomé la tarjeta y la puse en mi billetera.

—¿Y cómo salieron las tomas, director? —preguntó mientras agarró una toalla pequeña del armario y se la pasó por el cabello.

—Muy bien. —dije levantando mis cejas.

—¡Las quiero ver!... pero quiero ir a ver la puesta de sol, amor. Mira cómo se está poniendo.

Un intenso destello naranja entraba al cuarto desde la ventana del balcón.

—¡Vamos! Luego pasamos a comer.

—Sí —dijo con tres pequeños saltos— ¡perfecto!

En la playa el sol enrojecía cientos de rostros que lo observaban ahogarse en el caribe. Nuestras caras eran parte del tumulto de silenciosos admiradores. Rafi apoyada en mi pecho, enrollada en mis brazos, mi quijada en su coronilla. El ambiente místico que se respiraba en la playa sólo era interrumpido por gritos de vendedores de anillos y alhajas, para quienes la potencia visual del sol mexicano cayendo en el océano parecía no ser nada especial.

La noche luchaba contra los últimos rayos del sol. La gente a nuestro alrededor se comenzó a dispersar y nosotros nos unimos al éxodo, descalzos por la arena rumbo al hotel, con la misión de sentarnos a eliminar el hambre.

—Oye, Rau. —dijo Rafi mientras cambiábamos arena por tablas bajo nuestros pies— ¿Cuántas horas llevamos en México?

—No sé... muchas.

—Bien, ¿Cuánta comida mexicana hemos comido?

Carcajeé.

—Ok... entiendo. Vamos al restaurant mexicano.

—¡Eso! —dijo Rafi apretando mi mano y tirándola hacia abajo.

El restaurante típico estaba en un gran edificio que compartía con la administración del resort. Un letrero de madera bastante barnizado con un sombrero mexicano tallado se sostenía sobre las puertas de vidrio. Delante de ésta una fila de ocho o diez personas esperaban por una mesa. Nos paramos cerca de la línea de gente, miré a Rafi, levanté mis cejas y expiré en cansancio. Ella estaba decidida.

—No importa, esperemos. Quiero, quiero, quiero... — dijo mirando el letrero con sus labios pronunciados hacia adelante.

En la espera conversamos sobre lo que imaginábamos que habría en un menú mexicano. Entre los murmullos de las personas en la fila, unas palabras me llamaron la atención y me hicieron

voltear. Una voz masculina hablando alemán. Levanté mi cabeza como un periscopio y busqué el origen de la voz. Era un caballero cerca de la entrada al restaurant, de unos cincuenta años, canoso y de aspecto gerencial (a pesar de los shorts y las sandalias). Conversaba con una esbelta mujer rubia, unos diez años menor. Puse atención a lo que decían: la rubia le contaba a su acompañante que no tenía idea de cómo funcionaba la caja fuerte. Rafaela escuchó el comentario, me miró y sonrió, luego se soltó de mi mano, avanzó hacia la pareja y les dijo: *Ich weiß wie es geht* (“Yo sé cómo funciona”) La pareja volteó hacia Rafaela. Ambos levantaron sus cejas al mirarla. Rafi continuó su explicación en alemán.

—Es que tuve el mismo problema.

—Oh. Muchas gracias. —dijo la rubia alzando los extremos de sus delgados labios rojos.

Rafaela les explicó cómo crear claves y asegurarse de que la caja cerrara bien. Me hizo gracia que de hecho hubiese aprendido a usar la condenada caja fuerte. El caballero parecía que aún no salía de su asombro, miraba a Rafaela con su nuca proyectada hacia atrás mientras asentía a sus palabras.

—Gracias... Eee...—dijo la mujer.

—Rafaela. Me llamo Rafaela. Él es mi esposo, Raúl. —dijo tomando mi mano.

—Un gusto. Yo me llamo Kerstin...

—... Y yo me llamo Rolff. —interrumpió el hombre dando un paso adelante— Su esposo.

Los cuatro cruzamos nuestras manos para saludarnos al estilo europeo. Kerstin miró a Rafaela y le preguntó:

—¿alemanes?

—No. Yo soy colombiana y él es chileno, pero vivimos en Berlín hace muchos años.

—¿En serio? —reaccionó Kerstin— Nosotros somos de Kremmen.

Lo conocía. Era un pequeño pueblo boscoso cercano a Berlín, al que habíamos visitado con la empresa publicitaria para grabar tomas para un comercial de Chocolates.

—¿Y qué hacen por acá? —pregunté a Rolff.

—Estábamos en un simposio de arquitectura. Terminó hace dos días, pero decidimos quedarnos una semana extra.

Rolff me dio una impresión paternal, quizás por su voz profunda o por las líneas sobre su nariz. De esas personas que te imaginas que huelen a tabaco sin haberlos visto con un cigarro en la boca.

—Te entiendo. —dije a Rolff— El lugar es maravilloso.

—¿Y ustedes? —nos preguntó Kerstin.

—Vacaciones —respondió Rafi— Moría de ganas de estar en una playa —dijo tomando una larga bocanada de aire impulsada por sus manos.

Un mesero salió del restaurant, nos miró y nos dijo que *nuestra* mesa para cuatro estaba lista. Ambas parejas nos miramos extrañados.

—Quizás pensaron que veníamos juntos —comenté al grupo.

—Mejor así —agregó Kerstin— Así nos recomiendan que hacer para llenar los días.

El mesero nos llamó con la mano y nos encaminamos detrás de él.

En el interior cada pared estaba pintada de un color chillante distinto. Sombreros de charro colgados en desorden junto a fotos de verduras y lo que supuse que eran platos típicos. Una alegre música de trompetas se mezclaba con choques de vasos y carcajadas.

La luz del restaurante evidenció los rostros de los alemanes, violentamente enrojecidos por el sol. Nos sentaron en una mesa redonda de mantel amarillo, un mozo tomó nuestra orden y

continuamos la conversación.

—Estoy enamorada de México —dijo en algún momento, Kerstin.

—Ya sé. La naturaleza, el clima, la gente, los animales... —agregó Rafaela levantando sus dedos mientras avanzaba su listado.

—... la arquitectura. —dijo Rolff.

—Así es —agregué— A uno lo hacen sentirse en otro planeta.

—O en otros tiempos. —sentenció el alemán.

La charla fue agradable, como suele ser con los alemanes: gente culta y tranquila. Les contamos que yo era cineasta y Rafi actriz, pero habíamos aterrizados nuestros sueños para trabajar en una agencia de publicidad, la que por cierto posibilitaba nuestro viaje.

—Nosotros pasamos por lo mismo —dijo Rolff— Pero ahora que ya tenemos nuestro capital podemos trabajar independientes y hacer lo que nos guste. Ustedes son jóvenes, ya tendrán la oportunidad.

—Eso espero, Rolff. Aunque igual siempre tenemos nuestros proyectos independientes con Rafi. —dije guiñándole un ojo. Ella sonrió con la boca apretada. Imaginé que me patearía por debajo de la mesa, pero el golpe nunca llegó.

Por cada tiempo de comida nos pedíamos una nueva ronda de margaritas, salvo Rolff, quien no acababa con su primer vaso de té helado. Llegando al postre mi lengua se arrastraba un poco y mi boca no podía disminuir su sonrisa. El mozo retiraba los últimos platos, yo conversaba con Rolff sobre la locura de los precios de los bines raíces de Berlín. Las chicas charlaban sobre algo que las hacía hacer sonidos como de aves y carcajearse. De pronto Rafaela se me acercó y dijo:

—Kerstin dice que nos tomemos el último trago en el departamento de ellos. Están en esas villas de cerca de la recepción. ¿Quieres?

Vi que la alemana se acercó también a su esposo para hablarle ceca del oído.

—Claro, amor. —respondí— Pero no nos pasemos de hora, que aun ando con el jetlag en la cabeza.

—Sí. Yo igual. —dijo haciendo círculos con su índice sobre su sien derecha.

Rafaela volteó hacia la pareja y les dijo *¿vamos?* Los cuatro nos levantamos, sentí algo del alcohol en las rodillas. Abandonamos el ruido del restaurant y caminamos por los senderos que daban a la recepción. Mi piel aún se extrañaba de sentir calor por las noches.

Las villas eran pequeños edificios con cuatro departamentos: dos en el primer piso y dos en el segundo. Nuestros anfitriones usaban uno de los de arriba. Subimos y entramos detrás de los alemanes. La habitación, o departamento (mejor dicho), era casi el doble de grande que el nuestro. Paseé mis ojos por el espacio. La decoración era detallada. Las alfombras peludas y los asientos de cuero daban una sensación cálida, aunque no dejaba de sentirme en un departamento piloto.

Nos sentamos con Rafi en un redondo comedor de madera. La superficie brillaba desnuda, salvo por un cenicero de cristal con un gran cigarro artesanal a medio consumir equilibrándose en uno de sus lados. Kerstin me sonrió y dijo:

—Es de Rolff. Está todo el día pegado a eso. —dijo soltando una carcajada al ver a su esposo llegar desde su espalda y sentarse junto a mí.

—Sí. Es que me rompí la rodilla en un accidente de motos hace unos años —explicó el alemán — Fumar me ayuda con el dolor. Espero que no les moleste.

El comentario de Rolff me hizo entender que era marihuana. Abrí mi boca para responderle que no me molestaba, pero se me adelantó Rafi:

—... Sólo nos molesta si fumas sólo.

Me sorprendió, pues Rafi nunca fue fumadora. Ella es de esa gente que todo le hace demasiado efecto; un café la puede dejar mirando el techo toda la noche y un antiestamínico la puede poner a dormir un día entero.

—Mejor así, entonces. —sonrió Rolff.

El cigarro del alemán pasó por mis labios y luego por los de Rafi, quien lo tomó con pulgar e índice, con el meñique levantado. A pesar de su corta fumada su carita se puso colorada y soltó una larga sesión de tosidas.

Mientras reíamos junto a Rafi, quien sobaba su garganta, Kerstin apareció desde la cocina con una bandeja coronada con tres margaritas. A penas se sentó junto a Rafi, ella le extendió el cigarro. Kerstin lo recibió, pero se lo pasó a Rolff sin probarlo.

—¿Por eso no tomas? —pregunté a Rolff

—¿Cómo? —dijo con el pitillo en su mano.

—Que si no bebes alcohol por fumar marihuana.

—No. No bebo porque tomo muchos medicamentos, y si se me cruzan con alcohol me dañan el estómago. Eso es lo lindo de esto —dijo mirando el extremo incandescente del porro.

A medio margarita mi conciencia se estaba tomando unos descansos. Rafaela reía con Kerstin, Rolff nos miraba a todos con ojos almendrados y sonrisa de medio lado.

—Me dan ganas de vender todo en Kremmen y venirme a vivir acá —dijo Kerstin al grupo, dejando caer su vaso en la mesa.

—Sí —dije— pero acá no hay cosas que en Europa sí. Allá están las oportunidades.

—Puede ser —dijo Rolff— pero allá no hay maravillas como estas —dijo prendiendo nuevamente su cigarro— Bueno, sí hay, pero no es tan libre.

—Berlín es mucho más libre que México —interrumpió Rafi levantando su vaso, como pidiendo la palabra—... y que Chile y que Colombia también.

—¿En qué? —preguntó Kerstin.

—Bueno... Mmm... en sexo, por ejemplo.

Frió pasó por mi cuello para formar una sonrisa en mi boca. Mis ojos bajaron a mi vaso sobre la mesa.

—¿En sexo? —preguntó la sonriente alemana.

—Sí. En sexo... —Rafi levantó un dedo, abrió su boca, pero al instante la cerró y enrojeció.

—¿En qué sentido? —insistió la alemana.

Rafi se enterraba en su silla con cada segundo en silencio. Salí en su ayuda:

—En que los prejuicios son menores, la gente es más honesta con sus deseos. Es más libre de lo que pudiésemos ver en cualquiera de nuestros países.

—¿Y han aprovechado esa libertad? —preguntó la rubia entrecerrando su mirada.

—Mmm... Sí. Algo hemos hecho en estos años. —respondí— La ciudad lo permite muy bien. Supongo que saben cómo es por allá.

—Sí... sí se —dijo Rolff— He vivido lo suficiente como para saberlo.

La delicada alemana se quedó mirando a Rafaela, imaginé que buscando seguir con las preguntas, pero con el fin de nuestro vaso estaba llegando el término de nuestra velada. Los ojos de mi esposa parecían una línea roja. Miré a Rafi y ella asintió con su cabeza.

—Rolff, Kerstin. Muchas gracias por la invitación. Ya nos vamos para ponernos al día con el horario de acá.

—Yo llevo como una semana y todavía no me acostumbro por completo. —dijo Kerstin antes de comenzar un pequeño bostezo.

Nos paramos, intercambiamos números de habitación y celular. Quedamos en comunicarnos al siguiente día.

Caminamos a nuestro edificio con paso lento, casi de pies arrastrados, como un par de risueños zombis. Al llegar a la habitación me dejé caer en la cama. Como pude entré en la sábana. Al minuto sentí el colchón saltar por la caída de Rafaela junto a mí. Yacimos vestidos y desmayados. Fue buena ida descansar, el siguiente día sería uno de los más estimulantes de nuestras vidas.

XI

Desperté, di media vuelta para abrazar a mi Rafi, pero mi extremidad cayó en un colchón vacío. Cuando aclararon mis ojos pude ver las cortinas del ventanal del balcón agitándose hacia el interior de la habitación. Sacudí mi cabeza, me paré y caminé al balcón. Restregué mis párpados mirando hacia afuera. Un cielo desnudo, el viento sacudía las largas hojas de las palmeras. Rafaela sentada en una silla de plástico, de espaldas a mí, con los pies sobre la baranda. Giró su cabeza y me sonrió:

—¡Amor! ¿Cómo dormiste?

—Bien, linda. Bien. ¿Es temprano? —dije mirando al sol con desconfianza.

—Es tarde. Desde que sale el sol ya es tarde.

Me senté junto a ella y dejé que la luz recargara mi batería internas.

—Y, mi Rafita, ¿cómo lo pasaste ayer? —pregunté con ojos cerrados y rostro hacia el horizonte.

—Muy bien.

—¿Qué te gustó?

—Ay, fue un día intenso. Todo.

—¿Te cayeron bien los alemanes?

—Sí. Él es un poco callado, pero ella es muy divertida.

—Si vi que se rieron arto... ¿Y el masaje? —dije abriendo mis ojos y girando mi cabeza hacia ella.

—¿El masaje? —dijo bajando la mirada y sonriendo— Pues muy bien. Si ya lo viste, ¿no?

—Sí... ya lo vi. —respondí mirándola fijo a los ojos, hasta que la hice estallar en risa nerviosa.

—¿Qué?! —preguntó colorada y con la boca apretada.

—Nada, amor. Que lo has hecho excelente. —dije retomando seriedad— Muy bien.

—Gracias, director. Sí ha sido loco, pero...

—... peroooo.

—... divertido. Loco, pero divertido. ¿Las tomas van bien?

—Excelente. Mejor de lo que imaginé.

Rafi dio un respiro largo, el que decantó en una sonrisa. Extendió su mano hacia la mía sobre el apoyabrazos y la acarició.

—Y, director ¿Hay más?

—Claro, claro. —dije cerrando mis ojos y volviendo mi rostro hacia el mar.

—Ay, qué pesado. Ya cuéntame.

Volteé a mirarla, le cerré un ojo y pegué mi silla a la suya:

—La escena de hoy es muy tranquila. Algo así como un descanso. —dije en tono calmo — Simplemente tienes que hacer lo que vimos que algunas mujeres hacían en la playa el primer día.

Rafi entrecerró los ojos.

—¿Qué sería?

—Toples. —dije apuntando a su pecho y haciendo un pequeño círculo en el aire con mi dedo.

—¿Toples?

—Toples. Sólo eso. Usted se acuesta en la playa, se deja ese pechito hermoso al sol y el

trabajo lo hago yo. Necesito muchas tomas. ¿Qué te parece?

—Me parece bien, *dire*. —dijo lanzando una sonrisa a la playa frente a ella— Y así por fin me quedo parejita. —agregó como pensando en voz alta.

—Claro, amor. Esa es la actitud.

—¿Antes o después de desayunar?

—Después. Hay mejor luz.

—Genial. Entonces alcanzamos a ir al gimnasio un ratito. ¿Vamos?

En Berlín solíamos ir al gimnasio juntos. Ella era de pesas y sentadillas —decía que su trasero se lo demandaba—, yo me la pasaba trotando en las máquinas corredoras como un hámster en su rueda.

—Anda tú, mi amor. Así descansas de este director esclavista. Yo tengo que ir a mirar dónde grabar. Revisar el escenario.

Rafaela rio.

—Ay, pero qué profesionalismo. —dijo manteniendo sus cejas levantadas.

Me quedé mirando la playa mientras Rafi se fue a cambiar. Me entusiasmaba ver el cielo tan limpio y parejo como paño de billar, sinónimo de buena luz.

Rafi volvió a los minutos desde mi espalda, con unas calzas negras y un peto deportivo colorado. Me dio un beso en los labios y dejó un mensaje en mi oreja:

—Nos vemos en una hora acá, mi amor.

—Claro, linda. Que le cunda.

—Trataré. —dijo amasando mis hombros.

La escuché caminar hacia la puerta. Me sentí sólo. La modesta resaca que aún traía me mantuvo con la mirada perdida en la arena y las personas que transitaban por ella. Finalmente, el sentido del deber me levantó de la silla, me metió en la ducha y me ayudó a salir de la habitación en dirección a la playa.

Entré a la arena desde el sector de la silla del salvavidas. El joven *dealer* estaba en su posición junto ésta. Me saludó con su pulgar levantado. La imagen de Rolff sonriendo a la punta incandescente de su porro vino a mi mente por un segundo.

La playa estaba casi despoblada, salvo por algunos ancianos con sombreros de paja y grupos de aves que aleteaban unas sobre otras. Busqué un lugar en la playa en el que hubiera algún flujo de caminantes y que al mismo tiempo fuera visible desde nuestro balcón. El lugar ideal estaba a unos cuarenta metros del muro que dividía el resort de la playa; a unos veinte del mar. Lamenté el escaso tránsito de gente, pero habría que trabajar con lo que se presentara.

Cuando ya había satisfecho mis dudas técnicas caminé por la playa hasta que mi reloj me indicó que mi actriz ya estaría llegando a nuestro cuarto.

Estaba subiendo las escaleras del primer piso del edificio cuando noté la figura de mi Rafaela acercarse desde el otro lado del pasillo.

—¡Amor!... ¿Todo bien con el ejercicio?

—Sí. —dijo sacando su lengua— Me hacía falta moverme, pero ya soy fuerte de nuevo —dijo flectando sus pequeños brazos.

—Así veo, mi amor. Cuanto poder.

—Muero de hambre, bebé. —agregó sobando su vientre— ¿Vamos por algo? Me baño después.

—¿Así de hambre?

—Qué ¿ando muy impresentable?

—Para nada. Me encantas *sudorosa*. —dije adormeciendo mis ojos y estirando mis labios.

—Ay, qué miedo. —dijo mientras escapaba de mí con un lento trote.

Corrí detrás, envolví con mis brazos su húmeda y fría cintura, besé su cuello desde la espalda, tomé su mano y caminamos en búsqueda de alimento.

En el camino decidimos ir a desayunar a la zona de familias, sería una excusa para conocer el ala más alejada de la playa.

La parte familiar se componía de tres edificios como el nuestro, rodeando una gran piscina en forma de riñón. Los toboganes de colores indicaban sin lugar a duda que era un lugar para niños.

Desayunamos en el equivalente familiar del restaurant buffet de nuestro sector. Misma comida, similar decoración, pero el doble de gente y el triple de ruido.

—Son unos terremotos andantes. —dije a Rafi mientras miraba a un niño correr en pánico de otro que lo perseguía con lo que parecía ser la concha de una almeja.

—Pero son graciosos. —dijo Rafi sonriendo a la misma escena.

—Sí... eso sí. Pero por ahora estoy bien donde nos estamos quedando.

—Claro, yo igual... por ahora. —dijo mirando a los dos pequeños aun corriendo entre las mesas.

Una vez satisfechos los estómagos retornamos al cuarto.

Abrí la puerta de nuestra habitación y el olor a productos de limpieza me hizo recordar que no dejé la señal de “No molestar”. Revisé las cámaras en la mochila sobre el sillón, estaba todo en orden.

Mientras Rafaela se bañaba salí al balcón y puse una de las minicámaras sobre la mesa de vidrio, buscando que apuntara al sector donde se pondría mi actriz en la playa. Tuve que fijarla con cinta adhesiva por miedo a que el viento o algún pajarito curioso la botara.

—¿Qué haces? —preguntó Rafi a mis espaldas.

—Eh... asegurando una cámara, mi amor —respondí sin mirarla, apretando la cinta adhesiva con la yema de mis dedos.

—¿Entonces ya estamos listos para lo siguiente?

—Sí —dije enderezando mi espalda y girando hacia la voz mi esposa.

Al verla se me apretó el cuello, mi nuca se proyectó hacia atrás. Aspiré y exhalé para terminar en una sonrisa. Rafaela vestía un diminuto bikini rojo sin tirantes. Abajo: un tanga sujeto por largos amarres en los extremos de sus caderas, como una gran sonrisa roja.

—Ya, pesado. No me mires así. —exclamó ladeando su cadera y flectando levemente una rodilla.

—Te ves hermosa —dije viéndola como si ella fuera el péndulo de un hipnotizador.

—Gracias —respondió Rafi, relajando hombros y rostro— ... ¿Y?... ¿qué sigue?

Sentí una cachetada en el cerebro.

—¡Ah, sí! Necesito que lleves tus lentes de sol. También tu sombrero de ala ancha.

—Ok —dijo Rafi comenzando a moverse por la habitación.

Al voltearse a buscar los encargos quedé prendado de su trasero, cruzado en diagonal por la tela del bikini en ambas nalgas, salvo por la izquierda, que se subía más que su compañera, lo que me hacía sentir que su trasero me cerraba un ojo.

Rafi se puso su sombrero y lo ladeó. Ajustó sus senos en su bikini frente al espejo junto a la TV y me miró. *Vamos* le dije, tomándole la mano y caminando a la puerta.

Bajamos por el pasillo interior que daba a la playa. Atravesamos la pared de palmeras y arrastramos nuestros pies por las calientes arenas hacia el espacio que seleccioné como

escenario. Había algunos grupos de personas alrededor, más que en mi primer recorrido. Vi un camastro abandonado a unos metros, caminé a él y lo arrastré al lugar que pensé sería el indicado. Estiré una de las toallas azules del hotel arriba de éste e hice un ademán con mi palma abierta indicando a Rafi que estaba preparada su cama.

Mi actriz se tendió con pausada gracia. De inmediato flectó sus rodillas y alzó su torso como haciendo un abdominal largo. Sacó de su bolsa la botella de aceite y comenzó a embetunarse desde los brazos. Mientras, yo acercaba una pequeña mesita de plástico de las que se encontraban desparramadas por la playa. La puse al lado de su camastro, tomé su bolso con la cámara de botón y lo coloqué apuntando hacia los pies de Rafi, lo que me daría visión de la gente caminado en ambas direcciones de la playa.

Rafaela tapó la botella de aceite. Su cuerpo se encontraba oscurecido en sus honduras y brillante en sus montes. La sequedad del bikini contrastaba con la humedad de su piel. Me senté a su lado en el borde del camastro y le di las últimas instrucciones:

—Desde ahora en adelante está en escena, señorita. ¿Ok? —dije pasando mi pulgar por su rodilla levantada.

—Ok, director. —respondió mientras ponía el aceite junto a su bolso.

—Mira, la escena va a durar alrededor de cincuenta minutos. A penas me vaya, te sacas la parte de arriba y te acuestas. Esperas unos diez minutos y ordenas un trago.

—Ok.

—Pide algo de colores; playero. Luego te pones el sombrero, pero te lo bajas. La idea es que te tape la cara, y tomas sol así un rato. ¿Ok? —pregunté con mi pera baja y mis cejas alzadas.

—Sí, Ok... Espero no quedarme dormida con el trago y lo del sombrero.

—No creo. Hay perros, gente que pasa gritando, vendiendo cosas.

—¿Y si me vienen a decir algo o venderme algo?

—Dime tú. ¿Qué crees que te diría el director?

—¿Qué improvise? —preguntó, alargando las vocales.

—Exacto, mi amor. Perfecta. Ten en cuenta que, aunque no me veas, siempre te estaré viendo y grabando.

—Ok —dijo respirando hondo.

Me incliné hacia ella, le di un beso en los labios, sabor a sal y olor a bronceador me inundaron. Puse una mano en su mejilla, me acerqué a su oído y le dije *Acción*. Toqué su brazo y noté su piel erizada. Al separarme, Rafi posó su espalda en el respaldo del camastro y continuó restregando el aceite, ahora por su estómago, ya sin mirarme. Me alejé por la arena unos veinte metros. Cerca del mar filmé planos generales, abiertos; la línea perfecta del mar encontrándose con el cielo, la maravillosa irregularidad de los surcos de las palmeras y edificios turísticos. Cuando noté que Rafi se movía me centré en ella.

Separó su cuerpo del respaldo y llevó sus brazos a su espalda, luego de unos movimientos de codos la pequeña tela roja cayó hasta sus muslos, sus pechos orgullosos se presentaron al sol. Con total naturalidad ladeó su tronco para dejar la prenda junto a su bolso —recé porque la cámara no se hubiera movido— Tomó la botella de aceite, vertió un poco en una mano y pasó ésta por sus senos, rodeándolos desde la base hasta la cima en círculos cada vez más cortos. Al terminar devolvió la botella a su sitio, restregó sus manos, se puso los lentes de sol, se puso su sombrero y se volvió a recostar, con una pierna extendida y la otra con la rodilla levantada. Podía imaginar la escena en la postproducción, con su destellante desnudez pública, acompañada de música de reggae y cambios de escenas entre los huéspedes curiosos y mi morena friéndose a fuego lento.

Me senté en la arena y grabé a la gente pasar delante de Rafi. Con algo de zoom pude ver a los hombres (y algunas mujeres) girando su cabeza hacia ella. Mis favoritas eran las reacciones de hombres acompañados por otros hombres, quienes eran menos recatados en sus miradas que el resto. Rafaela parecía no enterada de tal admiración.

Me perdí filmando a la gente, pues cuando volteé a mirar a Rafi, ella estaba con su cabeza girada hacia atrás del camastro, agitando un brazo. Una mesera se le acercó desde el bar de la playa. La chica hizo una pequeña reverencia e intercambiaron palabras, luego la mesera emprendió rumbo hacia el bar. Rafi volvió a su posición de descanso. A los cinco minutos llegó su vaso largo lleno de algo rosado, adornado con un triángulo de piña en el borde y una sombrilla al lado opuesto. Lo gracioso era que lo traía un mesero, un hombre. Un tipo flaco, moreno y de peinado imperturbable por el viento de la playa. Él le entregó su pedido, se alejó medio paso y comenzó a hablarle. *Excelente*, pensé mientras tuve que tomar mi celular con ambas manos para no mover la toma.

Mi esposa levantaba el borde delantero del sombrero para mirarlo. Él le hablaba moviendo una mano mientras con la otra sostenía la bandeja sobre su estómago. Rafaela se carcajeó de algo, le ofreció la mano al tipo, él la tomó con cuidado y la agitó dos veces. Rafi movió su cuerpo hacia el mesero, ordenando sus rodillas hacia él como lo haría una dama antigua montando a caballo. Sus senos se ordenaron en su nueva posición con dos movimientos pendulares. Conversaron hasta que el tipo alzó su mano, dio media vuelta y regresó a su puesto en el bar de la playa.

Rafi se recostó, bajó el sombrero para cubrir su cara y se mantuvo casi inalterable salvo cuando, a ratos, levantaba la visera, tomaba el vaso junto a ella, daba unos sorbos a la bombilla blanca, miraba hacia el mar, segundo sorbo, reposaba el vaso en la mesita y de vuelta a su posición de descanso.

Todo estaba en orden y caminando. Decidí subir a la habitación para revisar la toma del balcón. Caminé a doble paso por la arena, troté por las escaleras del edificio, abrí la puerta del cuarto y salí al balcón. La cámara se veía tal como la había dejado, apretada a la mesa por la cinta adhesiva. Alcé mi tronco por el balcón, ajusté mi mirada hacia la playa y vi a mi brillante morena a lo lejos. Semidesnuda, contrastando con la blanca arena a su alrededor. Apoyé mis manos en la baranda y mi mente se pegó en la imagen un momento.

Con la perspectiva de la altura me di cuenta de que el tráfico de gente por la playa era bastante mayor que el que había imaginado, me puse nervioso hasta que un pensamiento se interpuso: *No importa, nunca los volveremos a ver*. Di un golpe con mis dedos a la baranda y entré al cuarto. Salí de la habitación con rumbo a la playa. Bajé las escaleras saltándome un escalón por medio. Pasé junto al bar y caminé cerca del camastro de Rafaela. Seguí de largo hacia el mar y me senté en una silla de plástico abandonada a unos 15 metros de Rafi. Sonreí al ver su vaso ya vacío, con la piña mordisqueada.

A unos metros de ella pasó un vendedor de aros gritando coros sobre sus productos. Bronceado como ébano, sin polera, con jeans arremangados y una pizarra de cartón forrado que sostenía como si fuera un escudo. El tipo fijó su vista en Rafaela desde la distancia. Mientras pasaba frente a ella su cabeza giraba para tenerla frente a sus ojos en todo momento. Nunca paró de gritar su publicidad. Rafaela no movió siquiera un dedo. *Quizás se quedó dormida*, pensé, pero al rato vi moverse su sombrero a ambos lados de su camastro, con su vaso vacío en una mano. Levantó su cabeza por sobre el hombro y mostró el vaso hacia el distante bar. A los pocos segundos vi al mismo mesero que la había atendido, trotando hacia ella con una sonrisa. Rafaela le habló señalando su vaso con su índice, el tipo hizo una semi reverencia, tomó el vaso y caminó

al bar. Rafaela volteó hacia el mar y se quedó mirando el horizonte detrás de sus gafas oscuras, me pregunté en qué estaría pensando. Al par de minutos volvió el mesero con un vaso rosado adornado igual al anterior.

Ambos intercambiaron palabras como hicieran unos minutos, con ella levantando el ala delantera de su sombrero y él hablándole con la bandeja sobre el estómago. Aumenté el zoom en mi celular. Hablaron unos tres minutos. Admiré al tipo por su habilidad para conversar con tranquilidad con una hermosa mujer con los senos al aire; yo no hubiese podido. La escena me apretó la garganta. El amigo de Rafi llevó dos dedos a su frente y le dio un saludo militar, ella levantó su palma y movió sus dedos. El tipo se dio media vuelta y caminó a su puesto.

Cuando Rafi se acomodaba en el respaldo tomé mi celular y le escribí:

—“Amor. ¿Cómo estás? ¿cómo te sientes?”

Envié el mensaje y a los segundos la vi levantar su tronco del camastro y escarbar en su bolsa. Tomó su celular y me respondió:

—“Muy bien. ¿Dónde estás?”

Comencé a agitar mis brazos por sobre mi cabeza. Rafi escaneó el horizonte hasta que la vi mirando en mi dirección. Aleteó con una mano. Le escribí.

—“Ya estoy listo con el material, linda. Sí te voy a pedir lo último: que te saques el sombrero y camines al mar, tiene que ser lento. Te zambulles y te devuelves al camastro. Con eso ya hacemos el corte. ¿Ok?”

—“Sí. Ok.”

Rafi dejó su celular en su bolsa, se sacó los lentes y los dejó junto a su teléfono, llevó sus pies a un costado del camastro y se levantó. Se sacó el sombrero y lo lanzó al respaldo como si fuera un gran frisbee. Caminó hacia el mar enterrando y extrayendo sus pies de la arena, con cabeza gacha que a medio camino levantó, aumentando la presencia orgullosa de sus senos. Era poesía animal; belleza primitiva y pura. El reflejo de su piel bailaba con la luz. Algunas personas conversando en la orilla se silenciaron y le abrieron paso como si se tratara de una generala avanzando entre una tropa. Todos los ojos en ella; los de ella en los de nadie.

Caminó sobre los primeros metros de mar espumoso y se lanzó de piquero al rompimiento de una pequeña ola. Salió del agua con la nariz hacia arriba y su oscuro cabello relamido a la perfección por su espalda. La sentí alegre. Hundió sus palmas en el mar y lanzó agua a su cabeza. Dio media vuelta y salió arrastrando los muslos contra la corriente. El agua salada mezclada con el aceite hizo que su cuerpo pareciera plastificado. En su trayecto de regreso al camastro me distinguió a lo lejos y me lanzó un beso con la mano. Fue el momento perfecto para dejar de grabar con mi celular. Apagué la cámara y escribí a Rafi:

—“Listo, amor. Estuviste perfecta.”

—“Gracias. ¿Vienes?”

—“No. Veámonos en la escalera del primer piso de nuestro edificio.”

—“Ok. Nos vemos ahí.”

Rafi lanzó su celular a su bolsa, se sentó en el camastro con los pies en la arena, tomó el bikini de sus extremos y lo ajustó desde su espalda, agitó sus codos y la prenda cubrió sus senos. Caminé hacia las palmeras mientras que Rafi lo hizo por la zona del bar, más directo que mi ruta. Llegué a la escalera creyendo que me toparía con mi actriz, pero nada. Comenzaba a preocuparme, debía estar ahí. Hasta que sentí el ritmo de sus pasos acercarse y me tranquilicé.

Apareció con sonrisa triunfante, su bolsa colgaba del otro hombro con medio sombrero de paja saliendo de ésta.

No le pregunté la razón de su tardanza, pero mi *yo* más travieso se sentiría muy feliz por la explicación que me daría Rafi.

XII

—Estuviste perfecta, mi amor. —dije frotando sus brazos.

—Gracias, lindo. Aunque no tuve que hacer nada.

—¿Nada? Eso crees tú. —dije completando el abrazo y apretándola a mi pecho.

—¿Quieres ver lo que grabé? —susurré a su oído.

—¡Siii! ¡Vamos!

En las escaleras los pies de mi esposa se resbalaban de la suela de sus sandalias. Rafi rio.

—Estoy llena de aceite. Llegando me baño y lo vemos, ¿ok?

—Claro. Preparo todo por mientras.

Entramos al cuarto. Rafi pasó al baño y yo seguí de largo hacia el balcón, recogí la cámara que había fijado ahí y despegué la del bolso. Tomé mi laptop y me senté en el sillón. Coordiné las dos tomas junto con lo capturado por mi celular y dejé las tres ventanas listas para avanzar al mismo tiempo. Me levanté para dejarme caer en la cama y esperé a Rafi adelantando algunas tareas técnicas (luz y amplitud de tomas). Procesos que había hecho mil veces por la agencia, pero jamás con tanta energía y disposición como en ese momento.

Rafi apareció de un saltito frente a los pies de la cama, con una polera blanca y unas calzas negras. Le levanté el pulgar y con la otra mano palmeé la cama a mi costado. Rafi saltó a la cama para acomodarse en el espacio junto a mí. Le pregunté si estaba lista. Escondió los labios dentro de la boca y asintió con la cabeza. Le di *play* y las cuatro tomas comenzaron a rodar en el momento en que me alejé de ella en la playa por primera vez. En efecto, la cámara que puse en la mesita apuntaba a la gente pasando frente a Rafaela, pero la toma del balcón estaba siendo bloqueada por las largas hojas de una palmera. La mejor imagen era la de mi celular, la que se turnaba entre mi esposa y las caras de sus admiradores al pasar frente a ella.

Moví mis ojos hacia Rafi tratando de no mover mi cabeza. Ella se contemplaba a sí misma, con la punta de sus dientes frontales visibles entre sus labios. En la TV su imagen se sacaba el bikini, y la Rafi de mi lado pellizcaba la punta de sus uñas.

—Qué vergüenza. —dijo poniendo dos dedos sobre su boca.

—¿Vergüenza, mi amor?

Le puse pausa al video y la miré.

—... Sí... pero... vergüenza de esas. —dijo encontrando mi mirada— Tú sabes...

Sabía. Y también entendía que no se podía explicar. Es un punto extraño de la vergüenza en que empieza a convertirse en descaro, y hace que la incomodidad se vuelva adrenalina. Asentí con mi cabeza y le di *play* a los videos.

Rafi miraba las imágenes casi sin pestañear. Su pecho se inflaba y desinflaba a ritmo lento. Me encantaba verla observándose a sí misma en la tele.

En una de las tomas se vio a Rafaela hablando con la mesera.

—¿Qué pediste ahí?

—Uf. No me acuerdo, pero estaba *delicioso*. —dijo mirándome con seriedad.

Al rato la toma de mi celular captó una panorámica desde el balcón.

—Wow, se ve pasar mucha gente —dijo Rafi apuntando a la toma de la terraza.

—Sí... pensé eso también.

—No me esperaba ver tanta gente. No se sentía tan lleno allá abajo.

Pasaron las imágenes y llegó la parte que esperaba analizar con ella, cuando conversó con el mesero.

—¿Qué te dijo?

—Me pasó el trago y le agradecí. Le pregunté su nombre, como para conversar. No me acuerdo cómo se llamaba eso sí. Me preguntó si necesitaba algo, o saber algo, y le pregunté que si sabía qué hacía la gente en la noche.

—Ok... buena pregunta. —dije sentándome de lado, frente a ella.

—Gracias. —respondió Rafi poniéndose una palma en el pecho— Me preguntó si andaba con más gente. Yo me quedé callada y le dije algo así como *digamos que ando sola*.

—Perfecto...

—Me habló que hay clubes muy buenos en la calle principal de Playa del Carmen. Me echó unos piropos como que había muchas mujeres *guapas como yo* y cosas así...

—Te creo. —dije con una carcajada final.

—... Yo me reí y le dije que era muy caballero y lindo. ¡Ah! Y mira. —Rafaela se paró de la cama, fue a su bolso y volvió con una tarjeta blanca— Cuando venía a juntarme contigo en la escalera pasé por el bar y me dio su tarjeta. Me dijo que si quería él me podía acompañar alguna vez.

—¿Qué acaso todo este pueblo tiene tarjetas de negocio? ¿Cuántas te han pasado? —pregunté tomando la tarjeta— Ahí está su nombre: Luis.

Las escenas siguieron su curso en la TV frente a nosotros, pero mi mente se quedó en aquella tarjeta. Esa noche tenía planeado que fuéramos a probar suerte a la disco del resort, pero no tenía mucha fe en lo que pudiéramos conseguir ahí. El contacto de Rafi ofrecía mejores prospectos de tomas.

Luego de que mi esposa de la TV lanzara un beso a la cámara del celular, ésta se fue a negro. Rafi me abrazó del cuello y me dijo que le había encantado lo grabado. Le recordé que faltaban horas de post producción aún, y le pregunté sobre un tema que desde hacía unos minutos tenía secuestrada la atención del directorio y el equipo de producción (o sea: yo)

—Linda. ¿Qué dirías si le damos uso a esto? —dije sacando la tarjeta de Luis de mi bolsillo y sosteniéndola entre mi índice y anular, agitándola como un anzuelo.

Rafi se separó de mi pecho y me miró, expandió sus ojos y alargó sus labios.

—No sé... ¿se te ocurre algo? —preguntó bajando su voz.

—Lamarlo.

Rafi repitió su expresión de ciervo frente a los focos de un camión en la carretera.

—¿Y decirle qué?

—Que te quieres juntar con él. Que tu esposo llega mañana de algún lugar. Algo por el estilo.

—Ok... ¿y qué tendría que hacer?

—Sería una escena, amor. Me das unos momentos y preparo lo necesario.

—Mmm... ¿Tú quieres?

—Creo que potencialmente podrían ser las mejores imágenes de la película.

Rafi por fin sonrió. Aproveché su expresión para repetir una pregunta que no me había contestado:

—¿Quieres?

—... Sí, claro. Si piensas que es importante. Pero no sé qué hacer ni qué decir ni nada.

—Excelente, amor... Aunque yo tampoco lo tengo tan claro aún. Mandémosle un mensaje y

veamos cómo va la cosa.

—¿Ahora? —dijo echando su cabeza para atrás.

—Sí, amor. Mejor ahora. Así tenemos tiempo para la noche.

—Ok. Marquemos.

La vi comenzar a respirar rápido, sus labios perdían color.

Tomé su celular desde el velador y escribimos el primer mensaje:

Rafaela: “Hola, Luis. Es Rafaela, de la playa. Me diste tu tarjeta ¿Te acuerdas?”

Enviamos el texto y nos quedamos mirándonos, reímos sin mediar palabras. El teléfono vibró:

Luis: “Hola, Rafaela. Sí, me acuerdo muy bien ¿Cómo está? ¿La puedo ayudar en algo?”

Negociamos las palabras con Rafi y respondimos lo más rápido posible.

Rafaela: “Sí. Es que estoy aburrída. Me voy a quedar solita en la tarde, tarde—noche.”

La respuesta fue casi instantánea.

Luis: “Claro. Te puedo recomendar unos lugares a los que puedes ir. ¿Vas a ir sola?”

Rafaela: “No necesariamente.”

Luis: “Sería un placer acompañarte.”

Ambos sonreímos a la pantalla y luego entre nosotros.

—Ya lo tenemos. —le dije a Rafi.

—Así parece. —respondió mirando el celular.

—Si se juntan necesito que sea por el hotel. Tengo que grabar.

Incluimos mis necesidades en el siguiente mensaje:

Rafaela: “Qué lindo. Gracias, sí me ayudaría tener compañía. Pero que sea algo por el hotel, que no voy a estar solita mucho rato”

Luis: “No puedo contactarme con los huéspedes fuera del horario de servicio. Es política del hotel. Nos podemos juntar en la playa a la hora que digas y vamos a un lugar cerca, caminando. Un bar muy bueno.”

Mi esposa me subió sus cejas, yo le mostré mis dos pulgares a cada lado de mi sonrisa.

Rafaela: “¡Qué lindo! Encontrémonos entonces. ¿Puedes a las nueve y media por la silla del salvavidas?”

Luis: “Claro, Rafaela. Ahí estaré a las nueve y media en punto. Gracias por contactarme.”

Rafaela: “Gracias a ti. Me caíste muy bien. Quiero conocer la vida local”. —Mi esposa me miró y me dijo: *no podemos decirle eso, es demasiado lanzado*. Le respondí que sería mejor, pues no teníamos mucho tiempo. Rafaela expiró y apretó el *send*.

Luis: “Trataré de ser el mejor anfitrión posible. Nos vemos a las nueve y media. Ahí estaré”

Dejamos el celular sobre el velador y nos tomamos de las manos.

—¿Cómo te sientes, amor? —le pregunté.

Rafi se desinfló en una exhalación, recobró aire y me respondió.

—Uf. Bien. Creo que bien... Nerviosa, la verdad nerviosa.

—¿Miedo?

—No, no creo. Es tensión. Pero así es esto. —dijo con sonrisa serena, la sentí profesional, en control.

Ella no me preguntó si yo estaba nervios, pero si lo hubiese hecho le habría contestado que sentía el corazón golpeando el pecho como si fuera un ejército medieval intentando derribar la puerta de un castillo. Rafaela continuó.

—... lo malo es que queda mucho tiempo. ¡Brrr! —dijo sacudiendo su cabecita.

—Intenta relajarte, linda. La producción se hace cargo de todo lo demás. —dije sobando su hombro.

—Ok, tiene razón, director. —respondió respirando hondo y pausado, con los ojos cerrados. La había visto hacer eso antes de sus ocasionales audiciones.

—¿Salgamos a comer?

—¡Vamos! Buena idea. Seguro que aún podemos.

La comida estaba resultando un buen elemento de distracción.

Abandonamos la habitación y entramos al horno natural de la costa selvática, al momento ya estábamos frente al gran cubo de cemento blanco que era el restaurant del buffet. La gente de aseo trapeaba por las esquinas del lugar, la mitad de las fuente de comida ya estaban cerradas, algunas sillas invertidas sobre las mesas y el silencio contrastaba de infierno a cielo con el bullicio de la mañana. Me sentí mal mirado al sentarme, pero el hambre fue más irreverente que mi orgullo.

Rescatamos trozos de lo que quedaba y nos sentamos a comer cerca de uno de los ventanales que hacían de pared. Vacíé mi plato un par de minutos luego de que lo hiciera Rafi. Ella me miró alzando sus cejas, con sus manos caídas sobre su regazo y hombros contraídos hacia el centro del pecho.

—¿Qué harías, linda?

—No sé... —dijo mirando por la ventana al sol sobre las cabezas de los huéspedes.

—Yo me tomaría una siestecita... ¿Te tinca?

—Uy... no sé... vamos. A ver si caigo.

Nos paramos de la mesa y dos meseros se escurrieron entre nosotros para recoger los platos. Emprendimos una caminata silenciosa hacia nuestro cuarto. Estando frente a la puerta, mientras buscaba la tarjeta/llave en mi bolsillo trasero, Rafi me dijo:

—Ay, Rau. Es que no tengo sueño. —dijo estirando su labio inferior— Quiero salir a caminar. Estuve tendida toda la tarde.

Supuse que tenía razón.

—Anda, mi amor. Pero ten el teléfono a mano y me llames por cualquier cosa.

—Eres lo máximo. —dijo poniéndose de puntitas y dándome un beso en la mejilla— Vuelvo pronto.

La figura de Rafaela se fue haciendo pequeña por el pasillo, giró por la escalera y me cayó encima la soledad.

Entré al cuarto, el que me recibió con olor a bloqueador solar y toallas mojadas. Sonreí al ver el bikini rojo desparramado en el suelo frente a la cama. Me estiré sobre las sábanas desechas, puse mis manos detrás de mi nuca y cerré los ojos. Cientos de imágenes de Rafaela se peleaban por un espacio en mi imaginación: ella bajo las manos de Abel; frente a los ojos de la playa entera; con la cabeza del guarida entre las piernas. Entre aquellos pensamientos, mi conciencia me abandonó.

Desperté de mi siesta. Miré el reloj del velador, eran las siete y cuarto de la noche. Tomé mi celular sobre el velador y vi que había un mensaje de Rafi. Abrí la conversación. Eran fotos, la mayoría de aves extrañas y la puesta de sol.

Mientras sonreía a la pantalla escuché abrirse la puerta, seguido de pausados y lentos sonidos de pisadas que se pegaban y despegaban del piso. Rafi asomó un ojo por el borde de la pared. Al verme saltó frente a la cama, levantó los brazos y me gritó:

—¡Mi amor!

—Hola, linda. —dije aún con los ojos entrecerrados— ¿Te topaste con pajaritos bonitos?

—Sí. Muy locos. Anduve dando vueltas por los senderos. Me los topé cerca del restaurante mexicano. Me pasé a un café de por ahí.

—Qué bueno... Venga acá —dije dando palmaditas al espacio de cama desierta junto a mí.

Rafaela se sentó a mí lado y yo repose mi cabeza en su falda, abrazando su cinturita.

—Me dieron ganas de conocer el centro —dijo Rafi rascándome la cabeza— Vi un letrero y parece que está bonito.

—Claro. Podemos ir mañana si quieres.

—¡Vamos! —dijo mientras desordenaba mi pelo, como saludando a un perrito amigo.

Me senté en la cama junto a ella, pasé mis manos por la suave tela negra de las calzas que abrazaba sus piernas y le pregunté:

—¿Todo bien amor? ¿cómo te sientes para la noche?

—Bien. —dijo iniciando un golpeteo de su pie contra el suelo— Me hizo bien la caminata.

—¿Pensaste sobre la escena?

—Sí... entre otras cositas.

—¿Y qué pensaste de lo de hoy?

—... Que te amo. Que me haces muy feliz. —dijo con una sonrisa que me dio a entender que no bromeaba— ¿Y director? Supongo que hay vestuario para la escena de ahora, ¿no?

No me esperaba aquella pregunta. La cama en la que aún estaba acostado se encontraba tan desordenada como mi cabeza.

—Em, sí, claro...

Me senté en el borde de la cama y zamarreé mi cabeza, como tratando de quitarme un mal pensamiento. Rafi parecía divertirse con mi rostro confuso.

—... Eh. Hay un vestido. —dije levantándome y caminando hacia el closet del pasillo. Rafi me siguió con tímidos pasos.

Me agaché, paseé mis manos por su maleta y rescaté la prenda precisa, una que cumplía con varios requisitos que había meditado durante la tarde: resaltaba su trasero, lo que era importante si buscábamos seducir a un tipo que ya había visto sus pechos al desnudo; era corta y de fácil acceso a la intimidad de mi esposa, lo que sería beneficioso si la escena demandaba encuentros playeros; y era rojo, tal como el bikini de la tarde.

Enredé la pequeña bola de tela colorada en mi puño y se lo extendí a Rafi, quien asintió con la cabeza admirando mi elección. Tomó la prenda y caminó tres pasos al baño. La puerta se cerró frente a mí nariz.

El deber no sólo era de Rafi, yo tenía mis tareas. Agarré su bolsa y la llevé al sillón. Pegué la cámara de botón a esta como lo hiciera en la tarde y ajusté la cámara del collar para que grabara con poca luz. Miré por la ventana del balcón, la luna se veía gigante, blanca y manchada de grises, como el foco de una cámara gigante.

Cuan perro al escuchar una bolsa de alimentos abrirse, mi cabeza volteó por sí sola al crujir de la puerta del baño. Desde mi posición podía ver todo el pasillo. De la puerta primero salió un tacón rojo, luego una contoneada pantorrilla, de inmediato la dulzura de su muslo y finalmente, muy arriba de sus piernas, la tela roja ceñida a su cadera, amplia como un bote mirado de frente. Rafi se paró seductora fuera del baño, con el peso de su cuerpo reposando en su costado. El vestido abrazaba su estómago y se expandía en su pecho dejando a la vista la cima de ambos senos. Su cabello negro alisado caía por ambos lados de su rostro, el que me miraba sonriente, pero desafiante. Era una foto profesional en vivo respirando frente a mí.

—Increíble. —dije con restos de aire pasando por mi garganta.

—¿Te gusta? —preguntó ladeando sus rodillas unas sobre otras, con una falsa humildad que casi me chocó.

—Me encanta. Te ves increíble.

Nos miramos por unos segundos, yo con seriedad inocente, ella con sonriente orgullo.

—¿Esas son las cámaras de hoy? —dijo apuntando a los aparatos negros entre mis manos.

—Eh... sí. Sí son. Mira...

Me puse de pie y le mostré el collar y su bolso con la cámara.

—Estas dos van a ser las de hoy, amor.

Mientras ponía el collar alrededor de su cuello me preguntó.

—¿Y la de tu celular?... nos vas a seguir, supongo. Dijo frunciendo el ceño.

—Por supuesto. Siempre les voy a tener un ojo encima...

Rafi relajó su mirada.

—... por eso tenemos que estar en contacto por teléfono, Rafita. No puedes dejar que salgan de la zona hotelera. No conozco nada fuera de acá.

—Sí, sí. Ok. ¿Qué más...?

La conocía hacía muchísimos años, la había visto más que cualquier ser humano en el mundo, pero en ese momento, en esa situación, Rafi me impresionaba; su belleza inocente, su femineidad exuberante exagerada por el clima y la geografía; la razón de nuestra conversación. Todo me tenía algo fuera de lugar.

—Emmm... ¿qué más?... —dije mirando al suelo y dando golpes a mi pera con dos dedos— Sí, la cámara. La del bolso la tienes que tratar como cuando fuiste al masaje. Trata de dejarla apuntando a ustedes o a ti en todo momento que puedas.

—Ok. —dijo Rafi con sus formas militares.

—Ahora, la escena: él ya tiene claro que eres una mujer con pareja que quiere distraerse un rato, pero necesitamos que desde el comienzo sea evidente. Para eso, cuando lo veas, tienes que sacarte el anillo y guardarlo. Tiene que verte haciéndolo.

—Entiendo... algo como lo del guardia.

Era surrealista todo. A ratos me sentía fuera de mí. Traté de mostrarme seguro frente a Rafi.

—Claro, linda. Ahora, importante: pásalo bien. —dije tomándola de los brazos— Disfruta y relájate. Recuerda tu papel y que siempre estaré detrás de ustedes...

La cabeza de Rafi se movía como esas figuras cabezonas en el tablero de algunos taxis. Al escuchar mi última frase paró su bamboleo y me sonrió con la boca cerrada.

—Si lo pasas bien y sigues la escena, al terminar vas a estar para un Oscar.

—... O para un Raúl. —dijo cerrándome un ojo.

Carcajeé, pero me extrañé. Escuchar un chiste de Rafi era como ver a un gringo sin tatuajes, más extraño aún se me hizo escuchar uno en ese momento. Pudo ser los nervios.

—Dos cosas más, amor. Una: si crees que puede *pasar algo*, que sea en la playa, ojalá lo más cerca del resort.

—Ok...

—Y dos...

Caminé al cajón del velador y le pasé una pequeña caja de preservativos cerrada.

—¿Ok? —dije a Rafi con mis dos cejas lo más alzadas posible.

—Sí, ok. —respondió Rafi con sus pómulos alzados y carita agachada.

Miré mi reloj. Faltaban unos minutos nada más.

—¿Lista? —dijo nuevamente con mis manos en sus brazos.

Rafi subió y bajó su cabeza.

—Vamos.

La tomé de la mano y caminamos a la puerta. Rafi se detuvo frente al espejo junto a la TV. Aplastó algunos cabellos rebeldes que rompían la perfecta redondez de su cabeza. Al presenciar la imagen le pedí que se quedara quieta. Troté a su maleta y volví con una cinta negra que amarré en su cuello desde su espalda. La miré por sobre su hombro izquierdo y le dije a su imagen en el espejo.

—Perfecta. Ahora sí, perfecta.

—Espera —dijo Rafi dando un paso hacia la TV.

Tomó la botella de tequila, llenó uno de los pequeños vasitos de tubo y se lo empinó mostrando su elegante cuello de cisne cruzado por la ancha línea negra. Me miró por el espejo y me dijo:

—Ahora sí, perfecta. —sonrió cerrándole un ojo a mi reflejo por sobre su hombro.

Puse mi mano en su cálida cintura y la presioné hacia la puerta. Rafi dio media vuelta y caminó con mis manos en sus caderas. Cuatro o cinco sonidos de tacones contra el suelo y ya estábamos afuera. Al salir sentí lo que debería sentir un jugador de fútbol entrando a una cancha para un partido clave. Sería una velada de campeonato.

XIII

Llegamos al comienzo de la playa desde las palmeras. A lo lejos, entre varias líneas de árboles, se veía la punta de la silla del salvavidas con su gran quitasol ahora de brazos caídos.

Caminamos por el sendero de madera, Rafi con sus tacones en la mano. Cuando ya podíamos ver la silla desde su base me di cuenta que nadie estaba esperando. Nos detuvimos. Miré mi reloj, 21:27. Giré para llamar a Rafi a la paciencia, ella miraba a la silla parándose de puntitas. Abrí mi boca, pero ella habló primero:

—¡Ahí está! —gritó en voz baja apuntando hacia la silla.

Miré donde el dedo de Rafi me indicaba y noté una figura blanca que contrastaba con el telón de la noche.

—¿Segura?

—Sí... es.

Al detenerse al lado de la silla supuse que ella tenía razón. De pronto sonó una alarma desde el celular de Rafi, lo sacó de su bolsa, deslizó el dedo en él y sonrió.

—Sí, es él. Pregunta por mí.

—Genial. No le respondas.

—¿Por qué...? ... Ah... qué cruel. —dijo Rafi con sonrisa endiablada.

Luis comenzó a caminar en círculos. A ratos se detenía y un destello salía de entre su mano para iluminar su rostro. Luego de unos minutos le dije a Rafi.

—Dale, amor. Anda.

Rafaela tiró su vestido para abajo y su escote hacia arriba, pero la tela, rebelde, ya había decidido cual sería el calce ideal. Mi musa dio media vuelta, me besó en la mejilla y caminó hacia la hiperactiva figura encamisada junto a la silla del salvavidas.

Saqué mi celular y pegué un trozo de cinta adhesiva a las luces del aparato. Comencé a grabar en visión nocturna. En la pantalla la imagen grisácea de Rafi caminaba a paso lento entre la arena, con su bolsa colgando de un hombro y sus tacones alzados por sobre el otro. Luis continuaba con sus círculos hasta que pareció ver a Rafaela acercársele. Se detuvo y la contempló caminar hacia él. Faltando unos metros para su llegada caminó a su encuentro. Rafi abrió los brazos y la larga figura de Luis se metió entre ellos, se apretaron y distanciaron. Rafi lo miraba con la cabeza alzada, él le conversaba con las manos en los bolsillos y el cuello proyectado hacia adelante.

Intentando no perderlos de foco caminé hacia la playa. Separaba mis ojos de la toma sólo para asegurarme de no tropezar al bajar desde los tablones del sendero. Me senté en la arena. Cuando volví a enfocar a la pareja, Rafi estiraba su mano frente a Luis como si le mostrara el color de sus uñas. Mantuvo el gesto hasta que su otra mano se dirigió a sus dedos medios. *Se sacó el anillo*, pensé. Luego metió su mano a su bolsa, al retirarla Luis tenía extendida su palma, Rafi la tomó y caminaron por la orilla del mar con rumbo sur. La poderosa luna marcaba el contorno de la pareja en diagonal por la arena, los volvía gigantes y misteriosos. Esperé que se alejaran unos metros y caminé detrás de ellos desde el borde seco de la playa, junto a las palmeras, las que se agitaban en la oscuridad por el incesante viento cálido llegado desde el océano.

Caminaron a paso lento, como si sólo se movieran al ser empujados por la brisa. No podía ver más que la nuca de Rafi, pero sabía que reía, tal como podía ver que Luis lo hacía. Pasamos frente

a unos tres o cuatro hoteles cuando Luis se detuvo, tomó la mano libre de Rafi, pasó sus dedos detrás de una de sus orejas, dio medio paso hacia ella, bajo una mano hacia su cadera y agachó su largo cuello para caer en su boca como una abeja en una flor.

Las cabezas se movían como buscando la forma de encajar a la perfección. Los talones de Rafi abandonaron la arena y una de sus manos se sujetó de la nuca de su compañero. Pude sentir sus largas uñas rascando mi propia cabeza.

Al separarse, la pareja retomó su agarre de manos y, cambiando de rumbo, caminaron en dirección a los hoteles con la luna a sus espaldas. Tuve que guardar mi celular y mirar al océano rezando porque la sombra de las palmeras fuera suficiente camuflaje, pero ni siquiera miraron en mi dirección. Pude haber estado en pleno día, con un mono saltando en el hombro y no me hubieran notado. Caminaron hacia unos árboles entre dos hoteles. Al perderlos de vista troté hacia el último punto de contacto. Distinguí las figuras de Luis y Rafaela, avanzando por un sendero de arena entre dos grandes edificios flanqueados por tenebrosa vegetación. Era como un pasillo de selva que los empresarios hoteleros habían respetado por alguna extraña razón.

Luego de unos pocos minutos caminando por el sendero, éste comenzó a iluminarse por destellos de luz artificial, marcando a detalle el contorno alargado de Luis y el menudo de Rafi. La nueva iluminación hizo que me alejara unos metros de mi objetivo. La pareja llegó hasta una vereda de asfalto, por la que giraron a su izquierda, desapareciendo otra vez. Troté hacia el final del sendero, éste decantaba en una calle de la zona turística; larga, limpia y moderna; como si la selva hubiese recibido un elegante corte de cabello. Algunas edificaciones de no más de tres pisos se disponían a cada lado de la calle, lanzando luces de colores desde sus carteles a los charcos de agua dispersos por las veredas. Algunas personas deambulaban. Y, entre la gente, mi pareja objetivo. Estaban en la siguiente cuadra, parados frente a una ancha casa de madera. Luis hablaba con un robusto hombre en la entrada y Rafi, ahora con sus tacones ahora puestos, miraba el letrero sobre portero: “TexMex Bar and Grill”.

Luis y el tipo de la entrada chocaron puños, Rafi le hizo una pequeña reverencia y avanzó hacia el bar. Antes de entrar la vi levantar su cabeza, miró hacia la vereda desde donde yo la observaba, pero no encontró mis ojos.

Crucé la calle y esperé unos minutos para ver si se quedarían ahí. Delante de mí desfilaron alegres mujeres de piernas y mejillas bronceadas junto a tipos tambaleantes. Cuando mi espera ya era suficiente, caminé al local que se había tragado a Rafi y su nuevo amigo.

Avancé por el lado del tipo de la entrada, éste me sonrió y saludó con un movimiento de su brillante frente. Abrí la puerta di una mirada panorámica. Todo era de madera. Junto a mí comenzaba una larga barra con un cantinero calvo y barbón agitando una coctelera a ritmo musical mientras miraba un partido en la TV colgada junto a él. Frente a la barra había mesas, mesitas y mesones rústicos, todos medianamente habitados. El lugar se llenaba de ruidos vidriosos y palabrerías en español e inglés. Nadie me notó, salvo por una voz que me habló desde mi espalda:

—*¿Can I help you, sir?*

Di media Vuelta. Era un joven moreno con un delgado y curvado bigote.

—Hola. Eh, sí. Quiero una cerveza.

—¿Espera compañía?

—Mmm, no.

—Se puede sentar en la barra si lo desea.

—Claro, gracias.

Caminé a la barra y me senté cerca del cantinero, quien aún agitaba la pobre coctelera

mientras miraba la TV con el ceño fruncido. Al sentarme me miró, me sonrió y volvió su mirada amenazante contra la televisión.

Ordené la cerveza y volteeé hacia la gente, pero no pude encontrar a Rafi. Cuando llegó mi botella me levanté y comencé a caminar por el negocio. Al par de pasos me di cuenta que por el lado de la barra, opuesto a la entrada, el bar seguía unos metros más, hasta un ventanal cerrado. Ahí estaban ellos, a unos diez metros, sentados en una butaca de sillón y mesa larga; uno al lado del otro. Luis estaba con su espalda hacia la pared, moviendo su mano como si tuviera un cigarro entre los dedos. Rafi frente a él, de espaldas a mí, estirada, paciente, con sus hombros hacia atrás. Sus omóplatos desnudos creaban una forma facial. Me senté en una mesa pequeña que estaba frente a mí. Puse mi teléfono a grabar y lo sostuve en un ancho salero, en dirección a la pareja.

Por fin pude ver bien a la conquista de Rafi. Luis traía peinado de pelos parados, una nariz suavemente aguileña y quijada cuadrada, como de tostada. Sus ojos parecían una línea recta y su boca dibujaba una *U* que abultaba sus pómulos.

En la mesa, entre ambos, una larga botella de etiqueta dorada y contenido amarillento, a medio llenar. A cada lado de ésta dos vasos tequileros vacíos. Detrás del alcohol, la bolsa de Rafi, apuntándolos.

Me quedé ahí, en silencio. Contemplando mi cerveza y mirando de reojo a la pareja, quienes rieron y bebieron como viejos amigos. Halo de amistad que se transformó en romance cuando la espalda de Luis se separó de la pared y se acercó a la cadera de Rafi. Una de las manos del hombre se posó sobre la rodilla desnuda de mi esposa. El rostro serio de Luis avanzó hacia adelante hasta quedar escondido detrás de la cabeza de su cita. Ambas nuca comenzaron a moverse como lo hicieran frente a la luna en la playa, como lo hacen los botes amarrados que dan topes contra el muelle. La mano que Luis tenía sobre la rodilla de Rafi subió hasta tener un dedo bajo su vestido, su otra mano se acomodó en lo más profundo de la cintura femenina frente a él.

Cuando por fin las cabezas se separaron yo ya tenía la etiqueta de mi cerveza destrozada entre mis uñas. Ambos retomaron la conversación, pero la espalda de Luis no retornó a la pared y su mano no abandonó aquel suave muslo.

La botella bajaba y el ánimo de mi esposa subía. Lo que al comienzo eran gestos suaves de su mano al hablar, ya eran golpes a la mesa junto con carcajadas que la hacían mirar el techo de tablas. Él se veía complacido, casi enamorado.

Sentí una incomodidad nueva, aún más compleja que al verla ser penetrada por otro hombre; más extraña que cuando me contó de su aventura antes de casarnos. La vi dejar caer su mano sobre la de Luis que reposaba en la mesa y me tuve que decir a mí mismo: *Está actuando. Recuerda que está actuando.*

La botella entre ambos ya bajaba de la mitad cuando Rafi enderezó su espalda, bajó su vestido y se levantó de la butaca, miró alrededor, pero pareció no verme, luego caminó en dirección a una puerta con un pequeño cartel en el que se dibujaba el contorno de una mujer.

A penas Rafi desapareció, el mesero del bigote ridículo se acercó trotando hacia Luis, puso una mano en su hombro y con la otra le dio tres saludos de mano, de esos en que las palmas se deslizan unas con otras y vuelven en un choque de puños. Entendí que el tipo lo felicitaba por su cacería. Ambos reían.

Sonó mi celular, interrumpí la toma y contesté.

—¡Amor! ¡Ya te vi! —dijo Rafi.

Su voz y palabras fueron un bálsamo de calidez.

—Hola, amor. Qué bueno. Estoy cerca.

—¡Sí! ¡Genial! Eso me tenía preocupada. Y... ¿me ves bien?

—Muy bien, hermosa. Eres una experta. ¿Tú estás bien?

—Ay, algo tocada por el Tequila. Pensé en decirle que pidiéramos algo de comer, pero es muy mata pasiones ponerse a comer, ¿no?

Me dio risa su reflexión, aunque era cierta.

—Váyase con calma con el trago, mi amor, ¿ya?

—Claro, mi *dire* hermoso. Voy de vuelta... ¡Ah! Verdad, me llamó Kerstin, pero no le contesté.

—Usted tranquila, preciosa. Concéntrese en su escena y en pasarlo bien. Yo la llamo si quieres.

—Sí, por último, para que no me insista. Te amo, Rau.

Colgué. En la mesa Luis aún conversaba con el mesero, quien miraba de reojo hacia la puerta por donde había entrado Rafi. Cuando ésta se abrió, el tipo se dio media vuelta y caminó hacia la barra sin despedirse de su amigo. Rafi avanzó hacia su mesa. Las manos de Luis tenían buena memoria, pues cuando Rafi se sentó éstas volvieron al mismo lugar que estaban entre su cuerpo. Otro tequila, y los besuqueos, caricias y carcajadas se reanudaron. La cabeza de Luis se perdía en el cuello de Rafi, así como sus manos bajo su colorado vestido. De pronto la pareja miró hacia el bolso multicolor de mi esposa, ella se estiró hacia éste y sacó su celular, miró la pantalla, pasó su dedo por encima y lo volvió a meter en la bolsa. Miró hacia el bar, en dirección hacia mí, y luego volvió a atender a su compañero. *Kerstin*, pensé. Saqué de mi bolsillo una de las cámaras miniatura y la dejé grabando en el mismo lugar que tenía mi celular, apoyado en el gordo salero. Tomé mi teléfono y marqué a la alemana.

—*Hallo Kerstin. Ich bin Rubén, Rafaelas Ehemann. Wie geht es dir.* (“Hola, Kerstin. Soy Rubén, el esposo de Rafaela. ¿Cómo estás?”)

—Hola, Rubén. Estoy muy bien, ¿y ustedes? —me respondió en alemán.

—Bien, gracias. Me dijo Rafi que le marcaste. Ella no pudo contestar —dije volteando a verla intercambiando lengüetazos con el mesero del resort.

—Claro, sí. Estamos con unos amigos en un bar del hotel y queríamos juntarnos con la pareja más guapa de este lugar. —se escuchaba muy animada y con su voz algo rasposa. Había gritos y música en el ambiente.

—Gracias, Kerstin. —dije riendo— Esta noche no podemos. Andamos fuera del hotel. Pero será un placer compartir tiempo con ustedes en otro momento.

—¿Un placer? ¿así tanto?

—Claro, un placer.

Hubo una pausa. El ruido ambiente disminuyó.

—Vengan a nuestra villa. Les juro que lo pasamos bien. Como la otra vez, o mejor.

—Mañana sin falta, Kerstin.

—¿En serio? Ok... —dijo en voz baja— Le mandas un beso a tu esposa. Nos vemos.

—Claro, saludos a Rolff.

Luego de despedirnos le sonreí a la pantalla del celular. Volteé a ver a los amantes, quienes ya habían bajado tres cuartos de su botella. La falda de Rafaela se arremangaba por el contorno de su muslo revelando una curvatura de piel insoportable.

Luis levantó medio cuerpo y avanzó a lo cangrejo por la butaca. Rafi se levantó para dejarlo pasar. Él se paró frente a ella, le dio un beso en la mejilla y caminó hacia las puertas de los baños. Rafi me miró, sacó su celular y comenzó a dedear sobre él.

Sonó mi teléfono alertando el mensaje:

—Rafaela: “Vamos a ir a bailar a un lugar acá al lado ¿Está bien?”

—Yo: “Si, amor. Perfecto. Los sigo de cerca”.

Rafi cortó, pero siguió observando la pantalla de su celular. Con su mano libre marcó la disuelta partidura de su cabello, pasó un dedo por debajo de ambos ojos y extendió y apretó sus labios.

A los segundos regresó Luis, ofreció su mano a Rafi, ella tomó su bolsa, la mano de su compañero y se levantó. Al estar de pie, su rodilla derecha se dobló y Luis apretó su mano a la de Rafi, quien sonrió con ojos somnolientos. Luis dio media vuelta y avanzó entre las mesas con Rafi amarrada a su mano. Pasaron junto a mí, ambos con su mirada en la puerta de salida. Cuando estaban cerca de ésta Rafi apoyó sus hombros en el costado de Luis y puso una de sus manos en el bolsillo trasero de su pantalón. Casi de inmediato Luis bajó una mano desde el hombro de Rafi hacia su resumida espalda, en ese punto en que sus rígidos oblicuos desembocan en la blanda curvatura de su trasero. Sin abandonar la postura Luis abrió la puerta y desaparecieron por ella.

Lancé unos billetes sobre la mesa y salí detrás.

La calle estaba bastante más viva que hacía nos minutos. Una camioneta negra pasó a marcha lenta con manos saliendo de sus ventanas junto a una explosión de música de trompetas y sintetizadores. En frente, del otro lado de la calle: ellos. Entraban a un edificio blanco de dos pisos, “Fiesta del Carmen” decía en neones verdes, blancos y rojos. Un flujo de cabezas negras y amarillas eran el torrente sanguíneo del local. Mujeres en minifaldas, hombres de peludos pechos asomados entre camisas abiertas completaban la escena.

Crucé la calle y entré al local. Olor a sudor y cerveza; obscuridad interrumpida por rayos de luz multicolor. El club era como una casona antigua condicionada, con un pasillo largo conectado a la entrada, caminé entre la risueña muchedumbre. Irremediablemente me sentí como un padre buscando a su hija. Lo único que me hizo sentir joven fue una linda chica morena de vestido corto y cabello ondeado, quien pasó a mi lado, agitó sus dedos y pronunció un “Hola” sin sonido. En otros años hubiese corrido tras ella, pero ya no estaba en esos juegos y esa noche tenía una misión.

Seguí hurgando en las piezas, metiendo mi cabeza en cada una de ellas desde el pasillo. Hasta que llegue al final de aquel callejón interno, el que se dividía en dos grandes espacios, uno con una pobladísima barra, y otro con una pista de baile iluminada tenuemente por una bola de un millón de espejitos. Ahí, casi debajo de la bola extraterrestre, estaban Luis y Rafi, abrazados y moviéndose a un ritmo bastante más lento y pronunciado que el que sugería el ritmo de la música. Algunas parejas y grupos de gente gritándose los rodeaban. Sólo podía ver bien a mi objetivo cuando uno de los rayos de luz chocaba contra ellos. A veces sus cabezas estaban pegadas y otras separadas. A veces las manos de Luis estaban en la cintura de Rafi y en otras estaban aferradas a sus nalgas.

Saqué mi celular y traté de grabar, pero era imposible, la cámara no lograba entender si había demasiada luz u obscuridad total. Ahí, frente a mi esposa y su amante, era un camarógrafo sin cámara, un director sin tomas. Nunca fumé, pero sentí que necesitaba un cigarro.

Rafi no hacía ni esfuerzos en mirar a su alrededor. Su cabeza estaba fija en su pareja del momento, y ese momento no era mío.

Miraba a mi esposa, admirable, deseable, hasta que un dedo en mi hombro me hizo despertar. Volteé, bajé mi mirada y vi a la linda morenita que hacía unos minutos me había saludado en el pasillo. Hizo el mismo gesto con dedos. Miré sus hinchados labios rojos y párpados caídos. Movié su boca, pero no escuché el mensaje. Me acerqué y le entendí:

—Hola, ¿quieres bailar?

Miré por sobre mi hombro a Rafi enterrando su cara en la de Luis. Y respondí:

—Por supuesto.

La tomé de la mano, pequeña y fría, y la llevé al centro de la pista, cerca de mi objetivo. Mi suela se pegaba al piso como si ambos estuvieran cubiertos de cinta adhesiva. La música era algo entre cumbia, reggaetón y electrónica. Traté de coordinar mis hombros y pies al ritmo.

—¡Me llamo Araceli! —dijo poniéndose de puntitas.

Fragancias de flores y ron entraron a mi nariz desde su boca.

—Hola, Araceli. Me llamo Raúl. —dije volteando a Rafi y Luis, quienes seguían con las miradas pegadas.

—¿Andas solo?!

—... Sí, ¿y tú?

—¡Más o menos! —dijo apuntando a una maraña de tentáculos de dos pulpos humanos entre los que se distinguían una despeinada mujer rubia y un tipo con camisa rayada— ¡Esa es mi amiga!

Pude distinguir un marcado acento de clase alta, de esos que terminan en bocales largas y pareciera que todo fuera pregunta. Araceli continuó una gritada conversación de la cual participé muy poco. Mi atención estaba capturada por la pareja de atrás de nosotros.

Sentí la rodilla de mi menuda pareja adentrarse entre mis piernas, volteé a mirarla, ella ya traía sus ojos casi cerrados, contrario del tamaño de su sonrisa. La tomé de su cintura, su vestido era áspero, pero me derretí en la fragilidad del fino cuerpo debajo de éste. Por un minuto olvidé mi misión, el rudo general con mando central en mi entrepierna estaba dándome nuevas órdenes. La rodilla curiosa parecía intentar palpar mi hombría sobre mi pantalón, que en ese punto de la noche era como picar a un león con un palo.

Abrazado a Araceli giramos hasta estar junto a Rafi y Luis. Tratando de actuar natural puse a mi pareja de espaldas a mi esposa y la empujé con suavidad. Rafi se volteó con sonrisa de “disculpas”, pero, al verme, en medio segundo su cara cambió de relajada a ojos saltones y boca estirada hasta parecer solo una línea blanca.

Luis le dijo algo, Rafi volteó hacia su compañero y luego rápido hacia mí. Un rayo de luz amarilla me permitió ver su boquita de herradura volteada y cejas tan alzadas que pudieron tocar su línea de cabello. Yo la miré como tratando de decirle “¡sorpresa!”. Rafi devolvió su atención a Luis, pero empezó a moverse en el baile para quedar frente a mí. En ese momento puso su mano en la nuca de su amante, me miró como tratando de atravesarme con la mirada y adelantó su boca a la de su galán para besarlo. Mi erección palpitaba más que mi ya exaltado corazón. La chica se pegaba a mí, mirando a mi cinturón y mi rostro con intermitencia.

Rafi sostuvo su mirada desafiante cuando bajó sus manos al trasero de Luis. Le sonreí y descendí mis manos a las menudas porciones de Araceli, quien agitó su cadera al contacto, levantó su carita y me miró con la boca entreabierta. Rafi respondió ondeando su cuerpo sobre la de Luis, quien acarició el costado de su estómago hasta llegar a uno de sus pechos. Mi esposa pegó su boca a la oreja de su amante pareciendo respirar sobre ella. Me sentí abrumado, nublado, a punto de explotar en mi pantalón.

Los labios de la pequeña morena entre mis brazos magnetizaban los míos. Mi mente se encontraba absorta, babeante sin saber qué hacer. De pronto sentí una patada en mi pantorrilla que me hizo trastabillar. Volteé y Rafi ya no estaba, miré hacia el otro lado y la vi siendo arrastrada de la mano por Luis, su carita de desconcierto fue lo último que vi antes de que se perdieran por el

pasillo por el que habían llegado.

Mi corazón saltó y un golpe adrenalínico me dio a entender que no había sido buena idea distraerme. Tenía que salir de inmediato de ese lugar, pero tenía colgando de mi cuello a una inspirada joven que parecía contar con mi compañía.

Congelado, pensé en decirle que iría al baño y no regresar. Me dolió el corazón con la sola idea, pero tenía que salir en ese instante.

—¿Pasa algo? —dijo Araceli deteniendo su baile ya solitario.

—Sí... Tengo que ir al baño. ¿Me esperas?

—¡Claro! No te demores —dijo agitando las pestañas.

Morí de la pena.

Di un paso hacia atrás y la abandoné en la pista, a pesar de los reclamos de mi sentido de culpa y mi yo primitivo que no entendía cómo estaba abandonando una oportunidad clara de aventura sexual.

Empujé algunas espaldas por el oscuro pasillo hasta llegar a la fiesta callejera. Desesperado busqué a la parejas entre la multitud de cabezas. A lo lejos los vi entrando al camino de arena que nos trajo hasta ahí desde la playa. Rafi miraba hacia atrás. Levanté mis manos, pero no me vio. Troté la cuadra y media hasta el sendero, distinguí sus contornos a unos veinte metros, saqué mi celular, le escribí a Rafi: “*Los veo*”, apliqué el filtro de visión nocturna y los seguí. Al par de pasos vi que Rafi se detuvo, metió una mano a su bolsa, un rayo de luz iluminó su rostro y luego se apagó, retomando el camino. Al menos sabía que había visto mi mensaje.

El ruido y la iluminación artificial fueron disminuyendo. Volvíamos a la selva orgánica y desordenada. Los misteriosos sonidos de pájaros retornaban a mis oídos.

A los cinco minutos llegaron a la playa, pero en vez de virar hacia el norte, al hotel, lo hicieron hacia el sur. Caminaron de la mano por el borde del mar, con la luna como único reflector del teatro de mi actriz. Rafi traía sus tacones en una mano y la otra en la cintura de Luis. Los seguí a la distancia, pegado a las paredes de los hoteles y las filas de palmeras.

Cada paso que nos alejaba del resort aumentaba mi incomodidad. La playa estaba desolada, los hoteles que atravesábamos se hacían cada vez más pequeños y viejos. Llegaron finalmente a un largo roquerío que cruzaba la playa como si un gran submarino hubiese encallado hace milenios. Me detuve a lo lejos para ver qué harían. Luis se trepó en la empinada pared rocosa. Desde arriba extendió su mano a Rafi, quien apoyó uno de sus pies en un peñasco salido y se impulsó por la fuerza del brazo de hombre. Al llegar arriba ambos caminaron como si lo hicieran sobre una cuerda floja en dirección hacia el mar, hasta que, de repente, como si los succionara el centro del roquerío, desaparecieron.

Corrí hasta la parte de la roca que se conectaba con las palmeras. Por aquel lado tenía medio metro más de altura. Logré treparme al tercer intento. Una vez arriba me maravillé por medio segundo de la luna sobre el mar, luego miré hacia la formación rocosa y entendí lo que había pasado: llegando al mar la roca continuaba con sus paredes, pero en el centro se convertía en un agujero de playa. Era como un bunker en medio de la larga y accidentada piedra. No los podía ver, pero, por descarte, era evidente que estaban ahí. Nuevamente me sentí como un desconcertado espectador, peor, cuando ni siquiera los podía ver. Los dioses del cine tendrían que guiar a mi Rafi para que capturara la acción con su bolso o su collar.

Me agaché lo que más pude y vigilé la guarida. A ratos podía distinguir movimientos, pero no definir lo que veía.

Luego de nueve minutos y medio desde que la pareja desapareciera, una mano se posó en la

cima del roquerío y detrás de ésta se levantó una cabeza. Me acosté de estómago en la piedra mojando parte de mi camisa. El primero en salir fue Luis, quien desde la cima impulsó con su mano a Rafi. A penas ella estuvo sobre la piedra, Luis se lanzó hacia el lado de la playa, se volteó y extendió sus manos hacia su compañera. Rafi flectó las rodillas en el borde dos veces antes de dar un pequeño salto y caer de pie entre los brazos de Luis. Se dieron la mano y caminaron hacia el norte. Esperé a que sus alargadas sombras se alejaran para descender del roquerío.

Ya no tenía nada que filmar, salvo su despedida, así que emprendí paso doble por el lado de la playa alejado del mar. Los rebasé y no me detuve hasta llegar a nuestro hotel. Me senté en la arena frente a la pared de palmeras y esperé que sus figuras se acercaran a la silla del salvavidas.

Los empecé a grabar. Venían a paso de anciano, con sus manos entrelazadas y sus brazos libres colgando en el vaivén de sus hombros. Se detuvieron varios metros antes de llegar a la silla del salvavidas. Luis se puso frente a ella. Conversaron inmóviles por un par de minutos. Rafi posó una mano en el pecho de su amigo y se impulsó para besar su boca con un topón de labios. Al descender metió su brazo en la bolsa, le enseñó el dorso de su mano a Luis e hizo deslizar sus dedos por el anular. Luego agitó la misma en despedida, dio media vuelta y caminó hacia el sendero de madera detrás de la pared del hotel. Luis se metió las manos en los bolsillos y cargó su peso en su cadera derecha mientras la vio retirarse. Al contacto de Rafi con la propiedad del hotel, Luis dio vuelta hacia el sur y caminó tan lento como llegó.

Bajé mi celular desde adelante de mi cara. Sentí el alivio empujando mis preocupaciones para sacarlas por mis pies y dispersarlas por la arena.

No deseaba nada más en la vida que mi esposa rellenara con su experiencia lo que no alcancé a ver. No me decepcionaría.

XIV

Me levanté de un salto y troté liviano hacia nuestro edificio. En tres zancadas estuve en el pasillo del tercer piso, ahí vi a mi esposa cabizbaja hurgando su bolsa frente a nuestra puerta.

—¡Amor! —le dije acercándome.

—¡Lindo! —murmuró Rafi en un grito ahogado, volteando a verme con carita sonrojada y ojos como rayitas.

—¿Cómo estás? —le pregunté tomando sus manos.

—Muerta, mi amor.

Abrió sus brazos y rodeó mi cintura. Dejó caer su oreja en mi pecho, acaricié su espalda y rasqué su cabeza húmeda.

—¿Entremos? —pregunté.

—Vamos.

Pasamos por la puerta, la senté en la cama y me hiqué frente a ella. Se encorvó. Su carita se veía más roja con la luz del cuarto. Su boca sonreía, pero su mirada no encontraba la mía.

—¿Todo bien, linda? —pregunté posando mis manos en sus rodillas.

—Sí, amor. —respondió mirándome al fin. Sonriendo, pero aún con ojos perdidos.

—¿Cansada?

—Mucho. Y un poco pasada de copitas.

—¿Te quieres bañar?

—Sí, pero todavía no. —dijo poniendo sus manos sobre las mías.

—Dime. ¿Cómo te fue?

—Bien. Resultó. —respondió con ojos expandidos— ¿Pudiste grabar?

—Sí, casi todo. Salvo la disco y el rato que estuvieron en las rocas...

Rafi espetó una corta carcajada.

—... ¿Todo bien ahí? —pregunté.

—Sí. Pasó.

—¿Me quieres contar?

Me quedó mirando mientras una sonrisa se formaba en su rostro en cámara lenta.

—No sé... no sé.

—¡Cruel!

—Para que veas. —dijo levantando un dedo represor— ¿Te cuento desde el principio mejor?

—Sí, mejor. —dije sentándome a su lado.

—Pero no te sientes todavía. —dijo poniendo su mano en mi rodilla, para luego apuntar con su pera a la bandeja con el tequila y los vasitos.

—¿Quieres uno?

—Quiero uno contigo. Ahí te cuento.

Tomé la botella, lancé dos chorros a los vasos y le ofrecí uno a Rafi. Ella lo alzó frente a su carita y me dijo: *Por la película*. Subí mi vaso y lo empiné por mi garganta al mismo tiempo que mi actriz. El fuego hinchó mi cuello y se expandió por mi estómago para devolver un escalofrío hacia mi cabeza. Al retornar la vista al frente Rafi me miraba entretenida.

—Rico, ¿verdad?

—Mucho. ¿Ahora sí?

—Sí, ven.

Me senté a su lado. Ella subió una pierna a la cama para ponerse frente a mí. Su vestido se trepó hacia el último tercio de sus muslos. Manchones de arena se repartían por sus piernas.

—Bueno... —dijo estirando con las manos el pedazo de cubrecama que estaba debajo suyo— Nos juntamos donde el salvavidas y me quité el anillo.

—¿Le dijiste algo?

—Sí, pero no me acuerdo. Algo como: *voy a guardar esto por ahora*. —dijo Rafi mostrándome el dorso de su mano.

—¿Y él?

—Se rio y dijo que *qué bueno* o algo así. —Rafi acercó su cabeza a mí y en tono de secreto me dijo— Andaba con corte de pelo nuevo.

—¿Se pasó a la peluquería?

—Sí. Tenía el pelo bastante más largo en la tarde.

Ambos reímos.

—Bueno. —dijo Rafi— Guardé el anillo y le pregunté que dónde iríamos. Me dijo que a un lugar cerca del hotel, pero que podíamos llegar por la playa.

—Y partieron.

—Y partimos.

—¿Qué hablaron en el camino?

—Mmm... estaba media nerviosa aún. Me preguntó de mí, que de dónde venía, con quien y esas cosas.

—¿Qué le dijiste?

—La verdad, a medias. Que soy colombiana, que vengo de Alemania y que estoy casada.

—La verdad, entonces.

—PERO, le dije que mi esposo trabaja todo el día y nos llevamos muy mal. —dijo poniendo dos dedos tapando sus labios.

—¿Te preguntó eso?

—No me acuerdo, pero se lo dije.

—Excelente. Y luego...

—Me dijo que eso estaba mal, que la playa era para divertirse y ser feliz y otras cosas como medias místicas de la vida y blablablá.

—Y te dio un beso.

Rafi miró a sus manos aun estirando la cubrecama, sonrió y me respondió.

—Sí. Entremedio del discurso ese.

—Y ¿qué tal?

—Bien. —dijo apretando su boca, formando una ranura de buzón— Tranquilo.

—Sí lo vi. ¿Y tú me viste?

—No. Al principio te busqué, pero me di cuenta que estaba mirando mucho para todos lados y eso se podía ver raro para Willi.

—¿Willi?

—Luis... le dicen Willi.

—Ok... ¿y luego?

—Nos metimos a ese camino de playa.

—¿Hablaron?

—Sí. Me hablaba de dónde íbamos, me decía que era un lugar muy agradable y que lo iba a pasar bien.

—Ya estaba relajado el hombre.

—No. No lo sentí así. De hecho, creo que iba nervioso. Como que en los silencios se reía incómodo y esas cosas.

—... Y luego llegaron a la calle.

—¡Sí! No me lo esperé así —dijo Rafi con cejas alzadas— Se veía muy divertido, lleno de gente. Me hubiese gustado estar contigo.

—Lo estabas. —dije cerrando un ojo.

—Ay, tú sabes. —respondió golpeando una de mis manos sobre mis piernas.

Capturé su mano con la mía y la acaricié. Rafi hizo un pequeño puchero y me reclamó:

—Ahí me dio cosa no verte por ninguna parte. Me dio miedo que nos perdieras. Y peor cuando Willi... *Luis*, me llevó atrás. Quedamos medio escondidos.

—¿En qué momento me viste?

—En un rato que miré para atrás y te vi sentado lejos, poniendo tu celular en la mesa.

Reí.

—Tomaron su buen tequila.

—Ni idea si era bueno, pero ¡uf! Era fuerte. —dijo abanicando su carita con su mano— Ahí sí que sí él se relajó.

—¿Y tú?

—También. Pero yo hace rato estaba metida en el papel.

—Vi que dejaste bien puesta la cámara de la bolsa.

—¡Sí! me preocupé de eso. Ojalá que se grabara todo bien. —dijo mirando a su bolsa junto a ella.

—Hubo su besito.

—Sí, y más. Por eso te digo que entró en confianza.

—¿Qué fue el *y más*?

Rafi volvió a apretar sus labios.

—Me tocó. Piernas. Cadera. Por acá. —dijo Rafi haciendo un círculo con su dedo sobre su escote.

—¿Y tú?

—¿Yo?... me dejaba. Le decía que qué rico y esas cosas para animarlo.

—Genial.

—Por ahí me llamó Kerstin. ¿La llamaste?

—Sí. Luego te cuento. Tú continua, ¿luego qué?

—Luego fui al baño y hablamos. Cuando volví seguimos en lo mismo, pero ya me decía cosas más subidas de tono.

—¿Comooo...?

—Como que era la mujer más linda de la playa, que tenía un cuerpo maravilloso y eso.

—Al menos no miente tu Willi.

—¿Tú dices? —dijo Rafi curvando su cadera con falsa modestia— Bueno. La cosa es que me dijo que fuéramos a bailar al frente. Y partimos.

—Los vi. Fui detrás, pero la calle estaba llena y se me perdieron. Por suerte los vi entrar a la disco esa.

—Era rara, ¿verdad?

—Sí.

—Pero la música era muy buena.

—Mmm... no sé.

—A mí me gustó.

—El tequila ayuda, seguro.

—Ay, pesado. Pero sí, me imagino que ayudó. —dijo tapando su boca en medio de una risotada— Y ¿cómo nos encontraste?

—Me metí en todas las piezas.

—Y se te pegó una niñita parece. —dijo retirando su mano de mis piernas y estirando su espalda.

Me eché hacia atrás sonriendo.

—Pues sí, digamos que se me pegó.

—¿Cómo estuvo eso?

—No los pude grabar con mi celular, así que me quedé parado ahí en medio de la pista como tonto. Esta chica llegó y me pidió bailar. Se me hizo buena idea para acercarme.

—Mmm... *acercarme* le dicen ahora. Yo te vi muy contento.

—Era una niña, mi amor. La que estaba contenta eras tú. —dije moviendo mis cejas.

—Sí, pero yo estaba en escena.

Eso era discutible, pero no lo iba a hacer.

—Tienes razón amor. No fue buena idea.

—Ay. No la culpo tampoco. De verte solito ahí también hubiese probado suerte.

—Así te conocí. ¿Te acuerdas?

—Claro que sí. —dijo con rostro iluminado, retornando sus manos a mis piernas.

—Y sígueme contando. Vi con manos sueltas a tu Willi.

—Pues sí. Estaba muy... *animado*, digamos.

—¿Cómo lo notaste?

—Sus manos, su respiración... su... cosa.

—¿Se lo tocaste?

—Entre rose y rose. Ahí traté de bajar las revoluciones. Pero te vi con la niña. —dijo frunciendo el ceño— Y como que eso me hizo ponerme al ataque con Willi.

—Sí lo noté.

—Y no fue buena idea, porque ahí ya se puso como toro. Me tomó de la mano y me dijo que fuéramos a un hotel por ahí, para estar solos.

—¿Un hotel?

—Sí. Le die que no, que por nada. Que fuéramos a la playa, que tenía que estar cerca por si me llamaba mi marido.

—Excelente.

—Me dijo que conocía un lugar por la playa y me tironeó para salir de la disco. Te pegué un puntapié como pude, porque estabas *distraído*. —dijo cargando su voz en la última palabra— ¿Cómo quedaste con la niña?

—Le dije que iba al baño y me fui.

Rafí cambió su cara de enojo simulado a uno de genuina compasión.

—¿En serio? Pobre.

—Sí sé, pero tenía que salir corriendo como fuera. Y por suerte lo hice porque a penitas los vi entrando al callejón ese.

—Ni tan de suerte. Como no te veía salir me quedé haciendo tiempo con idioteces. Dije que me había mareado y necesitaba aire, luego me saqué los tacones de la manera más tonta que pude imaginar. Al final ya Willi se estaba poniendo nervioso.

—Pero los vi. Te mandé un mensaje.

—A la mitad del camino me llegó. Ahí ya me tranquilicé.

—Y llegaron a las rocas.

—¡Sí! En el camino me dijo que sería algo como un roquerío, pero no me imaginé eso.

—¿Cómo era?

—¿No nos viste?

—Los vi subir la roca y luego meterse a un hoyo. Sólo eso.

—¡Uf! Era maravilloso. —Rafi miró hacia la ventana del balcón, a un costado atrás de mi espalda— Era como una mini playa escondida. Como del porte de la mitad del cuarto. Hasta llegaba el mar a donde estábamos. Precioso.

—Genial. ¿Pudiste grabar?

—Sí. Eso creo. Colgué la bolsa y el collar en unas piedras salidas.

—¿Él no te dijo nada?

—NADA. Andaba pensando en otra cosa supongo.

—¿En qué? —dijo con una ceja levantada.

—En lo que pasó.

—Y eso sería...

—Que lo hicimos... —dijo sonriendo.

—Ya pues, Rafi...

—Ok... —dijo con una carcajada— Fue loco.

—¿Cómo?

—Va... Nos besamos de pie, hasta que lo sentí listo ahí abajo. Se recostó en la arena y yo me puse acostada de lado sobre él. Me besó, me tocó y yo se lo saqué.

—Perfecto. ¿Te hablaba?

—No, nada...

—¿Y luego?

—Lueeegooo. Bajé... Le hice un oral. —dijo escondiendo sus labios en su boca.

—¿Preservativo?

—No, mi amor... perdón. Es que no sabía si traía más de uno, y quería usarlo en otra cosa, tú sabes. La cosa es que se fue casi de inmediato.

Le había dado una caja con tres, pero no polemicé.

—¿Eyaculó?

—Sí.

—¿Ahí? —dijo apuntando a su boca.

—¡No! Cuando lo sentí hinchado me lo saqué, se fue en su camisa.

Reí en compasión.

—Pooobre. Lo tenías demasiado loco. Seguro llevaba caliente como dos horas. —continué riendo, ya con más sentido de burla.

—Pero no terminó todo ahí.

—¿Ok...?

—Le saqué la camisa, me saqué el vestido y me subí arriba de él. Traté de reanimarlo moviéndome sobre su cuerpo.

—¿Funcionó?

—Tardó, pero sí. Cundo ya estaba duro de nuevo saqué un preservativo de la bolsa, él protestó, pero le dije que tenía que ser así y aceptó cuando lo saqué del envoltorio y me lo puse en la boca.

Imaginé la escena. Yo hubiera aceptado lo que fuera al ver a esa mujer desnuda con un preservativo entre los labios.

—Se lo puse y luego me senté en él.

—¿Y? ¿Bien?

—Increíble. —dijo abriendo sus ojos de golpe.

—¿Tanto así?

—Más que todo por el lugar, la escena. Escuchaba el mar a mi espalda, me llegaba viento de frente. Él, no sé, como desesperado.

—... ¿Y terminaron así?

—No. Cambiamos y me puse en cuatro patitas, mirando el mar.

—Wow...

Le sonreí lo más que pude sin abrir mi boca, Rafi me imitó.

—Mirando la luna... —complementé.

—Sí, así mismo. Luego me dijo que ya no aguantaba más. Me salí, me hiqué delante de él... le saqué el preservativo y me quedé ahí, esperando. —dijo subiendo su rubor y bajando su cabeza.

—¿Dónde te cayó?

—Aquí —dijo apuntando a su boca.

—¿Adentro?

Respondió afirmando con la cabeza en cámara lenta.

—¡Por dios, algo de eso tiene que estar grabado! —dije tomándola del brazo y tirándola para sentarla en mis piernas. Rafi se acomodó— ¿Y después?

—Ahí ya salimos y caminamos al hotel.

—Wow, wow y más wow... Te dijo algo al despedirse, ¿verdad?

—Sí, que lo había pasado espectacular, que era una mujer increíble y esas cosas. Me dijo que él no le diría a nadie, pero que yo tampoco podía, porque lo pueden echar por lo que habíamos hecho. Luego me puse el anillo y le dije que *volvía a mi vida*. Ay, esa línea me quedó perfecta.

—Así lo vi todo: perfecto.

Nos vimos sonrientes, cómplices, amantes riesgosos; sucios amantes. Pasé un mechón de su cabello detrás de su oreja. Acaricié sus pómulos. Besos, su cadera se movió sobre mi entrepierna, liberé sus senos e hicimos el amor con fiereza y velocidad, como una pareja que sólo se desea, sin amor. Luego caímos enredados de piernas.

Paraíso... y aún me faltaba revisar las cámaras.

XV

—Amooooor... amooooooooor.

Escuché murmurar a Rafi en mi oído.

—Ya van nueve horas. —agregó.

—¿Nueve horas? —dije restregando mis ojos, tratando de centrar mi cabeza.

—Sí. Nueve horas durmiendo. Y el día está nublado. Buuu. —dijo Rafi caminando hacia el balcón y apoyándose en el marco del ventanal cerrado.

—Seguro cambia pronto. Así es por acá.

—Pues no le veo que vaya a cambiar pronto. —dijo mirando al horizonte.

Rafi ya estaba vestida con su atuendo de gimnasio. Yo me levanté, me puse mis shorts desparramados por el piso y me paré detrás de ella.

—Uf... tienes razón, linda. No se ve bien.

Grisés abultados manchaban el cielo hasta donde la vista podía llegar. Lejanas líneas de agua caían desde el manto triste de cielo, como si una gotera gigante se hubiese desatado entre las nubes.

—Quiero playita —se lamentó Rafi contra la ventana.

—Mmm... quizás podemos hacer otra cosa. ¿No me dijiste que querías ir al centro? Quizás ahora es buena idea.

—¡Eso! ¡Eso! —dijo Rafi volteando a verme. Luego giró su cabeza hacia el insolente nubarrón y agitó su puño contra él— Pero tiene que salir el sol más rato, tiene que salir.

—Va a salir —dije sin creerlo— Desayunemos acá y salimos, ¿te parece?

—Claro, claro... Pero pasó algo ayer.

—¿Cómo? —dije ladeando mi cabeza.

—Ayer mientras dormíamos.

—¿Qué pasó?

Rafi me dejó parado frente al ventanal, caminó al velador, tomó su celular y me lo pasó.

—Mira la foto que me mandaron.

Aleje la pantalla de la luz del ventanal y me topé con la imagen de Rafi en toples. Era una foto de la tarde pasada. Senos al aire, su cabeza estaba tapada por el sombrero. Su cuerpo brillaba tanto que quemaba partes de la captura.

El corazón me saltó, pero me calmó la cara despreocupada de Rafi, casi entretenida.

—Me la mandó Kerstin.

Me relajé al conocer el remitente, pero aún no salí del desconcierto.

—¿Kerstin?

—Sí. A las tres de la mañana la envié.

—¿Te sacó la foto en la tarde y te la mandó en la madrugada?

—Sí, con unos mensajes. Míralos.

Abajo de la foto se escribía en alemán “*Qué lindura me encontré en la playa*”, a los diez minutos “*Vengan acá. Estamos en la villa*”, a los diez más: “*¿Los vamos a buscar?*”. Luego, un largo salto hasta las ocho de la mañana: “*Rafaela, mil perdones por la foto y los mensajes. Se nos pasaron las copas. Espero por favor que no estés resentida conmigo. Te juro que la foto ya*

ha sido eliminada. Espero me disculpes”

Miré el último mensaje dibujando un círculo en mis labios, intercambiaba mi mirada entre la pantalla y mi sonriente esposa.

—¿Qué piensas? —me preguntó Rafi.

—No sé, no sé. Algo se trae esta señora.

—¿Cómo así?

—Mira lo que te mandó. —dije apuntando a su celular.

—¿Qué piensas, pues?

Sentí que Rafi sabía lo que le diría, pero quería escucharlo de alguien más.

—A ver, recapitulemos: Te mandó una foto de ti misma en toples y te alabó hasta las uñas de los pies. Anduvo de obsesiva para que nos juntáramos con ellos ayer en la noche y la madrugada, confesando además que andaban medios ebrios...

Rafi me miraba asintiendo con su cabeza.

—... Cuando nos conocimos la vi muy alegre conversando contigo, de la nada agarró confianza, ¿no?

—Mmm... sí.

—¿Te acuerdas de lo que hablamos con ellos en su habitación?

—Más o menos.

—De sexo, la libertad de Berlín y esas cosas. ¿Te acuerdas?

—Entonces... dices que quieren algo —dijo en voz baja.

—Algo quieren. Sí. Eso creo.

—¿Qué sería? —dijo Rafi pellizcando tiras de piel de la punta de sus uñas.

—Tú sabes, mi amor —le respondí ladeando mi cara.

—¿Estás seguro?

—No, pero casi casi. Si quieres la puedes llamar y vemos por dónde va la cosa.

—¡No! —dijo sonriendo, con hombros apretados— No sabría qué decirle.

—Dejémoslo así un rato entonces. Que piensen que estás enojada.

—Ay, tampoco así. Si llaman les contesto.

—Deben estar muertos si anduvieron de fiesta hasta tan tarde.

—Pues sí.

—Y yo también... Me voy a bañar y salimos a comer algo, ¿va?

—Va —respondió Rafi sin dejar de jugar con sus dedos.

Le entregué su teléfono, esculqué un cambio de ropa en mi maleta y me metí al baño. En esos minutos de soledad bajo el ruido constante del agua mi mente recapituló algunas de las escenas de los últimos días. Si no lograba una buena película, al menos estaba viviendo un reality show maravilloso.

Al salir al cuarto escuché la voz de Rafi desde el balcón, con el celular en la oreja y la vista hacia el plomizo horizonte. Al contrario del paisaje, ella se veía animada. Distinguí palabras en alemán, por lo que imaginé que conversaba con Kerstin. Supuse que la charla les tomaría un tiempo, así que aproveché el lapso para atender algo que me tenía ansioso: revisar las cámaras de la escena recién pasada.

Saqué la cámara de botón de su bolsa y descargué lo grabado en mi computador. Imaginé que no tendría tiempo para revisarlo todo, por lo que sólo me fijé cómo se había grabado cada escena.

Durante su tiempo en la playa fue poco lo que se capturó con claridad. La luna ayudaba bastante a la iluminación, pero el movimiento de la bolsa distorsionaba todo. La primera buena

toma se dio en el bar, con Rafi dejando la cámara frente a ellos. Resistí los impulsos de ver los besos y caricias. Luego, en el club, tampoco se pudo ver nada. Todo era negro y a ratos rayos de luz se cruzaban quemando la imagen. De vuelta en la playa pasó lo mismo que al principio, hasta que llegaron al lugar entre las rocas. Ahí me fue imposible avanzar rápido. Milagro y alegría, la cámara grababa casi perfecto. El lugar, como bien dijo Rafi, era realmente lindo, como una porción minúscula de una playa virgen.

En la toma, Rafi y Luis se besaban, ambos de pie. Podía verlos de perfil. Luego se recostaron en la arena. La nuca de mi esposa se movía delante del rostro de Luis mientras agitaba su mano sobre la entrepierna del hombre. Ella empezó a bajar por el torso del mesero dando pequeños besos hasta llegar a su ombligo, luego su boca tomó posesión de su pene. La cara del hombre se contorsionaba sufriente, como si le quitaran pelos de las piernas con pinzas. Al momento su boca dibujó una redondela gigante, Rafi apartó su cabeza y dos chorritos blancos saltaron desde su entrepierna para caer en el centro de su camisa.

Sonreí.

Rafi se sacó el vestido por la cabeza, se hincó al lado de Luis y desabotonó su camisa hasta despojarlo de ésta. Se acostó sobre él y movió sus caderas sobre la ingle del pobre mesero mientras lo besaba con lentitud y detalle. Me llamó la atención verla dominando la escena; silenciosa, sonriente y bajo control.

Rafi se levantó, salió de foco y la toma se movió bruscamente. Al volver a quedar fija, apareció Rafi con un preservativo en la mano. Luis levantó su cabeza desde el suelo y le dijo algo, pero luego volvió a recostarse en la arena. Rafi acomodó un preservativo en su boca y lo hizo descender hasta la base del pene frente a ella. Se paró con sus pies a cada lado de la cintura de Luis, y bajó hacia él. Dejó caer sus manos al pecho de su amante y comenzó a agitar su tren inferior de atrás hacia adelante en un suave y pronunciado ritmo. Su cabello se agitaba tapando su rostro como si fuera un pesado velo negro. Luis se veía serio, quizás concentrado, con sus manos reposadas sobre los muslos de Rafi. De pronto ella miró al cielo, asomando su naricita de ardilla y sus pómulos abultados. Su cadera cambió sus movimientos de lineales a circulares, creando una contracción de dolor en los ojos de Luis. Si en algún punto la visión pudo ser romántica, ahora era salvaje.

De pronto una explosiva risotada de Rafi desde el balcón me distrajo de la revisión de las tomas. Ya no estaba sentada, hablaba por su celular apoyada en la baranda del balcón, el perfil de su cara trazaba una sonrisa.

Volví a mi revisión, en la que Rafi, de la nada, detuvo el delirio de sus caderas en seco. Miró el rostro de su compañero, parecieron discutir algo. Luego Rafi se paró y al instante lo hizo Luis. Ella se puso de rodillas frente al mar y dejó caer sus manos hacia la arena como una lobita aullando a la luna. La toma captaba a Luis de rodillas detrás del respingado trasero de Rafi. Dirigió su hombría hacia la entrada de mi mujer y comenzó a mover su cadera en un veloz e impaciente taladreo. Ambos rostros apuntaron al cielo.

De pronto el rostro de Luis se contrajo como evitando un gran estornudo. El trasero de Rafi se separó de su conexión, salió de escena, Luis se levantó y al segundo apareció Rafi hincada frente al plastificado e hinchado intruso que la penetró. Ella tiró el preservativo desde su punta, agitó el anaranjado pene y miró hacia el rostro del extasiado mesero. Un chorro fue escupido por el miembro y fue a dar en la frente de Rafi, quien echó su cabeza para atrás en una suerte de reflejo. Agitó dos veces más al rudo escupidor y lo metió en su boca, generando dos muecas extrañas en sus ojos. Luego de unos segundos retiró el cilindro de entre sus labios, marcando una sonrisa en

éstos. Sin darme cuenta tenía mi mano pellizcando mi propia erección, ni idea desde cuando había empezado, pero sentía la mente nublada.

Cuando veía a la pareja del video vestirse, el sonido de la ventana corrediza me anunció el regreso de mi Rafi. Se veía contenta, serena. Se dejó caer a mi lado.

—Cuenta, con quién hablabas. —exigí a penas la vi a mi costado.

—Nos ama.

—¿Qué? ¿Quién?

—Kerstin. Le gustamos.

—¿Qué? ¿gusta—mos?

—Sí. Eso creo.

—Cuenta. No entiendo.

—Va... —dijo pasando sus manos por su trasero para sentarse— La llamé...

—¿La llamaste tú? —dije sonriente.

—Sí, pesado. Y estaba media muertita. Con voz rasposa.

—¿Caña?

—Sí. Mucha. La cosa es que le pregunté de su carrete y ella me preguntó de nuestra salida de ayer.

—¿Qué le dijiste?

—Que salimos a bailar a unos bares de por acá y eso.

—Ok... ok...

—Luego hablamos de todo, de Alemania, de Berlín, de teatro; sabía bastante. Ella fue bailarina en el municipal de Berlín —dijo Rafi subiendo ambas cejas, como si me dijera que había ganado un nobel.

—Pero ¿por qué dices que le gustamos?

—Uy, impaciente. Bueno la cosa es que al final ya empezamos a hablar de lo de las fotos. Le pregunté por qué me la había sacado y me dijo que le pareció divertido verme ahí, y que le parecía muy linda.

—Ayayai... —dije interrumpiendo.

—Me dio nervios, pero me hice la seria. Le agradecí y le dije que era un cumplido viniendo de una mujer como ella.

—Perfecto.

—Luego me dijo que nos juntáramos en la noche, y yo le dije que sí. Y... y como que enganchó, se puso directa. Me dijo que podíamos tomar algo y pasarlo bien, y quizás nos sentimos... *libres como en Berlín*—dijo lento y pronunciado, como si le hablara a un extranjero.

—¿En serio? —pregunté con ojos expandidos.

—Así mismo.

—Wow... ¿Qué le respondiste?

—Que me parecía muy divertido y esas cosas, que seguro te gustaba la idea. Y ahí ya empezamos a despedirnos. Le tengo que confirmar en un rato más.

—Wow... perfecto... ¿Qué opinas?

—Mmm...

—¿Crees que quieran que pasar algo?

—No sé... creo que sí —dijo poniendo una mano sobre la mía en su rodilla.

—¿Escena?

—... Escena.

—Ok. Decidido.

—Uf... Ok... ¿Cómo la preparamos?

Rafi se había metido en tareas de la producción, pero lejos de causarme un conflicto de ego, la idea me encantaba.

—No sé. Vamos a tener que ver en el momento, amor.

—Nos queda mucho rato para la noche.

—Vamos al centro si quieres.

—¡Sí! —dijo Rafi poniéndose de pie de un salto.

Tomé la mano a mi Rafita y nos dirigimos a la recepción del hotel. En el camino mi esposa miraba al cielo como rogándole al sol que se dejara ver. En la entrada del hotel nos asignaron un taxi, nos sentamos atrás y partimos al centro de Playa del Carmen.

—¿Cree que va a salir el sol, señor? —preguntó Rafi al chofer.

La rolliza espalda del hombre desbordaba por ambos lados del asiento. Con voz grave le respondió.

—Acá nunca se sabe, señorita. En diez minutos puede salir el sol o se cae el cielo lloviendo.

Rafi miró por la ventana, luego a mí y simuló un exagerado puchero infantil.

Nos bajamos donde comenzaba la calle principal. Parecía que mucha gente había tenido la idea de aprovechar el día nublado en el centro. La calle era peatonal, ancha. A ambos lados de ésta se erguían hileras de negocios de diversos tamaños y colores con todo tipo de ofertas; desde sencillos tacos hasta extraños pececitos que te comen la piel muerta de los pies. Lo más común eran restaurantes y vendedores de tours de camisa amarilla y tablas de apuntes en sus manos.

Paramos frente a un restaurante con una gran terraza de madera, todo pintado de negro. En el cartel de neones se leía en manuscrita "In Tacos We Trust". Demasiado gracioso como para no parar a comer algo.

—¿Tacos? —pregunté.

—¡Tacos! —respondió.

Nos sentamos en una mesa de madera tipo camping, próxima a la calle, por la que desfilaban coloridos transeúntes de variopintas formas y razas; la mayoría con una sonrisa en el rostro.

—Viste, linda. Acá está la gente por lo visto.

—Sí, la verdad.

—La juventud.

—Mmm. Hay de todo —dijo Rafi apuntando a una parejita de ancianos de cabecita de algodón sentados en la mesa vecina, con sus caras enterradas en el menú.

Mientras comíamos sonó el celular de Rafi. Lo sacó de su bolsa, pasó sus ojos por la pantalla y me dijo sonriendo:

—Es Kerstin.

—¿En serio? ¿Qué dice?

Reí.

—Dice que nos invitan a un lugar.

—¿Nos invitan?

—Sí, a cenar. A otro hotel.

—¿Otro hotel?

—Sí, a un tal *Golden Beach Paradisus*.

—Mmm. A ver.

Tomé mi celular y busqué aquel hotel de la invitación. Desde la página ya se intuía lujo, pero

las tarifas alejaron cualquier duda.

—Amor —dije a Rafi— Una noche ahí vale *noviecientos cincuenta dólares*. —dejé mi boca abierta al terminar la frase.

—¿¡Qué!?! Ay, ¿En serio? Qué presión... ¿Vamos o no?

—¡Vaaamos! Por supuesto que vamos. Ten en cuenta que nos están invitando y, además, se sienten medio culpables.

—Pero no traje nada como para un lugar así.

—Pues compramos —dije apuntando con mi palma abierta a las infinitas hileras de negocios que nos rodeaban.

—Pues, sí —dijo Rafi riendo, mirando a los negocios— ¡Vamos! ¿Qué le respondo a Kerstin, director?

—Mmm... dígale que aceptamos complacidos y que tenemos muchas ganas de verlos.

—Ok...

Un escalofrío me sacudió mientras veía a Rafaela escribir en su celular. Miré hacia la calle, la marea humana se escurría festiva por la avenida.

—Listo —dijo levantando su carita desde su celular.

—Oye, amor. ¿Y qué crees que se trae Rolff? —le pregunté.

—¿Cómo así?

—Que sabemos más o menos lo que se trae Kerstin...

—¿Qué sería eso? —interrumpió Rafi.

—Mmm. Al menos es... curiosidad.

Rafi asintió.

—... Pero de Rolff no sabemos mucho.

—¿Piensas en algo?

—Sí. Que quizás ellos tienen *directora*. Si entiendes a lo que me refiero —dije con intención de suspenso.

Rafi calló. Me miró ladeando su cabecita.

—Te entiendo. Puede ser.

—Ya veremos.

—¡Ay! ¡Que nervios! —dijo apretando sus puños sobre la mesa.

Sonó el teléfono de Rafaela, lo levantó, sonrió a la pantalla y me pasó el aparato. Kerstin respondía con iconos de aplausos, corazones, copas de champagne y gorritos de cumpleaños. Luego un: "*Genial. Nos vemos en la recepción a las ocho y media*".

Ocho y media, Una hora bastante alemana para salir de fiesta.

Devolví su teléfono a Rafi y le dije:

—¿De compras entonces?

—¡Sí!

Pagamos y salimos a la calle principal. En un movimiento rápido nos sumamos a la corriente humana. Luego de algunos pasos sentí el brazo de Rafi cruzarse por mi pecho, deteniéndome en seco. Volteé a verla. Ella apuntaba a una tienda junto a nosotros, en la que dos maniqués descabezados con cuerpos metálicos posaban con cortos vestidos de noche.

—Ahí, ahí —dijo Rafi agitando su índice.

Entramos. Nos recibió el sonido de una campanita y un agradable olor a vainilla. La tienda era un espacio de impecable blanco de piso a techo. Dos mujeres de unos cincuenta años nos miraron desde detrás de un mesón. Una de ellas se pegó a mi mujer como una rémora y entre ambas fueron

reflexionando sobre lo que Rafi necesitaba.

Mi actriz se puso cuatro prendas hasta que salió del probador con una nos hizo asentar con la cabeza a los tres. Se veía preciosa. Rafi abrió sus brazos, apoyó su peso en su pierna derecha y se dejó admirar. Era un vestido negro, con intrincados patrones de encaje en la parte de arriba, pegado a su cuerpo, con hombros y brazos desnudos. Abajo se conectaba una falda lisa, larga y pesada, tanto que casi se arrastraba por el suelo. Lo llamativo eran dos larguísimos cortes en los costados de la falda, los que terminaban muy arriba en sus caderas, creando un sensual juego de piel y tela al caminar.

Guardamos el outfit y tacones negros en una gran bolsa de papel y pagamos con los fondos comunes.

—¿No será muy caro, amor? —dijo Rafi afirmada en mi brazo mientras pasaba la tarjeta a la cajera.

—Gastos de la producción, linda. Lo vale, y acuérdate que el vestuario es un Oscar en sí mismo.

Rafi rio hasta que apareció el precio en la pantallita de la caja y escondió su cara en mi brazo.

Ya eran las cinco de la tarde y para esa noche a mí me bastaba con una camisa planchada. Así que, sin más, tomamos un taxi y volvimos al resort.

Por el sendero hacia nuestro edificio sentí un par de gotas caer en mi nariz. Rafi enrolló la bolsa de papel y la escondió en su estómago.

Ya en el cuarto, me lancé a la cama. Rafi se puso a los pies y me preguntó.

—¿Qué quieres hacer, Rau?

—Descansar un poquito, amor. Ven —dije estirando mi mano sin levantarme— Veamos que hay en una tele mexicana.

Rafi se quedó pensando unos segundos. Avanzó hacia mi mano, la tomó y se dejó caer junto a mí, enrollándose con mi brazo.

En Berlín no teníamos televisión. Cuando llegas a un país donde no dominas el idioma la TV es un trabajo, no una relajación, por lo que nos acostumbramos a no tenerla. Luego de hacer *sapping* por cincuenta canales recordé el por qué no tenía tele.

Por la ventana el día retrocedía. El amarillo se había puesto naranja y éste ya casi era devorado por negro. Me sentí peligrosamente adormecido. Agité mi hombro para saber si mi Rafi había caído o no. Un gruñido sin movimiento de su cabeza fue señal de que también estaba cediendo al sueño.

—No podemos dormir, amor. ¿Quieres que te haga un cafecito?

—Ay, serías el mejor hombre del mundo —respondió con voz entrecortada.

Me levanté de la cama con cuidado de no zamarrear a mi cansada mujer. Caminé al único rincón de la habitación que no había explorado, donde había una mesita redonda con una máquina de café, una bolsa de granos y dos tacitas tan chicas que parecían pérdidas del juego de té de una niña.

Miré la máquina rojinegra como un cavernícola observaría un iPhone. La rodeé con los ojos. Apreté un *switch* y una luz verde apareció. Apreté un botón en la parte trasera y la luz se puso amarilla. Puse el grano en la portezuela de la superficie y salió una luz roja de la base que empezó a tintinear velozmente.

—¡Ah! ¡Te odio! —grité al aparato.

Suaves carcajadas llegaron desde mi espalda.

—Rau. Deja eso. Mejor bajemos y pedimos un café.

—Pero... ¿y lo del *mejor hombre del mundo*?

Rafi comenzó a reír con la cara enterrada en la cama. Se levantó y caminó hacia la escena de mi derrota. Acarició mi mejilla.

—Cualquiera hace un café. Solo tú me haces feliz.

Me sentí más cálido que el agua del café.

—¿Vamos? —dijo Rafi con dulzura de abuelita.

—Vamos, amor.

Bajamos a un pequeño puesto de café que estaba alrededor de la playa. Era un carro blanco de madera adornado con flores de plástico. Al centro del arreglo floral, un serio y regordete hombre con pelos parados y gesto de turno en día feriado. Ni ganas me dio de hablarle. Apunté a una de las tazas y levanté dos dedos. Sin respuesta el tipo comenzó a manipular la humeante máquina frente a él.

—No todos son tan amables, parece —dije a Rafi al dar la espalda al carrito del café.

—Pobre. Capaz qué se trae —agregó Rafi mirándolo por sobre mi hombro.

La piscina sin gente mostraba un paño líquido impecable. Debajo, en el fondo, tímidas luces artificiales hacían que brillara como si fuera una fuente sagrada.

Rafi apuntó al carrito con su pera, me di media vuelta y ahí estaban los dos cafés, sobre la tabla frente al acido barista. Le hice un gesto de ojos, tomé los vasos y caminé a unas sillas a unos pasos. Rafi me siguió.

—¿Cómo estamos para la noche? —dije con ambas manos sobre su vaso de café

—Bien. Contenta de que por fin estemos los dos.

—Sí. Verdad. Creo que lo vamos a pasar bien.

—Seguro —dijo Rafi acercando sus rodillas a mis piernas.

Conversamos del clima, de cómo sería visitar Canadá, de la posibilidad de hacer un tour por la selva, de mi miedo por las serpientes (aunque nunca he visto una), y terminamos hablando de las repentinas ganas que tenía por un whiskey. Hasta que Rafi miró su reloj.

—Amor. Ya son las siete. Me tengo que ir a cambiar.

—¿Tan antes?

—Es una producción —dijo Rafi, algo ofendida.

—Claro, claro. Muy bien. Vamos.

Entramos al cuarto. Rafi tomó la bolsa con su atuendo y la llevó al baño.

—¿Quieres pasar antes de que pase yo? —preguntó.

—No, amor. Paso luego. Tómese su tiempo.

La observé bien antes de que su cabecita entrara al baño. Sabía que la próxima vez que la mirara se vería muy distinta.

Mi proceso fue sencillo. En diez minutos ya estaba con camisa, pantalón y zapatos. Un reloj y algo de cera en el cabello.

Desde el baño se escuchaban sonidos de ducha, secador de pelo, extractor de aire, tacones contra el suelo. Hasta que por fin se oyó el de la puerta abriéndose. Me detuve en el centro de la habitación, atento al pasillo. De entre restos de nubes vaporosas salió Rafaela en gloria y majestad; milagro de mujer. Se detuvo en el pasillo y se dejó admirar. Traía el rostro marcado por maquillaje, como en los primeros años de conocerla. Ojos enmarcados en gruesas líneas negras, labios como dos gordas cuncunas rojas. Cabello relamido en una coleta con partidura de lado; se veía más seria, adulta; un halo sagrado, pero de misa negra. La tela de la falda casi tocaba el suelo, pero las rajaduras de ésta llegaban a lo más pronunciado de cada cadera. Según su postura

su atuendo podía ser atrevido o conservador.

Ella me miraba analizando mi cara, como si lograra interpretar mejor cómo se veía por las reacciones de mi rostro que por lo que le dijera el espejo. Apunté a sus oscuras piernas asomándose por su falda.

—¿Medias?

—Sí —dijo abriendo la rajadura de tela para mostrar su pierna envuelta en oscuros tejido de alitas de hadas. Abajo, su tacón lanzaba una cinta hacia su tobillo, envolviéndolo de forma tan delicada que lo hacía parecer un elegante cuello.

—¡Oh! —dije poniendo una mano sobre mi cabeza— Me vas a matar.

—¿Sí? —dijo Rafi bajando su cabecita y mirándome por arriba de sus ojos.

—Estás... ya ni sé qué decirte. —Me acerqué a ella y la tomé de las caderas— Eres la mujer más... No sé. Me puedes matar, quédate con eso.

Acomodé mi boca en su cuello y la besé. Respiré su piel, pasé mis manos por su falda hasta llegar a su trasero; suave y llenador. Rafi dejó escapar un gemido largo, luego me interrumpió.

—Amor. Me encantaría, pero ahora sí que no hay tiempo. —dijo poniendo sus palmas en mi pecho.

—¡Ah! —grité al techo— Tienes razón. Y estoy seguro que ese par de alemanes van a estar ahí a las ocho y media en punto.

—Seguro.

—Espera, esto y ya. —Saqué de mi bolsillo el collar cámara y se lo dejé caer por el cuello.

Rafi lo acomodó en su pecho, volteó hacia el espejo junto a la TV.

—Mmm. Se ve raro, pero igual le va —dijo cambiando el ángulo de su tronco frente a su imagen.

—Estás perfecta —dije asomándome por sobre su hombro— ¿Vamos?

—Vamos —respondió dando una media vuelta.

XVI

Por los senderos nos sentí como una pareja rumbo a un matrimonio. Lo estirado de nuestra apariencia se descoordinaba con la natural sencillez de la selva al rededor. Llegamos a la recepción diez minutos antes de lo acordado. Los anfitriones no se veían por ningún lado.

—Viste —recriminé a Rafi— hubiésemos alcanzado a *algo*.

—Claro. Y llego con los pelos en la cara y el rímel en las orejas.

Reí.

—Podemos hacer tiempo ahí —dije apuntando al bar de la recepción.

—¡Vamos! —dijo Rafi tomando mi mano y guiándome al lugar.

Nos sentamos en la oscura barra de piedra. El vestido de mi esposa se escurrió por las rajaduras mostrando dos apetecibles piernas, las que se cruzaron soberbias. Se nos acercó un pequeño barman con una cinta de cabello bordeando su frente. Le pedí dos margaritas, los que preparó en segundos. Chocamos los vasos, nos miramos a los ojos y dimos el primer sorbo.

De alguna manera me sentía bebiendo junto a una desconocida. No sabía si era mi percepción o si sus modos de hecho habían cambiado, pero la sentía más seria, sofisticada; interesante.

Rafi daba la espalda a la recepción, por lo que fui yo quien primero vio llegar a la pareja amiga. Ambos estaban parados frente a la ventanilla de la recepción. El bar estaba a un costado, a unos diez metros, pero no nos vieron.

Kerstin había sacado su celular y pasaba sus dedos sobre él. Vestía un simple y elegante vestido rojo de delgados tirantes, adherido a su esvelto cuerpo de bailarina retirada. Su dorado cabello estaba relamido en una cola dejando a la vista unos largos pendientes plateados: digna sensualidad. Rolff estaba erguido a su lado, mirando hacia el otro lado del bar. Vestía tan sencillo como yo, pero sumando un blazer azul marino con un pañuelito blanco asomado desde el bolsillo de la solapa, lo que acentuaba su estampa empresarial.

Pegué un suave codazo a Rafi y apunté a los alemanes con mi quijada. Ella los miró. Empecé a agitar mi mano desde el bar hasta que Rolff me vio. Éste llamó la atención de su esposa y caminaron sonrientes hacia nosotros. Desde ese momento, y por toda la noche, conversamos en alemán:

—¡Hola, chicos! —dijo Kerstin mostrándonos su palma derecha.

Nos levantamos y cruzamos nuestras manos entre los cuatro.

—Te ves muy linda, Rafaela —dijo Kerstin.

—Gracias. Tú igual. Me encanta tu vestido.

—Gracias. A mí el tuyo.

—Lo tuvimos que comprar hoy.

—¿En serio? Espero no haberlos complicado con la invitación.

—Para nada —interrumpí— A demás que vale la pena por verlas así —dije apuntando a ambas con mi palma hacia arriba.

Las chicas agradecieron entre risas. Rolff sonrió y agregó:

—Falta tiempo para las reservaciones. Podemos tomar algo acá —dijo apuntando al vaso que yo traía en la mano— Pero les recomiendo que bebamos allá. Vale la pena, es mucho mejor lugar.

El uso del alemán fue buen instrumento para no ofender a los meseros.

—Claro. Vamos —dije abandonando mi vaso sobre la barra junto al de Rafi.

Me despedí del barman con gesto de ojos y caminé con el grupo hacia la puerta principal del hotel.

—El taxi debe estar por llegar —dijo Rolff mientras miraba a ambos lados de la calle.

—Por mientras —dijo Kerstin— Tengan en cuenta que la especialidad del lugar donde vamos es cocina francesa. Así que vayan pensando en patos, sopas y vino... y, por supuesto, gracias por aceptar la invitación, chicos.

—Al contrario —respondí— Muchas gracias por invitarnos. Nos hacía falta una noche así.

Rafi estaba bastante callada. Se limitaba a sonreír y a asentir a lo que hablábamos.

Llegó el taxi. Un Lexus azul de vidrios polarizados que expelía clase. Rolff abrió la puerta trasera, por la que entraron Kerstin, Rafaela y luego yo. Él se sentó adelante. La rubia conversó de viajes con mi esposa los quince minutos del trayecto. Por lo visto los alemanes eran viajeros frecuentes. A Rafi le llamó la atención que habían visitado Canadá y la interrogó al respecto. A la llegada al hotel donde comeríamos, Rafaela ya se reía con mayor soltura, su cuerpo se veía distendido.

La entrada del hotel parecía un palacio de la India. Grandes rectángulos de perfecto césped eran atravesados por un ancho camino de piedras lijadas. Por éste se pasaba entre dos enormes estatuas plateadas con forma de jaguares en posición de ataque. Al final se llegaba a dos innecesariamente altas puertas rojizas. Arriba de ellas un gran letrero de madera: *Golden Beach Paradise*, junto a cinco grandes estrellas doradas. Bajamos del taxi y un portero de abrigo y gorra roja salió a nuestro encuentro. En un muy quebrado español Rolff le explicó al empleado que teníamos reservas en el restaurant del hotel. El portero hizo una reverencia y nos pidió que lo acompañáramos.

Por dentro el espacio estaba coloreado de negro y oro, a luz tenue. Floreros gigantes sobre mesas pequeñas. Altos candelabros que parecían nubes de cristales. Algunas personas reposaban en los sillones de cuero.

El portero nos hizo un gesto desde la base de una larga y curvada escalera de mármol. Caminamos hacia él y subimos por las escalas junto al rítmico sonido de los cuatro tacones de nuestras damas. Me pegué a Rafi, tomé su mano y le sonreí con cejas levantadas.

Al llegar al segundo piso el portero se paró frente a nosotros. Nos dijo que a su derecha estaba el restaurant, y a la izquierda el bar, donde podríamos esperar hasta que nuestra mesa estuviera lista. Rolff respondió con un “*Gracias*” nasal y sin *erre*.

Caminamos a la izquierda. El bar se asemejaba a la recepción: negro, dorado y de luz ligera. Botellas de distintos colores eran exhibidas delante de una pantalla blanca. Frente a ellas tres trabajadores con corbatas de moño conversaban. Olía a mañana fresca. Por algún lado salía un suave jazz de trompetas y platillos. Casi no había gente. Nos sentamos en dos sillones alrededor de una mesa baja. Rafi a mi lado y enfrente los anfitriones. Se acercó uno de los meseros desde la barra. Pedí un whiskey en las rocas, Rolff me imitó. Su esposa fue por un vodka y la mía por su Margarita.

Las chicas retomaron su conversación, sentadas una frente a la otra, con las rodillas juntas y ladeadas. Ambas movían sus manos y se sonreían. No presté atención al tema, las piernas de porcelana de la esposa de Rolff aportaban a la distracción, las que delgadas se asomaban por la liviana tela roja, descendían por unas cincelados pantorrillas hasta llegar a tacones colorados.

—¿Verdad que habían de esos pescaditos...? —me dijo Rafi. Levanté la mirada y los tres pares de ojos estaban sobre mí.

—Eh... sí. ¿Qué pescados?

—Esos que te muerden los pies. Estamos hablando del centro, *perdido* —eso último lo dijo en español.

—Sí. Hay de esos. ¿No han ido aún? —pregunté a la pareja al otro lado de la mesa.

—No. Pensé en ir a buscar de mi medicina por allá —dijo Rolff— Pero me ayudó el chico de la playa.

Les contamos de lo que vimos en el centro, luego ellos nos hablaron de los lugares que sí habían visitado en la semana: museos, antiguas iglesias, ruinas prehispánicas.

Pasado un momento me separé de mí mismo y observé la escena: las mujeres conversaban con los hombros proyectados la una hacia la otra. Rolff me hablaba de la arquitectura de la ciudad recostado en el respaldo de su silla. Me envolví en un ambiente bastante agradable.

Cuando iba por la mitad de mi segundo whiskey llegó un mozo a decirnos que nuestra mesa estaba preparada. Nos levantamos, las chicas plancharon con sus manos sus estómagos y caminamos al restaurant. Rafaela se abalanzó hacia mi brazo, se tomó de él, se echó aire con la mano y me dijo en susurro *juf! Me sube rápido el tequila*. Golpeé su mano sobre mi brazo y reí.

El restaurant era similar al bar, pero mucho más largo y alto. Había unas diez mesas en dos hileras, la mitad ocupadas —no entendí la necesidad de hacernos esperar—. El mozo nos situó en una mesa redonda con un largo mantel blanco. Rolff le hizo un gesto con el dedo al mesero, quien se acercó a su oído. El hombre se retiró y a los segundos volvió sosteniendo una botella de vino sostenida en su antebrazo. Rolff me miró y me dijo:

—Del valle de Casa Blanca. Chileno.

—¿¡En serio!?! —exclamé con ganas de pararme, poner una mano sobre el corazón y cantar el himno.

—Sí. Sólo en los restaurantes franceses fuera de Francia encuentras vinos que no sean de allá. Así que, en tu honor —dijo tomando la botella y poniéndola frente a mí.

—Pues qué buen detalle.

Pedimos cuatro platos de pescado: dos lenguados y dos salmones. El mío estaba bastante bueno, pero nadie habló de la comida, el protagonista era el alcohol.

Las mujeres habían acercado sus asientos y parecían viejas amigas. El fino paño blanco del rostro de Kerstin se había ruborizado, sus ojos se hacían pequeños, sus delgados labios se extendían alegres. Rafi sonreía a su nueva amiga mientras jugaba con el collar entre sus dedos, pensé en recordarle que tenía una cámara entre las manos, pero no quise perturbar su momento.

De todo lo hablado entre ambos, el tema que pareció más disfrutar Rolff fue el criticar algunas cosas de Berlín, como el hippismo y la obsesión por la guerra y la culpa.

—El país no va a llegar a tener futuro si no deja de pensar en el pasado —Sentenció Rolff mirando el vino agitarse de lado a lado en la copa sobre su palma.

—Alemania va a tener futuro pase lo que pase.

—¿Tan seguro? —dijo Rolff mirándome, para luego dar un sorbo de su copa.

—Claro. Lo estoy. Llegué al país cuando tenía 20 años y en este tiempo lo he visto crecer muchísimo.

—¿Lo encontraste muy distinto a Chile?

—¡Un universo distinto! —dije soltando una risotada— Yo venía de un pueblo en Chile, ni si quiera de la capital, tranquilo. Y a la primera fiesta que me invitan en Berlín, voy y me encuentro con gente vestida entera de cuero, caminando con máscaras y látigos.

—Me imagino —dijo Rolff riendo al estilo Papá Noel.

—Pero luego uno se acostumbra a todo.

—Así es. Como toda mi vida vivía allá, siempre se me hizo normal.

—¿Son de fiestas?

—Éramos. Mucho, de hecho, hasta que me accidenté. —dijo Rolff levantando su rodilla— Ahí nos calmamos en todo. Claro que conocí a Kerstin en una fiesta.

Como si nos estuviese escuchando hace rato, la rubia volteó hacia mí y complementó el comentario de Rolff.

—... Una rave. Yo trabajaba bailando con unas amigas en fiestas de esos años. En esa particularmente no estaba trabajando, pero fui a ver a unas compañeras.

—¿Y Rolff? —preguntó Rafi.

—Yo estaba ahí para pasarlo bien. Desde niño me gustó la electrónica. Vi a Kerstin bailando y me quedé viéndola por horas, hasta que ella se me acercó y me preguntó por qué la miraba tanto.

Kerstin se echó hacia el respaldo de su silla en una carcajada.

—... por eso no te dejo que cuentes la historia. Fue él el que se me acercó —dijo acercando su cabeza hacia nosotros.

—Puede ser —agregó Rolff— no estaba en mis cinco sentidos.

—... pero lo pasamos bien esos años —dijo Kerstin mirando a su marido con privado cariño.

—Ya pasó. Ya estamos viejos. —remató Rolff.

—¿¡Cómo!? ¡Qué locura! —gritó Rafi. De inmediato tapó su boca, sus ojos se achicaron— Eso no es cierto. Están jóvenes, guapos y simpáticos. —dijo en tono más sereno.

Rolff sonrió a Kerstin y ella a Rafi, quien, a pesar de su tez morena, ya había tomado las coloradas tonalidades del rostro de la rubia. Hablé para sacarnos del silencio.

—Ser viejo es un concepto viejo. Ahora se es joven hasta que ya no se puede caminar.

—Entonces me queda poco —dijo Rolff sobando su rodilla con ambas manos.

Los cuatro reaccionamos al buen humor del teutón.

Una pareja de mozos retiró nuestros platos y la segunda o tercera corrida de vasos y copas.

—¿Postre? —preguntó el mesero sosteniendo una pequeña carta con sus dos manos.

—Vamos a ver. Gracias —dijo Rolff tomándola.

El mozo hizo una pequeña reverencia y retrocedió sin darnos la espalda.

—¿Tienen ganas? —nos preguntó Rolff, con cara de no tenerlas.

Los tres zamarreamos nuestras cabezas hacia los lados.

—¿Dónde quieren ir ahora? —preguntó Kerstin.

Nadie respondió. Ella propuso:

—Podemos ir a nuestra villa a beber algo más.

—Vamos a nuestra habitación —dije— Así los podemos invitar nosotros un rato. Y la vista desde nuestro balcón vale la pena.

—¡Sí! ¡Vamos! —apoyó Rafi, mirando a Kerstin.

—¡Vamos! —respondió la rubia con ojitos abultados.

—¿Les parece si llevo una botella? —preguntó su marido.

En nuestro cuarto sólo había un Tequila a medio beber, por lo que apoyé a Rolff.

Hice el amago caballeroso de levantarme a buscar mi billetera cuando llegó la cuenta, pero Rolff me lo impidió con un gesto de su mano: *Por favor. Acuérdate que la velada es una invitación*, dijo. Me hubiese encantado sacarle una foto a esa cuenta, la que sin dudas nos habría podido pagar una noche más en el resort.

Mientras esperábamos que nos trajeran la botella de Tequila que había pedido Rolff, las chicas se pusieron de pie y, con piernas tambaleantes, nos dijo Kerstin:

—Vamos al baño. Volvemos en un minuto.

Las amigas caminaron a paso marcado, cuidando el equilibrio. Llegando al cartel de los baños Rafi chocó su cadera contra una silla. La colisión la hizo carcajear. Abrazó el respaldo de ésta y le pidió disculpas. Kerstin rio a su lado.

Luego de verlas desaparecer por el pasillo de los baños le volví a agradecer a Rolff por su gesto y le pregunté sobre su lesión.

—Me resbalé en una autoban a más de ciento veinte kilómetros por hora. El pavimento me frenó, pero no lo suficiente como para evitar romperme una pierna al chocar con una señalética... pero eso ya es cosa del pasado —dijo con un ademán de manos, como quitándose un mosquito invisible.

—Así veo. Caminas perfecto.

—No cojeo, pero una vez al año siento un dolor terrible en medio de mi muslo izquierdo. Nada más.

Maravillas de la medicina europea, pensé.

Las mujeres se demoraban bastante en volver a la mesa, por lo que tomamos la botella y las esperamos a la salida del baño. Desde el pasillo escuchamos risitas, las que se amplificaron al abrirse una puerta. De ésta salió Rafi agachada, con una mano en la cara, detrás Kerstin riendo y dejándose caer en la espalda de mi esposa. Al vernos, las juguetonas se cuadraron frente a nosotros como si fuéramos los directores del colegio. Rafi dio un paso adelante, levantó los brazos en V y gritó *¡Listas!*

Aquella escalera de mármol por la que subimos con recato y paciencia fue todo un desafío humorístico para las chicas. Cada una posaba sus tacones con cuidado mientras se sujetaban de nuestros brazos. Algunas caras estiradas voltearon desde el hall para mirar nuestro show adolescente.

Tomamos uno de los taxis que estaba esperando en la entrada del hotel. Nos sentamos de la misma forma que en la ida, pero rodeados de un ambiente bastante más desinhibido.

Rafi apoyó su espalda en mi pecho y chocó sus rodillas con las de Kerstin. La rubia conversó con mi esposa, lanzando sus manos a sus piernas con aparente naturalidad. Rolff balbuceaba con el chofer.

Llegamos al hotel, pasamos la recepción y caminamos hacia nuestro edificio de dos en dos, nosotros adelante. Me pegué a Rafi y le pregunté:

—¿Cómo vas, mi amor?

—Ay, muy bien. Me he reído muchísimo.

—Así te vi. ¿Entonadita?

—Algo —dijo levantando su carita hacia la mía— Contenta, digamos.

—Se llevan bien con Kerstin parece.

—Y ni te he contado... —dijo apretando mi mano y acercándose más a mí— Me trato de dar un beso en el baño.

—¿En serio? —dije con un salto de corazón.

—Sí. Me dio nervio y le dije que *quizás* más ratito.

—Más ratito... ¿Así que más ratito?

—... quizás —respondió moviendo las cejas sobre sus adormecidos ojos.

Nos reagrupamos a la entrada del edificio.

—Suban con cuidado, mirando al piso. Que hay unos monos que dejan recuerdos por ahí. — advertí a las visitas.

—Me encantan —dijo Kerstin.

—Los odio —agregó su esposo.

Pasé mi tarjeta por la cerradura y di el paso a Rafi y los alemanes. Mi esposa los dirigió hacia el balcón. Yo esperé a que salieran para ir por los vasitos de tequila y encender las cámaras, la del marco de la terraza y la de radio reloj. Luego salí a unirlos.

—Sólo tenemos dos, así que tendremos que compartir. —dije alzando los tubitos de vidrio en cada mano.

—Perfecto, mejor así —respondió Rolff.

Las chicas se habían sentado juntas, yo lo hice al lado de Rolff. Abrí la botella y serví dos *shots*. Los cuatro mirando hacia la luna, la que destellaba sobre el vidrio de la mesa. Tomé un respiro, sentí la brisa cálida pasar de una oreja a la otra.

—Maravilloso —dijo Kerstin, asumo que hablando por todos.

—Podría vivir acá —agregó Rafi, como pensando en voz alta.

Luego tomó uno de los vasos y se lo pasó a Kerstin, ella se quedó con el otro y le dijo a la rubia

—¡Por esto!

—¡Por esto! —respondió la alemana.

Ambas vaciaron el contenido del vasito en sus gargantas. Rafi agitó su cabeza, la alemana no hizo si quiera una mueca.

Volví a llenar los vasos. Entregué uno a Rolff y repetimos el brindis de las mujeres.

Mi camarada sacó una cajita redonda de metal y me preguntó:

—¿Puedo?

—Claro. Por supuesto.

Rolff dejó la caja en la mesa, la abrió, sacó unas bolitas de hierba, papelito y comenzó a liar un cigarro de marihuana. Delante de mí las chicas se carcajeaban con delirio, lanzando las manos al aire y a la mesa, como esos monitos publicitarios que se inflan y desinflan. Kerstin trataba de pronunciar el nombre de mi esposa en su correcta dicción en español, pero ni su lengua germana ni el alcohol en su sangre se lo permitían.

—Ggggafela. Ggggrrgggrafela.

Con cada intento mi Rafi parecía desfallecer de risa.

El olor al campus de mi universidad me hizo mirar a Rolff, quien ya fumaba de su medicina.

—¿Quieres? —dijo estirando su mano.

—Claro. Gracias.

A los segundos la relajación me invadió. Mi boca se tatuó una sonrisa y me sentí en el lugar correcto.

—Están buenísimos —dije a Rolff con ojos muy abiertos.

—Casi mejor que en Alemania —respondió mirando a la punta anaranjada.

Hablamos de drogas. Rolff era un entusiasta en el tema. Me describió uno de sus viajes en LSD y por primera vez pensé en que sería una buena idea intentarlo. Estuve tan inmerso en la conversación que no me di cuenta que la botella había bajado bastante y que del otro lado de la mesa reinaba el silencio. Miré a las chicas. Rafi estaba acostada de espaldas en el pecho de Kerstin, quien acariciaba su cabello; ambas miraban a la luna frente a ellas. Se secreteaban cosas y reían como niñas. Quedé hipnotizado por aquel maravilloso flirteo, tan público y privado al mismo tiempo.

Los dedos de Kerstin bajaban y subían por el estómago de Rafi. La rubia se acercó al oído de

mi esposa y le murmuró algo, mi morena sonrió y le habló levantando sus dedos frente a ella uno a uno, como haciendo una lista; su otra mano parecía acariciar la pantorrilla de su pálida amiga. Kerstin volvió al oído de Rafi generándole risitas. De pronto la boca de mi colombiana se encontró con la mejilla de la alemana, la que besó con carita inspirada, como si se le ocurriera un brillante poema. Kerstin cerró los ojos y recibió el beso junto a una lenta respiración, luego volteó su cara y cerró sus labios en las gruesas cuncunas rojas de Rafi.

Se besaron despacio, detallando los encontrones de labios, ladeando las cabezas. Magia de femineidad y delicadeza.

Rafi se levantó desde el pecho de la rubia, se sentó a su lado y retomó el beso poniendo una de sus manos en la mejilla de su nueva amiga, ni Rolff ni yo existíamos. Las manos de la alemana se perdieron debajo de la mesa al tiempo que mi esposa comenzó una respiración forzada que la hizo detener el beso.

Cuando mi morena soltó un gemido con los ojos cerrados sentí que mi corazón eyacularía, que mi pecho rompería las paredes de huesos y me saldría una potente luz desde el centro. Era el momento en que más hermosa había visto a Rafaela en mi vida. Sus ojitos cerrados y su cara sufriente. Besos en su cuello y manos ajenas perdidas bajo su vestido.

Los labios de Kerstin subieron desde el cuello hacia el oído de Rafi, le susurró algo. Mi esposa volteó, la besó y luego asintió con su cabeza. Ambas se pusieron de pie y caminaron hacia la habitación sin mirarnos. Al pasar junto a mí, la alemana arrastró sus uñas por mi hombro.

Las chicas reconectaron sus bocas en el centro del cuarto sosteniéndose de las caderas. Me paré y le hice un gesto a Rolff indicándole el sofá de la habitación, al que caminé y me senté a observar el espectáculo. Al par de segundos Rolff cayó al otro extremo del sillón.

Kerstin se inclinaba y Rafaela alargaba su cuello. Mi esposa acariciaba los largos y delgados brazos de la rubia, mientras que ella había metido sus manos por entre las rajaduras del vestido de Rafi y acariciaba su trasero bajo la oscura tela.

Rolff me miró y exhaló con una sonrisa. Yo moví mis cejas como diciéndole *ya sé*.

Kerstin había entendido que tenía público, pues nos miraba mientras tocaba a Rafaela. En un punto la volteó hacia nosotros. Rafi cerró los ojos mientras su amiga le bajaba el cierre del vestido por la espalda. Luego levantó sus brazos y la prenda la abandonó por la cabeza. Cuando lo hizo, sus senos cayeron desnudos con la autoridad de los puños de un dictador. Quedó frente a nosotros sólo con tacones, un tanga negro y las medias que obscurecían su cuerpo hasta la parte más fina de su cintura.

De inmediato los pálidos brazos de Kerstin rodearon su estómago desde su espalda, subiendo una mano a uno de los desnudos pechos. La carita de la alemana apareció por sobre uno de los hombros de mi Rafaela, besando su cuello. Tuve que meter mi mano bajo mi pantalón para ordenar mi tensión.

Entre los besitos, caricias y pellizcos a sus pezones las rodillas de mi esposa tambaleaban. Sus ojos tan cerrados que parecían el ombligo de un globo. Rafi volteó su cabeza para encontrar los labios de su amante. Durante el beso, una de las manos de la alemana bajó hacia la entrepierna de mi morena, un dedo sobresalió y comenzó a moverse en pequeños círculos sobre su intimidad. Rafi flectaba y estiraba las rodillas en movimientos aparentemente involuntarios. Sin dudas hubiese caído al suelo de no haber estado sujeta del cuello de su amiga.

Como si recibiera una cachetada invisible, Rafi abrió los ojos de golpe, alejó la mano violadora de Kerstin, se volteó hacia ella, la tomó del escote y la empujó hasta hacerla caer sobre la cama, luego se lanzó sobre ella comenzando una trifulca de piel, un enredo de telas rojas y

negras, cabellos dorados y azabaches. La tormenta se detuvo con Rafi acostada de espaldas con una pierna colgando por el borde de la cama, sobre ella Kerstin besándola y moviendo sus dedos sobre su clítoris. Al instante mi morena comenzó con espasmos estomacales, como si le dieran pequeños choques de reanimación artificial.

Al terminar sus calambres, Rafi se paró de la cama y extendió su mano a su compañera, quine la tomó y se irguió a su lado. Rafaela alineó a Kerstin frente a nosotros —como ella estuvo hacía minutos— se movió hacia su espalda, le besó el cuello y pasó sus manos por el vientre. La alemana sonreía y acompañaba las caricias de Rafi poniendo sus manos sobre las de ella. Hasta que los brazos de mi mujer la abandonaron y se concentraron en aflojar el cierre del vestido rojo, el que cayó al suelo como el telón de un viejo teatro, exponiendo el estilizado cuerpo de la exbailarina. Caderas, pecho y cintura, todo resumido en elegantes proporciones. Contraste a la frondosa figura de mi Rafaela, cuyas caderas se asomaban detrás de las de Kerstin. De su outfit quedaron sus tacones, su tanga rojo y un collar de brillantes.

Rafaela la llevó a los pies de la cama, Kerstin se sentó en ésta y movió su trasero unos centímetros hacia el centro del colchón. Rafi se paró entre sus piernas, miró a su amante y dobló sus rodillas hasta posarlas sobre el suelo del cuarto. Su cara quedó entre los muslos de la alemana, los que acarició avanzando y retrocediendo con sus palmas. Tomó el tanga de los extremos y los bajó hasta quitarlo por completo. Luego avanzó su rostro hasta perderlo en el monte de su víctima. Había visto a mi esposa recibir sexo oral de otras mujeres, nunca al revés, pero las expresiones faciales de la rubia me hacían entender que había una habilidad innata en mi mujer.

Kerstin acariciaba la cabeza que se movía bajo su vientre. Su boca parecía maldecir al techo y sus piernas se sacudían como experimentando una pesadilla. A mi lado Rolff movía su mano sobre su pantalón, sin emitir sonido.

En un momento lo dudé, pero era cierto: Kerstin me miraba. Sus ojos estaban inmóviles en mí, pero el resto de su cara hacía todo tipo de muecas y contorciones. Mi erección comenzaba a ser dolorosa. Su mirada era tan íntima e intensa, que sólo la podía observar a ella, nada más existía. De pronto Kerstin levantó su torso, alzó la cabeza de Rafaela y le dijo algo, mi esposa respondió entre exhalaciones. Ambas se pusieron de pie, se besaron y caminaron hacia nosotros —hacia mí en específico—. Kerstin encorvó su espalda y se acercó a mí cara. Mi corazón bombeaba adrenalina:

—¿Te gusta? —preguntó jadeante.

—Sí —dije sólo con aire.

Llevó su mano por debajo de mi cinturón, yo de inmediato miré a Rolff, quien asintió con su cabeza y una sobria sonrisa. La delgada rubia abrió mi cierre, movió mi ropa interior hacia abajo y liberó mi enrojecido estrés. Lo besó y lo estrujó con su mano haciéndome sentir que volaba. Mientras, Rafaela, atrás de ella, acariciaba su arqueada espalda, alargando su cuello para mirar lo que sucedía delante de la cabeza de la rubia.

Entregado a mis instintos me paré, pateé mis pantalones fuera de mis piernas, tomé a la rubia de la mano y la llevé al borde de la cama. Ella dejó caer sus manos sobre ésta, abrió sus piernas y respingó su trasero. Me puse detrás, apunté a su pubis y la penetré centímetro a centímetro. Un ronco quejido escapó de su boca. Cada una de mis embestidas sumaba un poco más de velocidad y fuerza a la siguiente. Mis manos, acostumbradas a las caderas de Rafi, se sentían extrañadas de asirse de unas tan estrechas como las de la bailarina. Miré por el costado, sus piernas tensas y marcadas, sus sensuales tacones rojos; mi cerebro animal estaba en una tormenta festiva.

En un instante me di cuenta de que no veía a mi esposa. Giré mi cabeza hacia atrás y la vi en el sillón, de espaldas a mí y sobre el regazo de Rolff, con cada rodilla en uno de sus costados. Lo besaba en la boca y desordenaba sus canas con sus deditos.

Cuando me salí de la alemana y la acosté para conectarnos como lo hacían los misioneros, pude ver que Rafaela ya estaba hincada sobre la pelvis de Rolff, engullendo su erección con su trasero. El pantis estaba roto, un tacón se le había caído al suelo. La cabeza del alemán enterrada en los pechos de mi esposa, quien ya revolvía las canas frente a ella con desesperación.

Acabé dentro de Kerstin. Rolff replicó el favor con mi esposa unos segundos después. Tuve el tiempo de ver a Rafaela sacudirse sobre el ropero humano que era el esposo de Kerstin.

Un incómodo silencio llenó la habitación, pero la divina risita de la alemana salió en ayuda de todos. La vi reír junto a mí en la cama, me contagió, no pude detenerme. Luego fue el turno de Rafaela al otro lado del cuarto, arrojada en el sillón junto a Rolff, quien fue el último en unirse al desquiciado coro de risas nerviosas.

Me levanté, me puse mis boxers, tomé el vestido de Kerstin y se lo pasé. Luego agarré el de mi esposa, caminé al sillón y se lo puse como pude por encima de la cabeza. Miré la radio reloj y dos pensamientos se agolparon en mi cabeza, el primero fue: *wow, ya son las tres de la mañana*. El segundo: *Dios mío, por favor que la cámara haya grabado*.

Rolff intercambió señales de ojos con su esposa mientras se ponía sus pantalones y arreglaba su camisa. Al terminar me dijo:

—Ya los dejamos descansar, amigo.

—Oye, gracias de nuevo por la invitación.

Rolff rio.

—Qué te puedo decir, Raúl. Gracias a ustedes.

Kerstin agregó:

—Lo pasé increíble. Me despides de Rafaela, por favor.

Miré al sillón donde estaba mi esposa. Su cabeza colgaba del apoyabrazos, emitía un suave ronquido. Reí y le contesté.

—De tu parte, Kerstin. Cuídense mucho y hablamos mañana. —dije acompañándolos a la salida.

Cerré la puerta y extendí mis manos para apoyarme en ésta, miré al suelo y sonreí. Caminé al sillón para recoger a mi extenuada esposa. Me detuve unos segundos a observarla desparramada sobre el sofá. Boca abierta, cabello revuelto en su cara, olía a alcohol; y aun así se veía tremendamente sensual. Era un don de su aura.

Acomodé su cabello detrás de sus orejas, besé su mejilla, la acarreeé sobre mis brazos como la noche que nos casamos, le saqué el vestido y los pantis. Con esfuerzo le puse su pijama azul de pantalón largo. La atrevida *femme fatale* de hacía minutos, ahora era una dulce jovencuela en un profundo sueño rosa. Me acosté a su lado, la abracé, ella sonrió y se acurrucó en mí.

XVII

Luché contra mis párpados hasta que logré asomar mis ojos. Abrí y cerré mi boca, una viscosa pasta de saliva cubrir mi lengua y paladar. Intensos rayos de luz invadían el cuarto, las cortinas ondeaban hacia el centro de la sala desde el balcón. Miré a mi Rafi para darle las buenas noticias sobre el clima, pero su rostro no se veía con intenciones de activarse.

Devolví mi nuca a la almohada y llevé mis manos a mi cabeza pensando en la noche recién pasada. *Vaya fiestecita*, me dije. Recordé las cámaras. Caminé al balcón para recuperar la del marco del ventanal. Me detuve a observar el día. Maravilloso. El sol lanzaba sus rayos sobre la arena. La playa era adornada de cientos de quitasoles y bañistas.

Tomé la cámara faltante, me senté en el sofá con mi laptop y descargué los archivos. Las dos tomas capturaban la habitación por ángulos contrarios. De nosotros en el balcón no se grabó nada, así que tuve que adelantar hasta que entraron las chicas de la mano y se abrazaron en medio del cuarto.

Las tomas no mostraban nada nuevo a lo que había visto en persona, pero el revivirlo en aquella soleada e inocente mañana me significaba un surrealismo encantador. Ambas mujeres se veían preciosas, sensuales, como si hubiesen ensayado un pequeño show. Sí pude ver algunos detalles que se me habían escapado, más que todo en gestos faciales y movimientos de cuerpos. Tendría tiempo de repasar los pormenores en Berlín.

Fue novedad el ver a Rafaela sentarse junto a Rolff mientras yo atacaba a su esposa por la espalda. Rafi se sentó a su lado y posó una mano sobre su pene, como quien en el cine saca palomitas de maíz del bote del vecino. Al minuto y medio se le fue encima y comenzó a besarlo. Rolff enredó sus manotas en el cuerpo de Rafaela. En la cama yo lanzaba mi cadera contra la de Kerstin, quien proyectaba sus piernas por detrás de mi cintura. La rubia apretaba los ojos y abría la boca como un pez fuera del agua. En el sillón la espalda de Rafaela hacía desaparecer la erección de Rolff. Ella tomaba sus senos y parecía servírselos en la boca. Todo se veía más seco y torpe de lo que recuerdo haber experimentado, pero no por eso menos excitante. Ya comenzaba a acostumbrarme a revisar las tomas con escalofríos corriéndome por todo el cuerpo.

La última escena que disfruté fue la de los cuatro derrumbados por el cuarto, riendo de la nada. Una toma perfecta para terminar.

Cerré el computador y miré a mi maltrecha morena, quien aún no daba indicios de vida. Fui a buscar un vaso de agua, que puse en su velador. Me senté en un espacio de cama al lado de su cabecita y acaricié su pelo.

—Eeerrr... —gruñó Rafaela.

—Buenos días, amor.

Otro gruñido de Rafi.

—Mmm... Me siento horrible.

—Duerma nomás, amor. Descansa. —dije tomando su mano y poniéndola alrededor del vaso.

—Gracias, Rau. Qué lindo. —dijo levantando su cabeza lo suficiente como para beber sin derramar.

Casi podía ver su mente ordenándose en su cabeza.

—¿Cómo se fueron ellos ayer? —preguntó dejando el vaso en el velador.

—¿No te acuerdas?

—No.

—¿Hasta dónde te acuerdas de ayer?

Rafi comenzó a esbozar una sonrisa, dejó caer su cara en la almohada y gritó con sonido opacado:

—¡Sí me acuerdo de todo, menos de eso!

Me carcajeé sobando su espalda.

—Te quedaste dormida en el sillón, linda. Se fueron como a las tres y media. Y tú ¿Cómo te sientes?

—Mmm... mal. Débil.

—¿Entonces va a ser tarde de echaditos?

—Un ratito nomás. Estaré muy muerta, pero prefiero morirme debajo del sol —dijo sacando su cabeza de la almohada y mirando a las cortinas entrando y saliendo de la habitación como pesadas banderas.

Tenía toda la razón. En Alemania había tiempo para echarse mirando la lluvia, el sol era para meterse debajo.

Me acosté a su lado, puse su cabecita en mi pecho y acaricié sus mejillas con el dorso de mis dedos. Al rato me comentó:

—Estuvo loco ayer.

—Increíble. Me encantó.

—Así te vi.

—Seguro que a ti no —respondí sonriendo.

—No, pues sí lo pasé muy bien.

—Cuéntame de algo que no haya visto.

—¿Cómo así?

—Mmm... como cuando Kerstin te trató de besar en el baño del restaurant.

Rafi rio, levantó su cabeza de mi pecho y me contó:

—Me dijo que le daba mucha pena lo de la foto que me había tomado. Sacó su teléfono y empezó a mostrarme que la había borrado, pero le dije que no había problema, que no me molestaba, que lo tomaba como un cumplido. Ahí me empezó a decir que yo tenía un cuerpo muy lindo, que era muy simpática, blablablá y se me acercó a darme un beso. Y Le di un toponcito.

—Me dijiste que no le habías respondido el beso.

—Pero un taponcito no es un beso. —dijo ladeando su cabeza.

—Te cae bien, ¿verdad?

—Super. Es muy agradable, livianita, divertida.

—... ¿Y la tienes loca?

Rafi rio. Cambió de tema.

—¿Se grabó?

—Sí. Todo bien, amor. ¿Quieres ver?

—Estoy muy muerta, bebé. Mejor lo guardo para el estreno.

—Buena idea, pero te adelanto que está para Cannes —dije agitando mi cabeza en afirmación — Oye, y ¿Tienes hambre?

—No sé. Más o menos, pero lo que me eche a la boca lo voy a devolver. Mejor me aguanto un poquito. ¿Tú?

—Te espero. Puedo aguantarme. ¿Vamos a la playa?

—¡Sí! Sólo dame unos minutos aquí, acurrucados —dijo levantando sus brazos desde la cama.

Me recosté junto a ella y la abrasé. Mantuvimos el silencio más largo desde que llegamos a aquel hotel. Una risita de Rafi me hizo abrir los ojos y mirar hacia ella. Tenía su teléfono delante de su cara, giró hacia mí y me contó:

—Es Kerstin. Dice que quiere venir a vernos, pero que Rolff está que se muere, pegado al baño.

Sonreí.

—Verdad que me dijo que no podía tomar y usar sus medicamentos, debe ser eso.

—Sí... pero qué linda que se quede a cuidarlo.

—Yo también lo haría —dije con tono de niño.

—Lo sé.

Guardamos silencio. Traté de que el sonido lejano del mar y los agudos detalles de los pájaros quedaran tatuados en mi memoria.

—Oye, amor —dijo Rafi— ¿Qué quieres hacer hoy, en la última noche?, ¿hay algo en la agenda del director?

—No, mi amor. Nada. La producción ya tiene más de lo que necesita... ¿Quieres hacer algo en especial?

—Quiero pasar mi última noche en México con mi esposo —dijo alzando su cabeza, reposándola en sus manos sobre mis pectorales.

Apreté su mejilla con mis dedos.

—Me parece lo más lindo que he escuchado, mi amor. Que sea nuestra noche.

Nos abrazamos. A pesar de nuestros románticos deseos, nos abrazamos y caímos dormidos.

Un trueno me despertó en lo que dura un aplauso. Miré a mi lado y Rafi traía la misma cara de sorpresa que debí tener yo. Las cortinas ondeaban dentro de la habitación como en la tarde, pero desde afuera no ingresaba luz alguna, sino un sonido de aguacero, como de interferencia de radio.

—Ay, Rau. Son las siete de la noche ya. ¿No vamos a salir? —dijo Rafi con carita derretida mirando el radio reloj.

Me levanté pasando mis piernas sobre su cuerpo, caminé hacia el balcón. Cerré el ventanal y las cortinas fueron abandonadas por sus espíritus. Miré el intenso gris desparramado en tonalidades lúgubres por todo el cielo. Las palmeras se sacudían forzadas hacia el sur.

—Claro que sí, linda. Vamos a salir pase lo que pase.

—¿Seguro?

—Sí. Vístete como para mojarte —dije con decisión.

—¡Excelente! ¡Vamos!

Rafi saltó de la cama, aún desnuda. Tomó su maleta y entró al baño. Yo fui por la mía, la abrí sobre el sillón. Me puse hawaianas, un short de traje de baño y una polera delgada. Rafita salió de inmediato del baño con un corto vestido negro y unas sandalias. *Lista*. Dijo levantando los brazos en medio del cuarto.

Fui por mi mochila, de la que saqué las bolsas herméticas que usaba para los cables de las cámaras. Puse nuestros celulares en una y los documentos en otra, los guardé en mis bolsillos y salimos al diluvio.

Abajo del edificio la lluvia era lanzada de lado a lado. Nunca había vivido un clima así. Nos quedamos mirando la piscina desierta, con olas creadas por el viento. Los tejidos de paja de los techos de las palapas parecían a punto de sumarse al viento.

—¡Amor! ¡Vamos al centro por la playa! —le grité a Rafi.

—¿Cómo?! ¿No es muy lejos?!
—¡No mucho!
—¡Vamos!

Pasamos la barrera de palmeras. Largas hojas amarillas caían junto con semillas huecas. En la playa no había un alma. La selva había creado una tormenta para estar sola por un momento.

Me sentía empapado y feliz. Hay una alegría extraña en el dejarse descuidar, el no cubrirse, no arrancar de lo extraño e incómodo y afrontarlo hasta disfrutarlo; desnudarse para no vestirse mal.

Por cuarenta minutos avanzamos a través de arena mojada. El cielo melancólico dio paso a la obscuridad casi absoluta. La detuve en la playa frente a la entrada al centro. Me miró con su cabecita levantada, sus ojos achinaditos tratando de evitar las gotas, hilos de agua corrían por sus mejillas y contornos de su nariz. Pasé mi mano por su rostro. Tomé su perita y la besé bajo la ducha gigante que Dios había preparado para nosotros. El viento nos empujaba de lado a lado, las gotas nos unían a la naturaleza y volvíamos a ser sólo dos: Raúl y Rafi, acorazados atravesando la tempestad.

Seguimos empapados comiendo en *In Tacos We Trust*. Bailamos afuera de una tienda que lanzaba cumbias a la calle despoblada. La lluvia se volvió nuestro elemento. En Alemania escapábamos de ella, pero ese día podíamos volvernos seres náuticos y respirar bajo el mar.

Caminamos de vuelta por la misma playa bajo cascada purificadora que nos lanzaban las nubes ocultas en la noche.

Llegamos a la habitación dejando un camino mojado por los pasillos del edificio. Nos sacamos la ropa el uno al otro, nos acostamos desnudos en la cama y conversamos de nuestros años de universidad hasta que uno dejó de hablar y el otro se le unió.

Desperté mirando a la pared, di media vuelta y encontré los ojos entreabiertos de Rafi.

—Buenos días —susurré, como si alguien durmiera en el sofá.

—No. No buenos días. No quiero despertar —dijo aniñada.

—¿Al mal paso darle prisa?

—No. Paso imbécil, que no llegue.

Me reí y Rafi me siguió, quizás rindiéndose a lo inevitable.

—A ver si te inspiro, linda.

Me levanté y comencé a recolectar cables, convertidores de corriente y las cámaras. Rafi me miraba con su cabeza sobre la almohada y un puchero en los labios.

—Ok. Ahí voy —dijo levantándose en dos estaciones.

De la tormenta no quedaba nada. Alguien que hubiese llegado en esa mañana perfectamente pensaría que estaba siendo una semana soleada. El único rastro era las millones de semillas amarillas y hojas alargadas desparramadas por la playa.

Mi Rafita recolectó su ropa y recogió basura. Tomó su celular.

—Rau. Me llamó Kerstin ayer.

—Dile que venga a despedirse. Que más rato vamos a andar con maletas.

—Ok, le digo.

Cuando la habitación volvía a verse y sentirse tan impersonal y ajena como el día en que abrimos la puerta por primera vez, llegaron los alemanes. Abrazos, sacudidas de manos y una caminata hacia el balcón.

—¿Te sientes mejor, hombre? —Pregunté a Rolff.

—Sí. Ayer, pésimo. No voy a tomar remedios en vacaciones, donde si te ponen un trago de

colores te lo tomas y ya.

—¿Cuántos días les quedan?

—Dos aún.

—Qué suerte.

Las chicas conversaban frente a nosotros. El sonido del viento me hacía imposible distinguir el tema. Al rato ambas nos quedaron mirando. La portavoz fue Kerstin:

—Nos juntamos el próximo fin de semana en nuestra casa.

—¿En Kremmen? —dije— Por mí, genial. Quedemos en eso.

Nos levantamos de la mesa. Rolff se ofreció a ayudarnos a llevar el equipaje a la recepción. Con tal de no esperar a los maleteros, acepté.

Cerrar el cuarto se sintió extraño. Más el caminar hacia la recepción rodeado de ese sonido de la vergüenza producido por las rueditas de las maletas sobre el pedregoso sendero, como anunciando al resort entero que por ahí iba una pareja que abandona el paraíso y vuelve a la sombría rutina.

Nos abrazarnos con Kerstin y Rolff en el mismo espacio donde días antes estuvimos elegantemente vestidos esperando un taxi. Rafaela se me acercó y me preguntó si traía las tarjetas de negocios que nos habían ido entregando. Hurgué en mi billetera y se las pasé. Ella las revisó, sacó una y se la pasó a Kerstin. *De lo que te hablé*. Le dijo. La rubia recibió la tarjeta sin dejar de sonreírle con ojos expandidos a Rafi.

Llegó nuestra van. Nuevos abrazos y despedidas. Entramos al vehículo, la puerta corrediza se cerró, y con eso nuestra aventura en la floresta maya.

Ha pasado un largo mes. La producción (yo) trabajó a ritmo de esclavo ante las expectativas y demandas de la crítica y los espectadores (Rafi y Rafi también), quienes tuvieron a los directores y equipo de postproducción al borde de pedir un alejamiento judicial. Pero el día había llegado.

Me asomé al teatro de nuestra sala. Había un lleno total en el sillón frente a la TV. El público gritaba ¡Película, película...! Entré a la sala bajo la aclamación de la multitud.

—¡Viva mi Rau! —gritó la única espectadora.

—Gracias, gracias —dije dando reverencias a Rafi y a los espíritus alrededor de ella— Todo esto nunca hubiese sido posible sin la participación protagónica de la señorita Rafaela.

La apunté con mi palma y ella se levantó, dando un saludo de miss mundo a las ventanas del living.

—Sin más. ¿Está listo el público?

—¡Sí! —exclamó Rafi con manos alzadas. En una de ellas un vaso largo con un Margarita.

—Pues los dejo con la primera película, quizás de muchas, de la productora *Raufaela* —Rafi carcajeó— Llamada... —hice un sonido falso de tambores— “Sexo, Cámaras y Acción”.

—¡Me encanta! —dijo Rafi mientras me veía caer junto a ella con el control remoto.

La apoyé en mi pecho, besé su frente y le pasé el control. Ella me sonrió, miró a la TV y apretó el *play*...

FIN